
W. J. H.
SPROTT
INTRODUC-
CION A LA
SOCIO-
LOGIA
2ª edición
COLECCION
POPULAR

COLECCIÓN POPULAR

52

INTRODUCCIÓN A LA SOCIOLOGÍA

Traducción de

FLORENTINO M. TORNER

W. J. H. SPROTT

INTRODUCCION A LA SOCIOLOGIA

COLECCION

cfe

POPULAR

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO–BUENOS AIRES

Primera edición en inglés, 1949
Quinta edición en inglés, 1961
Primera edición en español, 1964
Segunda edición en español, 1965

La edición original de esta obra fue registrada por Hutchinson University Library, de Londres, con el título *Sociology*.

Av. de la Universidad, 975 – México 12, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

EXPRESIONES DE GRATITUD

SERÍA imposible rendir tributo uno por uno a todos los autores que, sin saberlo, me han ayudado a escribir este libro; pero quiero aprovechar esta oportunidad para expresar mi gratitud a Philip Gulliver, sin cuya asistencia me hubiera sido difícil comenzarlo; al Sr. Robertson por sus valiosas críticas y por haberme ayudado a hacer el índice alfabético; y al Dr. Heichelheim por la generosa manera en que se puso a mi disposición para las materias concernientes al mundo antiguo.

I. DE QUÉ TRATA LA SOCIOLOGÍA

"La sociología —dice el profesor Ginsberg—[1] puede definirse como el estudio de la sociedad, es decir, de la urdimbre o tejido de las interacciones e interrelaciones humanas." La materia es tan vasta que, ciertamente, no puede sorprendernos que los sociólogos difieran en sus intentos para analizar y agrupar los temas que abarca en compartimientos claros. Durkheim diseña el mapa de este campo bajo tres encabezamientos: *1)* "Morfología social", que se ocupa del medio geográfico, la densidad de población y otros datos preliminares análogos; *2)* "Fisiología social", que estudia procesos dinámicos tales como la religión, la moral, el derecho, la vida económica, etc., cada uno de los cuales puede ser objeto de una disciplina especial; *3)* "Sociología general", que es el intento de descubrir las leyes sociales generales manifiestas en los procesos sociales más específicos.

Ginsberg[2] ha registrado también los principales problemas de la sociología, pero bajo cuatro encabezamientos: *1)* "Morfología social", en la que incluye no sólo "la investigación de la cantidad y calidad de la población", sino también "el estudio de la estructura social o la descripción y clasificación de los principales tipos de grupos e instituciones sociales"; *2)* "Control social", "estudio del derecho, la moral, la religión, las costumbres, la moda y otras manifestaciones de sostén y de regulación"; *3)* "Procesos sociales", por los cuales en-

[1] *The Study of Society*, ed. Bartlett y otros, Kegan Paul, 1939, p. 436.
[2] *Id.*, p. 436.

tiende el "estudio de los diferentes modos de interacción entre individuos o grupos, incluidos la cooperación y el antagonismo, la diferenciación y la integración sociales, el desenvolvimiento, el estancamiento y la decadencia"; *4)* "Patología social": "Estudio de los desajustes y perturbaciones sociales". Es un valeroso intento para confinar una masa enorme de material escurridizo en un sistema relativamente sencillo de casillas.

De los dos análisis precedentes puede cosecharse alguna idea acerca de la sociología, pero no todos los libros que podrían colocarse acertadamente en la sección "Sociología" de una biblioteca tratan todo el campo de la materia, aunque estudien ya sea la *conducta social humana,* las *sociedades humanas* o la *sociedad humana.* Este tercer análisis del contenido de la sociología debe tomarse como una variante de la importancia concedida a los temas más bien que como una nueva agrupación en esos enunciados mutuamente excluyentes.

Conducta social humana: "Toda sociedad —observa Linton— es un grupo organizado de individuos, y, en último análisis, toda cultura no consta más que de las repetidas reacciones organizadas de los miembros de una sociedad." Este "último análisis" es importante y nunca debe olvidarse. Cuando hablamos de fenómenos sociales tales como "clase", "estructura política", "grupo social", "religión", "capitalismo", etc., nos referimos siempre *en definitiva* a la conducta y creencias de hombres y mujeres individuales. La conducta de hombres y mujeres, incluidos nosotros mismos, con la adición de la introspección, son nuestros datos, y a la conducta de hombres y mujeres hemos de acu-

[3] Linton, *Cultura y personalidad,* Breviario 145, p. 21, F.C.E., 1962.

dir para comprobar o no nuestras hipótesis. Al llamarla "prueba" no queremos decir, naturalmente, que esa conducta sea siempre observada por nosotros; puede ser inferida de descubrimientos arqueológicos, de documentos históricos, de las informaciones de los antropólogos o de la posición de los huesos en una tumba; puede estar colectivamente incorporada en estadísticas o destilada en fórmulas correlativas, pero nuestro estudio de la sociedad humana tiene como material básico la conducta deliberada de personas individuales y las creencias, aspiraciones, estimaciones e ideales que pueden inferirse de ella. Con tanta frecuencia consideramos una "clase", una "nación" o un sistema económico determinado como cosas aparte de los individuos que aceptan un principio dado de distancias sociales, o se creen vinculados como co-nacionales, o que "manejan" el sistema económico, que constantemente nos sentimos tentados a olvidar que son construcciones mentales por medio de las cuales nos referimos a ciertos rasgos relativamente constantes y recurrentes que caracterizan la conducta de personas individuales; esas construcciones siempre son inferidas, nunca observadas directamente.[4] No quiere decir esto que esas construcciones no sean útiles; por el contrario, veremos que son los principales objetos de la investigación sociológica. Lo que importa es que nos demos cuenta de su carácter abstracto.

Esta importancia de la conducta social como última base de la investigación sociológica la encontramos en los minuciosos análisis de conceptos sociológicos contenidos en la Parte I de la obra *Economía y sociedad* de Max Weber. "Debe enten-

[4] *Cf.* F. A. Hayek, "Scientism and the Study of Society", *Economica*, vol. X, 1943, p. 44.

derse por sociología —dice—[5] una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social para, de esa manera, explicar causalmente en su desarrollo y efectos"; y define la acción social del modo siguiente: "La acción social es una acción en donde el sentido mentado por su sujeto o sujetos está referido a la conducta de *otros*, orientándose por ésta en su desarrollo." El psicólogo social contemporáneo insistirá en que debe interpretarse "mentado por el sujeto" de modo que comprenda tanto intenciones y actitudes inconscientes como orientación consciente, porque ha llegado a verse con toda claridad que las motivaciones inconscientes desempeñan un papel importante en la conducta social de los niños en el grupo familiar, y en la conducta social de los adultos en la fábrica, en política y en las relaciones internacionales.

Pero hay un sentido importante en el que los principales problemas de la sociología trascienden la conducta individual, sentido que no abarcamos sólo complementando la intención consciente con motivaciones inconscientes, como hicimos arriba. Aunque es perfectamente cierto que nuestro dato es, y debe ser, la conducta real de individuos que obran deliberadamente —ya sea directamente observada, ya inferida de sus manifestaciones—, sin embargo, las construcciones que por lo general estudiamos no pueden ser derivadas directamente de las intenciones de los individuos cuya conducta las origina. Los individuos pueden querer llevar en el bolsillo todo el dinero que les sea posible, pero no *quieren* producir la "construcción" que llamamos "inflación". Los individuos respetan a otros individuos o se humillan ante ellos, y a su vez son tra-

[5] M. Weber, *Economía y sociedad*, F.C.E., México, 1954, vol. I, p. 4.

tados con condescendencia y reserva; no se proponen necesariamente producir o perpetuar lo que llamamos "sistema de clases", aunque en este caso la idea de ese sistema puede desempeñar algún papel en la determinación de su conducta.

Los intercambios sociales reales que siempre tienen lugar entre individuos implican cierta motivación consciente e inconsciente en cada participante, lo cual está bastante claro; pero algunos de los intercambios sociales que tienen lugar en gran escala producen efectos que no son directamente buscados por ningún participante. Pero esos efectos no buscados, una vez establecidos, forman parte del ambiente social y tienen influencia determinante sobre los intercambios sociales futuros. Además, el efecto retroactivo, como podemos llamarlo, es de dos clases: *1)* puede modificar la situación social total, y *2)* esa modificación puede parecer ventajosa o desventajosa para los individuos o grupos de individuos, y entonces pueden tratar consciente o inconscientemente de perpetuarla en el primer caso o modificarla en el segundo. Así, lo que primero no fue deliberado puede llegar a ser parte de futuras intenciones conscientes y también —y así lo sostendrán los marxistas— inconscientes. Nadie originariamente emprendió la fundación de una nación-Estado como ahora la conocemos, pero una vez que tuvo existencia mediante la satisfacción de innumerables satisfacciones completamente distintas, su conservación puede convertirse en propósito consciente de sus nacionales, y los fundadores de un Estado pueden conscientemente emprender su conversión en nación.

Ahora bien, el estudio de la acción social real, y de las relaciones sociales reales (que sólo se establecen, naturalmente, por acción social), es el objetivo principal de los sociólogos afiliados a la lla-

mada "Escuela Formal de Sociólogos",[6] de la cual son representantes distinguidos Simmel, Vierkandt y von Wiese. Para Simmel las "formas de relación social" son el contenido distintivo de la sociología, lo que hace que la sociología sea diferente de las otras ciencias sociales. Difícilmente puede mantenerse tal opinión, porque, como veremos más abajo, las relaciones formales que los individuos de esta escuela enumeran sólo pueden ser plenamente comprendidas en los ambientes sociales concretos en que tienen lugar, y esos ambientes sociales mismos sólo pueden ser comprendidos a la luz de otras abstracciones, tales como estructura social, estratificación social y otras.

No obstante, es interesante el análisis de las relaciones sociales. Simmel, por ejemplo, separa las relaciones jefatura-obediencia, subordinación-supraordinación, competencia, imitación, división del trabajo, de sus ambientes concretos. Esas relaciones se manifiestan en "una banda de ladrones, una organización de negocios, una comunidad religiosa, una escuela, y, en suma, en los grupos sociales más diferentes desde el punto de vista de su contenido",[7] y según Simmel es misión del sociólogo abstraer de contextos tan diferentes los elementos simples y recurrentes. Vierkandt, influido por la fenomenología de Husserl, nos lleva, puede decirse, más atrás hacia las actitudes de respeto, vergüenza, amor y odio, sumisión, necesidad de la aprobación ajena, etc., y de esos datos psicológicos derivan las relaciones sociales de que la sociología, según él estima, debe ocuparse: jefatura, obediencia, castigo,

[6] Para informarse acerca de la "escuela formal", véase Sorokin, *Contemporary Social Theories,* Harper, 1928, cap. IX, y Ginsberg: *Reason and Unreason in Society,* Escuela de Economía de Londres, 1947, cap. V.
[7] Sorokin, *id.*, p. 490.

comunidad, lucha, poder, etc. Una vez más es la forma de la relación, no el contenido (es decir, ya se trate de una nación, de una fábrica o de un consejo de distrito urbano), lo que importa.

Von Wiese basa su "teoría de la relación" (*Beziehungslehre*) en la simple distinción polar entre unión y huida, asociación y disociación. *"Die Beziehungslehre kennt nur die Bewegungen zur Vereinigung oder zur Flucht; tertium in sociologia non datur."* * Pero sobre esta simple distinción levanta un enorme edificio de variantes y subvarientes de relaciones sociales. Entre individuos tenemos la relación *hacia dentro* (contacto, aprobación, identificación, combinación y unión); *hacia fuera,* alejamiento (competencia, oposición y rivalidad) y formas *mixtas* de éstas. Después, entre y dentro de los grupos hay cuatro procesos principales: *1)* procesos de diferenciación, como ascensión y degradación, dominio y subordinación, estratificación, etc.; *2)* procesos de integración, como las tendencias a la uniformidad y la estabilidad; *3)* procesos destructores, como explotación, corrupción, comercialización; *4)* procesos modificadores-constructivos, como institucionalización, profesionalización y liberación. Finalmente, citemos *Introduction to the Science of Sociology,* de Park y Burgess, como ejemplo de compendio sociológico basado en una simple clasificación de procesos sociales bajo los siguientes encabezamientos: aislamiento, contacto social, interacción social, competencia, rivalidad, acomodación, asimilación, amalgamación, control social y progreso.

Como ejemplo de la aplicación del análisis formal de "tipos de socialidad", como él los llama, a

* "La teoría de la relación sólo conoce los movimientos hacia la unión o hacia la huida; en Sociología *tertium non datur.*"

un campo especial de investigación sociológica podemos tomar *Sociology of Law*, de Gurvitch (Kegan Paul, 1947). El autor distingue entre "socialidad por interpenetración o fusión parcial en el *nosotros*, y su contrario la socialidad por simple interdependencia entre yo, tú, él, ellos" (p. 161). Este último tipo de socialidad lo divide en: "acercamiento", "separación" y la combinación de ambos. Pasa después a examinar los tipos de derecho engendrados por esas relaciones sociales: derecho social y derecho individual. El derecho contractual, por ejemplo, es engendrado por la relación mixta acercamiento-separación, porque las dos partes desean establecer una obligación mutua, aunque cada una de ellas quiere algo diferente de lo que quiere la otra.

Se advertirá que se ha introducido un concepto nuevo —*proceso social*— que hay que distinguir del concepto de *relación social;* éste denota el campo en el que se presentan los procesos, y es evidente que para el objeto de explicar el cambio social es de la mayor importancia el análisis de los procesos sociales. La relación social de subordinación es demasiado abstracta, ocurre en demasiados ambientes diferentes, para ser muy útil; pero el concepto de, pongamos por caso, "profesionalización" es útil porque nos permite referirnos a una serie de cambios sociales característicos que determinan la conducta social de individuos implicados en ellos de manera bastante definida.

Por esclarecedoras que puedan ser estas clasificaciones abstractas, no tarda en advertirse claramente que el volumen y la densidad de la vida social real se han evaporado. El maestro *vis-à-vis* con sus discípulos, el *pater familias* romano *vis-à-vis* de los que están en sus manos, o el señor feudal *vis-à-vis* de sus siervos, pueden representar ejemplos de "supraordinación", pero las diferencias

en las tres situaciones superan a las analogías. Cada relación social subsiste en un ambiente de expectativas y de costumbres, y en una red de otras relaciones sociales, lo cual constituye lo que llamamos "la escuela", "la familia romana" y "el sistema feudal", y la abstracción de la relación supraordinada deja fuera todo lo que es de importancia en la situación total.

En realidad, los seres humanos rara vez pueden estar entre sí en una relación que podamos llamar aislada y puramente privada. Hasta la relación entre dos amigos es lo que es en parte a causa de que ambos son individuos de la misma cultura en que el papel de "amigo" implica ciertas formas de conducta, o porque son de culturas *diferentes,* en cuyo caso el papel de "amigo extranjero" puede implicar una red especial de expectativas. Como observa Durkheim: *No todo es contractual en el contrato,* queriendo decir con esto que cada contrato se establece en un sistema de reglas de obligación consagradas. Siempre que obramos socialmente obramos *hacia* y *en* una situación total. La situación social específica en que realmente *estamos,* y hacia la cual reaccionamos, implica siempre un sistema trascendente de expectativas, obligaciones y costumbres, que dependen de los papeles que estamos desempeñando y de los papeles de otras personas que intervienen. Pero después, así como abstraemos el concepto general de espacio de las perspectivas particulares de los observadores individuales, así podemos abstraer el concepto general del vasto agregado heterogéneo de costumbres, leyes, papeles, expectativas, modos consagrados de hacer las cosas, obligaciones y distancias sociales establecidas, que constituye la situación social total en que se dan nuestras situaciones sociales reales.

Cuando miramos las cosas desde este punto de vista, los intercambios sociales reales y concretos retroceden hacia el fondo, y avanzan a primer término complejos tales como estructuras sociales, estratificación social, control social e institución social. Inmediatamente se advierten tres rasgos de esos complejos:

1) Tienen cierta persistencia que trasciende a los cambios sociales efímeros en que se manifiestan. La escuela, con su tradición, su jerga, su jerarquía, continúa durante generaciones de alumnos, cambiando lentamente quizá, pero continuando de tal manera que podemos decir acertadamente que cuando un alumno se va otro *toma su lugar*. Lo mismo puede decirse de la "nación", el "sindicato" o el "club".

2) Esos sistemas persistentes de relación se alzan contra el recién llegado o el observador con semi-objetividad. Pueden —dice Durkheim, que toma esos "hechos sociales" como el estudio propio de los sociólogos— ser tratados *como cosas*. Esa semi-objetividad es la que ha llevado a algunos sociólogos a postular una mente de grupo por encima man parte del grupo. Esa hipóstasis de construcciones mentales es innecesaria y engañosa, pero la tentación de tratar esas normas persistentes como emanadas de alguna fuente social, externa a los individuos, es perfectamente inteligible. Ciertamente, deben ser tratadas *como si* fueran entidades independientes. No podemos dejar de hacerlo. Como dice Durkheim: los hechos sociales son exteriores a nosotros y ejercen presión sobre nosotros.[8]

3) Esos sistemas persistentes varían de situación a situación, de lugar a lugar, de un grupo a

8 Durkheim, *Règles de la Méthode Sociologique*, París, p. 11.

otro. Hay un esquema de relaciones y de conducta apropiado en la fábrica, otro en la escuela; hay un sistema general que se aplica a los ingleses, otro que se aplica a los isleños de Trobrian.

Este último punto nos lleva al segundo campo de estudio sociológico: el estudio de las sociedades humanas.

Estudio de las sociedades humanas

Una de las clases más importantes de relación social es la de "copertenencia" a un grupo. Pero aquí empiezan nuestras dificultades, porque *1)* de ordinario usamos la palabra "grupo" de muchos modos diferentes, y *2)* aun cuando limitemos el significado de la palabra, todavía necesitaremos clasificar los conceptos comprendidos en la categoría más precisa.

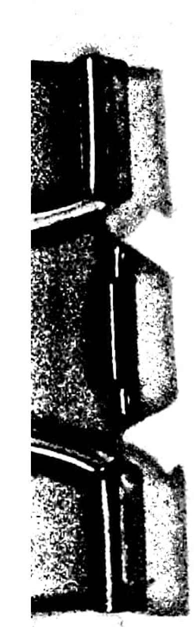
Una fuente de molestias es la dificultad que podemos tener en adaptar nuestras mentes en cuanto al grado en que vamos a suplir criterios objetivos con criterios subjetivos. Ya nos hemos referido (p. 16) a la distinción de Gurvitch entre "socialidad por interpenetración" y "socialidad por simple interdependencia", y en conexión con la primera observamos que introduce la primera persona del plural: "Nosotros". Evidentemente hay —y ellos son los principales objetos de estudio de las sociedades humanas— grupos de personas *1)* que entran en relaciones sociales distintivas entre sí,[9] y *2)* que tienen cierta conciencia de pertenencia a un grupo, es decir, "la idea del grupo existe en las mentes de sus individuos".[10] Esos grupos pueden persistir

[9] *Cf.* la definición de MacIver: *Society*, Macmillan, 1937, p. 13.

[10] *Cf.* las características de *Gruppen* de von Wiese. Ginsberg: *Reason and Unreason in Society*, p. 11.

con diferentes individuos; tienen una unidad y un límite que los diferencia de los individuos no pertenecientes a ellos y de otros grupos. Ejemplos de esos grupos serían: una nación, una escuela, una aldea, un sindicato, un regimiento, un club o un grupo de excursionistas. Esta serie heterogénea de ejemplos deja ver que es necesaria una clasificación ulterior, y a esto prestaremos atención más adelante. Lo que importa por el momento es señalar la unidad, integración, compacidad relativa y separación distintiva de esos "grupos sociales".

Ahora bien, si tomamos la definición de relaciones sociales de Weber,[11] que —dice— "consisten sola y exclusivamente... en la probabilidad de que una forma determinada de conducta social, de carácter recíproco por su sentido, haya existido, exista o pueda existir", podemos ver que los grupos sociales pueden analizarse en dichos términos. Ciertas reacciones son más probables entre "ingleses" en sus relaciones mutuas que entre "ingleses" y "franceses", y sería posible definir a los "ingleses" atendiendo a esas redes de reacción probable, sin referencia al conocimiento que tiene el inglés de ser inglés ni a su sentimiento de lealtad a su "nación".



Pero hay agrupaciones sociales importantes que no tienen esa solidaridad. Hay límites para tales grupos, de otro modo no podría determinarse la pertenencia a ellos; puede haber conciencia de esa pertenencia, pero algo, muy difícil de nombrar, aunque bastante fácil de ver, está ausente. Piénsese en los tres conceptos: "clase", "grupo de ingreso" y "grupo de edad". Estas agrupaciones son indudablemente importantes socialmente en un sentido en que no lo es la agrupación puramente estadística

11 Weber, *op. cit.*, vol. I, p. 25.

de individuos por talla, peso o color del pelo. Y, sin embargo, no está presente la cohesión característica de los grupos sociales que acabamos de mencionar. Además, su importancia social casi siempre cae dentro de los límites de grupos sociales amplios. No siempre, porque hay algo que decir de la noción de que la aristocracia de Inglaterra tuvo en el pasado más "en común" con la aristocracia del Continente que con sus propios compatriotas; todos hemos oído hablar de la amenaza de los financieros "internacionales", y se alienta a los "trabajadores del mundo" a romper sus cadenas.

Por otra parte, una clase oprimida puede adquirir una "conciencia de casta", las "muchachas quinceañeras norteamericanas" son un grupo tan bien definido, que pertenecen a él de manera especial, y entre los nandi del África Oriental la agrupación por edad es de importancia tan vital que la posición social, los deberes y los privilegios dependen del grupo de edad a que una persona pertenece, de suerte que puede establecerse cierto grado de unidad en esas agrupaciones, que se basan en características definidoras singulares y pueden aproximarse a "grupos sociales" consolidados.

Este contraste entre la presencia de algo que hemos llamado "consolidación" en el "grupo social", y su ausencia en la "agrupación social significativa", es tratado de diversas maneras por los sociólogos. Ginsberg,[12] por ejemplo, distingue entre grupos y semi-grupos, mientras MacIver[13] distingue entre grupos "con organización definida" y grupos "sin organización definida". Lo cierto es que la distinción, aunque perfectamente inteligible, es muy difícil de etiquetar con un nombre apropiado, y a veces no fácil de hacer. Una secta, una "casa-escuela"

[12] *Reason and Unreason in Society*, p. 13.
[13] *Society*, Macmillan, 1937, p. 144.

o un pequeño sindicato en desacuerdo con uno grande, despliegan un alto grado de consolidación, pero ¿y los individuos de la Iglesia de Inglaterra? Ésta es una configuración bastante laxa. ¿Y una "nación", después de todo? En tiempo de guerra, en tiempos de crisis nacional, o cuando son tirantes las relaciones internacionales, hay quizá un alto grado de sentimiento de unidad; pero, en general, las agrupaciones regionales y locales desempeñan el papel más efectivo en las vidas de los pueblos.

Lo cierto es que es mucho más consecuente pensar conforme a *escalas* que según una clasificación rígidamente excluyente. Si lo hacemos, podemos aplicar dos escalas para tratar el punto que estamos examinando: una subjetiva y otra objetiva. La escala subjetiva tendría en un extremo las colectividades en que hay un alto grado de unificación de *sentimiento,* mientras que en el otro extremo estarían las que ofrecen muy poca unificación de sentimiento. La escala objetiva tendría en un extremo las colectividades en que hay un elevado grado de organización, mientras que en el otro extremo estarían las agrupaciones meramente estadísticas.



En esta discusión del problema que se plantea cuando tratamos de hacer una distinción entre lo que llamamos "grupos sociales" y "agrupaciones sociales significativas", se ha dicho lo suficiente para indicar la complejidad a que ha de hacer frente el clasificador. Ninguna clasificación única de grupos sociales puede esperar ofrecer todas las distinciones importantes. Por lo tanto, será más consecuente examinar ciertas bases importantes de clasificación, cada una de las cuales es útil para determinados propósitos.

1) *Contacto personal de individuos.* Los individuos de algunos grupos están en contacto "cara a

cara" unos con otros, mientras que en otros grupos las relaciones son indirectas. Los individuos que trabajan en el mismo taller o la misma fábrica, las personas que viven en una "comunidad" religiosa o de otra clase, los niños que viven en una institución, o los estudiantes en un aula, o los individuos de una familia, son todos ellos ejemplos de grupos "primarios" o "cara a cara". Los individuos de una nación o de un gran sindicato se relacionan, en cambio, indirectamente.

2) *Persistencia temporal.* Algunos grupos existen sólo mientras sus individuos están copresentes entre sí; otros, como hemos visto, persisten con individuos diferentes.

Uniendo ambas cosas, tenemos: *1)* grupos "cara a cara" temporales, por ejemplo una muchedumbre (desorganizada) o un auditorio o una reunión (organizada); *2)* grupos "cara a cara" persistentes, por ejemplo una escuela o una clase; *3)* grupos relacionados indirectamente de modo temporal, por ejemplo el "público" en un momento dado; *4)* grupos indirectamente relacionados de un modo persistente, por ejemplo una nación, una ciudad, una sociedad erudita.

El estudio de *1), 2)* y *3)* es terreno común a la sociología y a la psicología social. El campo de estas dos materias constantemente se traslapa, y no es particularmente provechoso trazar límites excluyentes en torno de ellas. Pero debemos llamar brevemente la atención sobre cuatro tipos de estudio de pequeños grupos "cara a cara".

a) La "psicología de las masas" fue asunto de numerosos estudios desde *La muchedumbre* de Le Bon hasta la descripción de las masas humanas en *Social Learning and Imitation* de Dollard.

b) Los grupos "cara a cara" temporales de un tipo relativamente organizado fueron estudiados por

Lewin[14] y su escuela mediante la aplicación de un esquema conceptual de su invención. Tratan la situación social como un campo de tensiones o vectores, atracciones y repulsiones, tendencias a permanecer "en el campo" o a huir de él. Como dice Lewin: "Para explicar la conducta social es necesario representar la estructura de la situación total y la distribución de fuerzas en ella." Especialmente interesante es un estudio del efecto del cambio de tipo de jefatura sobre las estructuras de grupo, en el que se advirtió que la jefatura autoritaria tenía sobre los mandados un efecto desintegrador y provocador de agresión, mientras que un individuo, que había sido sometido a un tipo de jefatura y había adquirido el tipo de reacción adecuado, se vio que adoptaba un tipo completamente distinto de conducta cuando se le trasladaba a un grupo de diferente tipo de jefatura. Esta prueba experimental debiera hacernos vacilar cuando atribuimos características indelebles a individuos de naciones (incluida la nuestra) enemigas o amigas. Nos referimos a estos estudios como concernientes a "grupos cara a cara temporales" porque la conducta social real es descrita y valorada tal como realmente tiene lugar "en el campo social".

c) Gran número de psicólogos sociales y de sociólogos emprendieron el estudio de grupos "cara a cara" persistentes durante algún tiempo. Moreno,[15] por ejemplo, fundó una escuela de "sociometría" que intenta medir las preferencias de los individuos de un grupo entre sí, y el repudio de al-

14 *Cf*. Bowlby, "Psychology and Democracy", *Political Qarterly*, 1946. *Studies in Topological and Vector Psychology*, I: *Studies in Child Welfare*. Lewin, "Field Theory and Experiments in Social Psychology". *American Journal of Sociology*, 44, p. 868. Lewin, "Frontiers in Group Dynamics", *Human Relations*, I, p. 5.

15 Moreno, *Who Shall Survive?*, Washington, 1934.

gunos individuos por sus secuaces. Los resultados de esas observaciones se representan en constelaciones de simpatía y antipatía, amistad, hostilidad e indiferencia. Los individuos populares son los puntos de intersección de muchas líneas, los aislados emiten rayos de invitación a los populares, pero, ¡ay!, las líneas de comunicación están cortadas alrededor de ellos.

Otro ejemplo de esta clase de investigación es la obra de R. C. Angell, *The Family Encounters the Depression* (Teubner, 1936) ("La familia se enfrenta a la depresión"). Angell estudió las relaciones entre individuos de un grupo de familias antes y después de la Crisis, y pretende demostrar una relación entre el grado de integración y armonía del círculo familiar y su capacidad para resistir la influencia desintegradora de la crisis financiera. (*Cf. 20th Century Sociology*, p. 37.)

Para otros ejemplos de estudios de grupos "cara a cara" remitimos al lector a Murphy, Murphy y Newcomb, *Experimental Social Psychology*, pero debe hacerse mención especial del trabajo realizado por Mayo, Roetlisberger y Whitehead[16] sobre la industria. No hay espacio para describir las famosas investigaciones en los talleres de la Western Electric Company, pero son interesantes sus conclusiones. Las investigaciones pretenden que las relaciones armoniosas en una fábrica, y entre individuos que trabajan juntos en estrecha proximidad, pueden ser de tanta importancia como factor que influye en la curva de producción, como lo son las variaciones del estado físico; y describen la integración inconsciente de grupos de obreros que sim-

[16] *Cf.* Mayo, *Social Problems of an Industrial Civilization*, Cambridge, Mass., 1946. Roetlisberger, *Management and Moral*, Cambridge, Mass. Whitehead, *Leadership in a Free Society*, Cambridge, Mass., 1936.

patizan entre sí, la influencia desintegradora del cambio de compañeros y la importancia de la costumbre y de la estabilidad estructural en el conjunto de la fábrica.

Ahora que hemos pasado revista al estudio de pequeños grupos "cara a cara", podemos pasar a las bases de clasificación que conciernen principalmente a grupos sociales indirectamente unidos.

3) *Base de unificación.* Un grupo social puede ser de tal modo, que "uno *pueda* vivir plenamente su vida dentro de él, y encontrar en él todas sus relaciones sociales".[17] Otro grupo social puede ser de tal suerte que sus individuos ingresan en él, o lo crean, "para la consecución de un interés o un grupo de intereses comunes".[18] Esta distinción es de importancia evidente. Una sociedad de aldea es una sociedad en que se satisfacen múltiples intereses y en que se desarrollan innumerables relaciones sociales; su relación con sus individuos es más completa que la del club del cerdo (*pig-club*) con aquellos que pertenecen a él. La aldea *puede* tratar todos los aspectos de su vida, el club del cerdo sólo tiene interés por lo que afecta a los cerdos. Hay una especie de desarrollo natural, indirecto, en lo que respecta a la aldea: existe, por decirlo así, porque la gente vive junta, mientras que el club del cerdo es fundado y fomentado voluntariamente. Esta descripción no puede ser comprimida en una definición, porque puede fundarse y fomentarse deliberadamente una población nueva, una barriada puede surgir a la vida porque proporciona un centro a la comunidad, por tener escuelas apropiadamente situadas, y otros servicios sociales; y, por otra parte, un grupo dirigido a un fin puede formarse sin la intención expresa de fundarlo. Por todo

17 MacIver, *op. cit.*, p. 9.
18 *Id.*, p. 11.

esto, la distinción es bastante natural, y puesto que nacen del hecho de vivir juntos, la aldea, la nación o la barriada tienen un carácter territorial que no tienen los sindicatos ni la S.P.C.K.*

El sociólogo alemán Tönnies[19] dio nombres a estos dos tipos de colectividad: al tipo que nosotros ejemplificamos en la aldea lo llamó *Gemeinschaft* y al tipo intencional *Gesellschaft*. Weber siguió esa nomenclatura, mientras que MacIver[20] logró normalizar los nombres: comunidad y asociación. Como de costumbre, hay dos dificultades: la lingüística y la clasificadora. La palabra "comunidad" en el sentido de MacIver tiene una significación más amplia que en el lenguaje ordinario; comprende la "comunidad religiosa" y el vecindario servido por un "centro de la comunidad", pero comprende también la ciudad y la nación. Esta dificultad lingüística puede vencerse pronto, pero cuando nos hacemos la pregunta: ¿La familia es una asociación o una comunidad?, nos encontramos en uno de esos felices semilleros de disputas verbales. Ésta es, quizá, ocasión oportuna para hacer una advertencia general.

Cuando hemos abstraído una característica, o un par de características distintivas, tendemos a olvidar que los conceptos que hemos formado son meros instrumentos para ordenar una diversidad de fenómenos reales diferentes. Creemos haber descubierto verdaderas etiquetas que estaban atadas a los cuellos de los objetos desde el comienzo de los tiempos, pero que permanecían sin descifrar hasta ahora. Después pasamos a buscar las etiquetas de algún objeto que queremos clasificar —¿es "comunidad"

* Siglas de Society for Promotion of Christian Knowledge (Sociedad para el Fomento de la Ciencia Cristiana). [T.]

19 Tönnies, *Gemeinschaft und Gesellschaft*, Leipzig, 1887.

20 *Op. cit.*, p. 9.

o "asociación"?— y nos desalentamos cuando vemos que unos leen una cosa y otros otra. Hasta creemos que hay algo erróneo respecto del objeto mismo, porque no nos dice clara e inequívocamente lo que es. Habiendo decidido al fin atenernos a un sentido y no a otro, creemos haber hecho un gran descubrimiento: la familia *es* una asociación (o una comunidad).

Lo que con toda seguridad debemos hacer es preguntar qué palabra, si es que alguna de las dos, es conveniente usar en relación con la familia. La familia no *es* una cosa ni otra, es la familia, pero el examen de la familia, en el sentido de casa u hogar, revela que las dos palabras son apropiadas para diferentes aspectos. En el sentido de que los individuos de la familia viven juntos, en el sentido de que los individuos de la familia encuentran el centro de muchos intereses en el círculo familiar, y en el sentido de que para los niños casi todas sus necesidades son satisfechas en la casa, se emplea apropiadamente la palabra "comunidad": no hicimos ningún descubrimiento; sólo subrayamos, por el uso de esa palabra, ciertos rasgos de la vida de familia. Si, por otra parte, decimos, como muy razonablemente podemos, que la vida de familia es emprendida por dos personas que desean vivir juntas, tener relaciones sexuales y procrear hijos, entonces llamamos la atención sobre un aspecto de la familia para el cual es apropiada la palabra "asociación". Lo mismo puede decirse de la escuela; en la medida en que se considere la escuela como un grupo voluntariamente formado a fin de recibir o dar conocimientos o de educar el carácter, tiene un aspecto intencional (y por lo tanto asociativo) explícito, pero negar, basándose en eso, que puede tener también un aspecto de comunidad sería huir ante la realidad. Para el niño del internado escolar,



éste es un mundo que puede ocuparlo por entero, es su "mundo". Lo cierto es que los grupos son con frecuencia tan multilaterales y complejos, que ningún esquema conceptual simple puede esperar repartirlos a todos en casillas claras. Esto no importa gran cosa mientras no nos hipnoticemos con palabras abstractas y demos siempre prioridad a la realidad concreta.

La distinción entre el grupo "cara a cara" y el indirectamente unido, y la distinción entre comunidad y asociación, son las bases más importantes de discriminación, pero hay otras de utilidad no menor.

4) Weber diferencia dos tipos de sociedades: "abiertas" y "cerradas". Las primeras son grupos sociales a los que puede pertenecer todo el mundo; las segundas —y más importantes, *desde el punto de vista de esta distinción únicamente*— son las que implican alguna forma discriminatoria especial para ingresar en ellas. Una guilda estaba cerrada a quienes no podían costearse las ropas rituales ni el material para hacer la obra maestra; Weber distingue una "secta" de una "iglesia": la primera es una sociedad cerrada para todos salvo los elegidos, rasgo que contribuye a la consolidación y pureza de la doctrina; un cuerpo profesional está cerrado a quienes no han pasado los exámenes apropiados o no pueden pagar el derecho o cuota de entrada; una casta está cerrada para quienes no han nacido en ella. Podría continuarse así, y es perfectamente claro que la existencia de sociedades cerradas es importante como medio para fomentar los intereses de sectores de la comunidad, como medio de alcanzar un nivel de destreza, y para dar una sensación satisfactoria de distinción y, quizá, de prestigio (aunque no es éste el caso con la orden cerrada de los presidiarios) a los individuos elegidos.

5) El tamaño parece una característica un tanto trivial, pero tiene su importancia, particularmente con referencia a la estructura política: evidentemente una comunidad en pequeña escala, en la que es posible alguna forma de participación directa en el gobierno, presenta problemas diferentes de los que afronta una sociedad moderna en gran escala. Una ciudad, en la que el individuo se pierde, tiene que ser una clase de comunidad diferente de una aldea, en la que cada individuo conoce a todos los demás.

6) Finalmente, hacemos una distinción entre una sociedad "inclusiva", como una nación o una tribu, y los grupos sociales que comprende. Una comunidad primitiva tiene sus familias, sus clanes y sus asociaciones, y sería imposible enumerar todos los grupos sociales, familiares, industriales, deportivos, políticos, colectores, sabios, y así sucesivamente, contenidos en una sociedad inclusiva actual.

Estas "sociedades inclusivas" son, en cierto sentido, las unidades acerca de las cuales y dentro de las cuales se realiza el estudio sociológico de las sociedades; pero antes de ver algunos ejemplos de esta clase de investigación, hay una característica importante de las sociedades, en especial de las inclusivas, que debemos mencionar, y es su naturaleza orgánica. Además de los grupos sociales, y determinándolos en gran parte, hay un orden general, un modo general de vida, una red de instituciones políticas, de instituciones económicas y de instituciones culturales, que sustentan y mantienen un sistema de valores y de creencias y prácticas religiosas, todos los cuales impregnan el conjunto de la sociedad inclusiva. Cuando hablamos del "sistema capitalista", del "sistema feudal", del "estilo norteamericano de vida", nos referimos a esos tipos impregnantes, de creencia y de acción social.

Además, toda la sociedad concreta, impregnada como está por esos "complejos institucionales", como los llama MacIver, se mantiene unida como un sistema dinámico de partes engranadas, de suerte que el cambio en una parte tiene repercusiones en las demás. La organización económica influye en la organización política, y viceversa; los cambios económicos conducirán a un cambio en la posición de las mujeres; un cambio en las ideas, como ha demostrado Weber, puede influir en el desenvolvimiento económico. La palabra "dinámica" es esencial. Toda la "vida" compleja de una sociedad inclusiva tiene más de proceso que un sistema estático de grupos que se hallen relacionados entre sí.

Esta interconexión de todo con todo es la que llevó a los sociólogos de mentalidad biológica, como Aristóteles y Spencer, a considerar la sociedad como un *organismo*. No hay daño en esto; en realidad, la palabra es útil, pero el peligro está en llevar la analogía demasiado lejos. Esto se hizo en el pasado. Se pensó que la evolución de una sociedad debe obedecer a las mismas reglas que se dice rigen la evolución de los organismos biológicos; se trajo a cuento la idea de "selección natural" para explicar la perpetuación de ciertos tipos de organización social. Esto ha oscurecido más bien que iluminado la escena. Pero lo que debemos admitir de modo cierto es el concepto de integración orgánica del agregado que forma el todo social.

Esto, por otra parte, no debe tomarse en el sentido de que cada elemento de una sociedad esté armónicamente entretejido con todos los demás. Ése puede ser el ideal, pero de ningún modo es siempre la realidad. Las creencias religiosas pueden estar en desacuerdo con la práctica económica,

y el interés de un sector puede socavar, estamos tentados a decir que como un cáncer, el resto del "cuerpo político". La lucha para armonizar los intereses particulares con los intereses del todo es la que engendra gran parte de nuestro Derecho. Hemos discutido arriba la situación de una nación como grupo unificado, e indicamos que en tiempo de guerra su unidad orgánica es más manifiesta que en tiempo de paz. Casi podemos sentir, al final de una guerra larga, el aflojamiento de los vínculos sociales, y no nos sorprende ver durante ella suprimirse conflictos enconados en el interior del organismo. A pesar de todo, hay cierta consistencia que penetra el conjunto. Mirando una sociedad desde lejos y tratando de captar la organización económica, el orden político, la estratificación social, el clima ideológico y los conflictos internos, podemos a veces entrever un tipo de orden inmanente, o *Eigengesetzlichkeit*, como lo llama Weber, un consenso social, como lo llamó Comte, y una de las tareas más fascinadoras que han señalado algunos sociólogos es abrirse camino hacia la "lógica situacional" de una época.

Pasando ahora a los estudios que pueden llamarse estudios de grupos sociales, podemos distinguir dos grandes tipos: *1)* estudios de grupos sociales en su conjunto; *2)* estudios de aspectos o rasgos particulares.

1) El número de estudios de sociedades primitivas es inmenso. Malinowski describió los isleños de Trobriand, Firth los ticopianos, Deacon y Layard los hombres de la Edad de Piedra de Malekula. Éstas, y las obras de Bateson, Margaret Mead, Ruth Benedict, Boas y Radcliffe-Brown, para mencionar sólo un puñado más, son intentos de dar una impresión viva del modo de vida, las instituciones, las creencias y las costumbres de un grupo de primi-

tivos, de suerte que tengamos la "sensación" que nos produciría ser uno de ellos.

Las sociedades inclusivas en gran escala son más desalentadoras, y no es antinatural que no suela estudiárselas en su conjunto, a no ser de la manera estadística que encontramos en "Social Survey of England and Wales", de Carr-Saunders y Caradoc-Jones, y "The Condition of Britain", de G. D. H. Cole.

Existen, desde luego, obras descriptivas sobre el aspecto cultural de sociedades en gran escala, como *The American Character*, de Mead, o el estudio de la cultura japonesa de Benedict en su *Chrysanthemum and the Sword*. Los grupos sociales estudiados en conexión con sociedades en gran escala son grupos comprendidos en ellas, pero *como* grupos en y relacionados con el contexto de la sociedad en gran escala que los rodea. Esos estudios son panoramas sociales. En Inglaterra, el *Social Survey of London*, de Charles Booth, que fue reeditado por H. Llewellyn Smith en 1930-1935, fue seguido de un número incesante y creciente de estudios, entre los cuales destacan: *Work and Wealth in a Modern Port* (Southampton, ed. por P. Ford), *Survey of Merseyside* (ed. por Caradoc-Jones), *County Town* (Worcester, West Midland Planning Group) *Becontree and Dagenham* (Terence Young), *Industrial Tyneside* (Mess), y *Social Background of a Plan* (ed. por Ruth Glass).

Esos panoramas sociales son principalmente estadísticos y no descriptivos. Nos dicen cuánta gente vive allí, cuánto pagan de alquiler, a qué distancia viven del centro de la población, y así sucesivamente, pero dan muy poca idea de cómo son sus vidas. En el estudio de Charles Booth hay, es cierto, informaciones descriptivas de la vida de trabajo en las *sweated industries* ("empresas explo-

tadoras"),* pero, con excepción de *Exmoor Village,* que intenta dar una exposición de la rutina cotidiana, anotada por un equipo de observadores de masas y unificada por W. J. Turner, los estudios sociales ingleses no intentan dar un cuadro completo del "tipo de cultura". La razón está en que esos estudios suelen ser costeados por personas que tienen presente un propósito práctico definido: dar publicidad a la situación de los pobres, o como preludio a la reconstrucción material de la zona. Además, son diferentes las facilidades para la obtención real de información. Los grupos de bajos ingresos parecen ser indefinidamente accesibles, mientras que las "clases altas" se envuelven en el misterio. Es la cosa más fácil del mundo averiguar qué proporción de su ingreso gasta el asalariado en comida, luz, etc., pero nadie se ha atrevido a abordar a las clases de profesionistas en esta cuestión íntima. El resultado es que nuestras ideas de la "situación de la Gran Bretaña" están algo deformadas si nos fiamos sólo del testimonio de los estudios sociales. Si, como se nos dice, las clases trabajadoras inglesas tienden al "aburguesamiento", es una desdicha que sepamos tan poco del "tipo de cultura" de la burguesía.

Pero en los Estados Unidos las cosas son de otro modo. En los estudios de Lynd titulados *Middletown* y *Middletown Revisited* tenemos una información más íntima del estilo de vida de Middletown, y lo mismo puede decirse de *Deep South,* de Davis y Gardner, y de *Plainville, U.S.A.,* de James West. Otros ejemplos de estudios de comunidades son *A Japanese Village,* por John F. Embree; *Peasant Life in China,* por Hsiao T'ung; y *A Chinese Village,*

* Llámanse en inglés *sweated industries* aquellas en que se explota al máximo y se retribuye mal la fuerza de trabajo de los obreros. [T.]

por Martin C. Yang. (Publicados los tres en la Biblioteca Internacional de Sociología y Reconstrucción Social, dirigida por Kegan Paul.)

2) El estudio completo de una comunidad es una ardua y quizá imposible empresa en el caso de las ciudades modernas. Tendemos a obtener exclusivamente los secos datos estadísticos de una ciudad en la que parece no vivir nadie, o esbozos impresionistas con demasiado poco respaldo estadístico. Gran parte —quizá la mayor— de la investigación sociológica se dedica a algún aspecto de la vida en una sociedad inclusiva. En Inglaterra tenemos los estudios sobre la delincuencia hechos por Burt, Bagot, Friedlander y H. Mannheim, y en los Estados Unidos por los de Glueck, Healy y Bronner, y Alexander. Hay estudios sobre el desempleo (por ejemplo, *Men Without Work*, Pilgrim Trust) y la pobreza (por ejemplo, los de Rowntree: *Poverty*, 1901, *Poverty and Progress*, 1941) en Inglaterra; en los Estados Unidos el estudio especial de *The Jack Roller* por Clifford Shaw, y *The Gang*, por Thrasher; y en Alemania *Die Arbeitslosen von Marienbad*, por Lazarsfeld-Jahoda y Zeisl.

En los Estados Unidos fue intensamente examinado el problema de la estratificación social por Warner en la *Yankee City Series*. Como podía esperarse, el problema negro recibió mucha atención (por ejemplo, *Caste and Class in a Southern Town*, *Black Metropolis*, por Dollard, y *American Dilemma*, por Myadal), y el Dr. K. L. Little publicó recientemente un estudio del negro en Inglaterra.[21] El especial problema norteamericano de la absorción de los grupos étnicos inmigrantes dio lugar a muchas investigaciones (por ejemplo, *The Ghetto*,

[21] *Negroes in Britain*, Kegan Paul, 1948. *Cf.* tambien *Colour Prejudice in Britain*, por Anthony H. Richmond, Kegan Paul, 1954.

de Wirth, y *Social Systems of American Ethnic Groups,* de Warner y Srole).

A esas investigaciones realizadas por sociólogos de estilo propio podemos añadir las aportaciones de los economistas y los cultivadores de las ciencias políticas, con sus análisis descriptivos de los complejos institucionales económicos y políticos de diferentes sociedades inclusivas en gran escala. Esta breve información no pretende ser otra cosa que una ilustración del tipo de investigaciones que se realizan sobre problemas especiales en sociedades inclusivas; es, naturalmente, un mero puñado de ejemplos. Intentar una información completa daría por resultado un volumen de bibliografía y haría extremadamente tediosa la lectura.



Las investigaciones que hemos enumerado se refieren todas a sociedades específicas; la sociedad es tratada ya en su conjunto, como en las obras antropológicas, o se estudia una parte de ella, como en los estudios sociales, o sólo se examina un aspecto de la misma. Ahora bien, hemos llamado la atención sobre el modo cómo se mantiene unido un "tipo de cultura" con principios de desenvolvimiento que operan inmanentemente de un modo peculiar a él y, en consecuencia, se plantea la cuestión: ¿No son esas unidades sociales tan específicas que por el estudio de una de ellas no pueda descubrirse nada que sea en absoluto pertinente para las otras? O en otras palabras: ¿La sociología estudia sociedades o estudia "la sociedad"?

La sociología como estudio de la sociedad humana. El modo más sencillo de evitar la sugestión de que toda sociedad es tan singular que de su estudio no pueden derivarse reglas generales o principios, es referirse a las investigaciones que convierten en un intento perfectamente razonable hacer lo que se supone imposible, a lo cual podemos añadir el

argumento epistemológico de que si cada cultura fuese *absolutamente* diferente de todas las demás, y no una configuración única de elementos que se encuentran en todas, seríamos absolutamente incapaces de comprenderlas, lo que no es el caso, desde luego. Pero hay varios sentidos en los que puede decirse que los sociólogos estudian "la sociedad humana".

I) En su *History of Human Marriage*, Westermarck acomete el estudio del principio de la unión matrimonial restringida donde quiera que se encuentre; el análisis de las causas del suicidio que hace Durkheim no se limita a los suicidios franceses; la famosa investigación de Weber sobre las relaciones entre las creencias religiosas y el desarrollo económico es un estudio comparado que parte de la pregunta: ¿Por qué el capitalismo moderno se desarrolló en Europa y no en otras partes?, y en el curso de su investigación propone reglas generales acerca de la función del profeta carismático y de la mano muerta de la tradición. Elegimos estos tres ejemplos para ilustrar un tipo de investigación que se refiere a la sociedad humana en general, y no se limita a una sociedad particular.

II) Hay dos campos de investigación que, por su misma naturaleza, deben trascender las sociedades particulares, porque tratan de las relaciones entre ellas: el estudio de la guerra, de su práctica y causas, y el estudio de las relaciones culturales.

III) El estudio de aspectos generales de la vida social humana que se encuentran en diferentes sociedades, no es en absoluto la única manera en que puede decirse que los sociólogos estudian la sociedad humana. Hay obras más amplias que tratan de descubrir principios generales de desarrollo en la sociedad humana en su conjunto. La hipótesis

marxista de un principio dialéctico del cambio social, basado en los descubrimientos técnicos y el subsiguiente conflicto de clases, se refiere a la sociedad humana en conjunto; hay en ello una inevitabilidad que nos permite considerar a una sociedad en la vanguardia del progreso, mientras las otras van muy a la zaga temporalmente. La famosa ley de Comte de los tres estados es otro ejemplo, y lo es también el enorme *Study of History* de Toynbee, en el cual presenta los mismos principios de nacimiento y decadencia de la civilización como manifiestos en toda la historia humana. Esas hipótesis, bajo el nombre general de historicismo, han sido atacadas por Karl Popper,[22] quien argumenta que no pueden descubrirse esas tendencias inevitables. En la misma categoría, pero evitando muchos de los defectos del *inevitabilismo* estricto, podemos colocar la gran investigación de Hobhouse sobre los principios del desenvolvimiento humano, en la cual se propone rastrear, por el estudio comparado de las instituciones, una ampliación general de la mente humana y la tendencia hacia un mayor respeto a la persona humana en todos los sectores sociales.



Por aquí se verá que la palabra "sociedad" en la frase "sociedad humana" se usa en un sentido más general que cuando hablamos de "sociedades humanas" en plural. En este último sentido, *una* sociedad es una entidad bastante bien definida que tiene una unidad y una estructura orgánicas, mientras que nadie habla de la "sociedad humana" en singular atribuyéndole la misma clase de unidad. La unidad en la sociedad humana es de un orden totalmente distinto; es o bien un concepto biológico, registro de un campo general de investigación



22 "The Poverty of Historicism", *Economica*, 1944-45.

en el que se ofrecen los mismos elementos en diferentes contextos, o bien —en el sentido de sociedad mundial— una piadosa esperanza.

Se advertirá ahora que los sociólogos subrayan en sus obras dos cosas diferentes. Unos se dedican al detalle y la configuración íntimos de una sola sociedad —primitiva o moderna—, mientras que otros cubren un campo más amplio y procuran, derivando lo presente de lo pasado, o comparando una sociedad con otra respecto de alguna característica, descubrir principios generales de desenvolvimiento o leyes de correlación. Los primeros actúan como una coerción y un freno saludable sobre los segundos, e insisten en que si se abstrae un rasgo de un conjunto concreto se falsea, y que los conceptos derivados de nuestro mundo moderno son impropios y engañosos cuando se aplican a culturas primitivas o antiguas. Los segundos admiten la corrección. Reconocen que aunque muchos de los predicamentos sociales del hombre —el predicamento de la monarquía absoluta, el predicamento de la monarquía feudal, el predicamento de una clase oprimida o del mercantilismo frustrado— son recurrentes en la historia humana y tienen lo que llamamos su propia lógica inmanente; no obstante, sus manifestaciones específicas en un lugar y un tiempo dados tienen características únicas debido a la influencia de circunstancias históricas imprevisibles.

II. EL MÉTODO SOCIOLÓGICO

SE HA dicho, de manera bastante sorprendente, que la sociología no es una materia, y se ha dicho, de manera algo menos sorprendente, que la sociología no es una ciencia. La primera acusación es un tanto necia y recibirá contestación muy breve; la segunda es más interesante, pero implica problemas técnicos de metodología científica cuyo tratamiento detallado ocuparía mucho espacio y, en consecuencia, tampoco nos extenderemos demasiado en contestarla.

Es fácil de ver la razón por la que se ha dicho que la sociología no es una materia. Se ha sostenido que la economía, la historia y la ciencia política son especializaciones y que la sociología es una "mera" síntesis de las observaciones e hipótesis que se encuentran en las obras de los especialistas en esos tres campos. La contestación es: *1)* la sociología es la verdadera disciplina que intenta estudiar las sociedades como unidades orgánicas y conocer las relaciones entre los diferentes complejos institucionales (económico, político e ideológico) que las llenan. Pero esto es quizá lo que quiere decirse al llamar a la sociología una "síntesis" de las ciencias sociales, y esto lo contestamos con: *2)* la sociología es la verdadera ciencia que trata de los grupos sociales humanos *como tales,* clasificándolos y analizando la naturaleza de su estructura, y *3)* hay temas tales como la estratificación social (clases, castas, etc.), los cambios en las proporciones de la población, los cambios en la función de la familia, que no son materia de ninguna otra ciencia. Naturalmente, el sociólogo toma préstamos

del economista, del historiador y del teórico político, pero, como ha observado Huntington Cairns,[1] también el economista, el historiador y el teórico político reciben influencias del análisis sociológico. El problema no tiene la menor importancia teórica y no podemos dejar de lamentar que el deseo de salvaguardar intereses creados se haya permitido entremeterse en nuestra atención. Pero tuvo repercusiones prácticas: en muchos sectores del mundo intelectual inglés la sociología no es materia respetable, y por ese motivo las universidades inglesas sólo en años recientes han nombrado profesores y conferenciantes para enseñarla y para hacer investigaciones sociológicas.

La pretensión de que la sociología no es una disciplina científica plantea cuestiones más interesantes. Las ciencias físicas han tenido durante mucho tiempo el orgullo de presentarse como ejemplo de lo que las ciencias deben ser realmente. La verificación de las hipótesis por experimentos dirigidos, la abstracción de características físicas mensurables y el descubrimiento de la dependencia funcional entre una medida y otra, la formulación de amplias teorías unificadoras con las cuales se expliquen diferentes conjuntos de fenómenos, juntamente con la exactitud de predicción que permite al científico aplicar sus teorías a la construcción de puentes, máquinas de vapor, aeroplanos, aparatos de televisión y bombas atómicas, son todas ellas cosas que han señalado una norma de investigación "científica". Si usted no puede experimentar, si no puede medir, si no puede formular grandes hipótesis unificadoras, y si no puede sentir confianza en su ingeniería social, no puede decir de ningún modo que está dedicado a un estudio cien-

[1] *Sociology and the Social Science in Twentieth Century Sociology*, ed. Gurvitch y Moore, Nueva York, 1945, p. 10.

tífico. Pero los problemas de microfísica en general, y el principio de indeterminación en particular, han dado lugar a una gran cantidad de reflexiones inquietantes. Los cambios en la teoría, que se han seguido uno a otro tan rápidamente, han hecho menos seguro que lo que "la ciencia enseña" hoy lo enseñará mañana también. Ahora se advierte que las teorías matemáticas abstractas que se aplican a ciertos aspectos de la realidad no tienen por qué ser del mismo orden que las adecuadas para tratar otros aspectos. La idea de lo que significa una ciencia no debiera tomarse como la mayor aproximación a los procedimientos y fórmulas de las ciencias físicas; es algo mucho más general.

La investigación científica tiende a la objetividad, al orden y a la formulación de hipótesis que puedan ser comprobadas, y los métodos que realmente sean apropiados dependerán de la materia que el científico estudia. El libro *Règles de la Méthode Sociologique*, de Durkheim, es un llamado general a la objetividad; los hechos sociales —insiste este autor— deben ser tratados *comme des choses*. Pero se comprende fácilmente que la objetividad no es una actitud tan fácil de conservar para el sociólogo como para el físico. Somos hijos de una cultura, y no podemos disociarnos de los supuestos que hemos absorbido desde la infancia. El sociólogo, por lo tanto, ha de guardarse de la interpolación subjetiva de un modo que no es el caso del físico. Pero cuando llega a la misión real de la ciencia, a la formulación de hipótesis, la sociología está constreñida exactamente por las mismas reglas fundamentales que constriñen a cualquiera otra disciplina científica. Que nuestra hipótesis sea que el suicidio es una función de la integración social, o que el punto de fusión del hierro es una función numéricamente determinada del calor a que se le

somete, la cuestión es siempre: ¿Las inferencias deducidas de esas hipótesis son verificables y han sido realmente verificadas? Esta deducción de inferencias de una hipótesis y la constante apelación a la realidad es la marca característica de la investigación científica, y este correctivo se aplica a la sociología lo mismo que a cualquiera otra rama de la ciencia.

En realidad, pues, no hay cuestión en cuanto a que la sociología sea una ciencia, pero el carácter peculiar de su contenido plantea ciertamente problemas embrollados. Cuando Durkheim habla de tratar los hechos sociales *como cosas*, puede suponerse que quiere decir algo más que ser solamente objetivos, y ese "algo más" puede discutirse. Hemos visto que "en último análisis" la sociología estudia la acción deliberada de seres humanos, aunque no siempre sepan los fines que determinan todas sus acciones, y esto, seguramente, quiere decir que los datos de la sociología no son *cosas* del mismo orden que los datos de la física.

Para Weber[2] "la sociología es una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social para, de esa manera, explicarla causalmente en su desarrollo y efectos". "Entendimiento" en asuntos humanos significa algo más que conocimiento en asuntos físicos. Podemos "comprender" por qué ocurre algo en el mundo que nos rodea, porque podemos relacionarlo con leyes o hipótesis generales que hasta ahora han pasado la prueba de verificación, pero cuando decimos que comprendemos por qué, por ejemplo, una persona se suicidó, *podemos* decir, ciertamente, que es porque vivía en una comunidad protestante y residía en una ciudad, y que el suicidio entre los habitantes protestantes de

[2] *Op. cit.*, vol. I, p. 4.

la ciudad es más frecuente que entre los católicos que viven en el campo (suponiendo que esto se supiera por observación). Que sea realmente así no nos preocupa por el momento; lo importante es que las hipótesis que usamos para "explicar" un suceso en el que intervienen seres humanos como personas conscientemente activas no tienen esa calidad de "tomarlo o dejarlo" que caracteriza a las hipótesis de las ciencias naturales. Pedimos que las hipótesis de la sociología sean *inteligibles*. Que el hierro se funda a determinada temperatura no es más inteligible que si se fundiera a cualquiera otra temperatura. La observación de Durkheim de que el número de suicidios de protestantes es mayor que el de católicos, y su inferencia de que el protestantismo tiene algo que ver en ello, se hacen inteligibles por el análisis subsiguiente del protestantismo como religión que descarga el peso de la responsabilidad sobre los hombros del creyente. Esto es inteligible porque sabemos por experiencia que el peso de la responsabilidad es penoso, y "comprendemos" que alguien lo encuentre excesivo para él.

Esta inteligibilidad es realmente una interpretación de hipótesis sociológicas de acuerdo con ciertos supuestos generalmente aceptados sobre la "naturaleza humana". No quiere decir esto que la sociología pueda reducirse a psicología, porque gran parte de aquello en que se interesa el sociólogo es la resultante inesperada de intercambios sociales humanos, de suerte que si se analizan los móviles que operaron en cada participante no se podrán inferir los fenómenos sociales que se trata de explicar. No obstante, los fenómenos "emergentes" se hacen inteligibles demostrando que son los resultados naturales de móviles humanos interactuantes.

Al mismo tiempo no podemos olvidar la posibilidad de que puedan encontrarse reglas sociológicas *sui generis*; es decir, principios de uniformidad y de orden que no pueden reducirse, sin dejar residuo, a la interacción de fuerzas humanas inteligibles. Quizá haya en las sociedades tendencias integradoras operantes que actúan como determinantes de acción social con tendencias a una cohesión mayor. Muy apropiadamente los sociólogos se inclinan ahora a evitar esas hipótesis embarazosas, porque es tanto lo que puede hacerse inteligible por referencia a la intención familiar (incluidos móviles inconscientes), que en interés de la austeridad científica puede esperarse que todos los fenómenos sociales puedan explicarse en definitiva por este procedimiento. Pero la curva de Pareto relativa a la distribución del ingreso, la supuesta constancia de los índices de suicidio, y demás informaciones de esta clase, deben tomarse al presente *como si* fuesen reglas puramente sociales.

Este método interpretativo nos da cierta superioridad sobre el científico físico en el sentido de que tenemos una comprensión peculiar de nuestro material, porque penetramos en su naturaleza en virtud de que nosotros mismos somos de esa naturaleza.[3] Pero es precisamente a causa de esa intencionalidad, esencial a la conducta humana, por lo que se presentan dificultades. Los fines que los hombres persiguen son valores para ellos, y ahora tenemos que considerar el hecho de que el valor es la esencia misma de la acción social.

Esto, sin más, suena a cosa extremadamente ignominiosa y "anticientífica", pero cuando, como hace Hayek en el artículo que acabamos de citar,

[3] Cf. Hayek, "Scientism and the Study of Society", *Economica*, vol. IX, pp. 267-291; vol. X, pp. 34-63; vol. XI, páginas 27-39.

se examina la materia cuidadosamente, se advierte que la sociología y las demás ciencias sociales —por ejemplo, la economía y la política— tratan del hombre en el ambiente físico tal como *él* lo ve, y no como los físicos nos dicen que es en realidad. El análisis físico de un sombrero de copa no añadiría nada a nuestros conocimientos como sociólogos; decir que es causa de temor para el salvaje y de molestia para las altas clases civilizadas abre vías de entrada a la investigación: contacto cultural, símbolo ritual, cambios de moda, actitud del desposeído ante el símbolo de su menguante prestigio; el sombrero de copa, como fenómeno que tiene determinado valor a los ojos de quienes lo usan, es de profunda significación sociológica. El mundo en que vivimos como seres sociales está, en realidad, impregnado de sentido personal y social, de suerte que, desde el principio, cualquier estudio de seres humanos que no sea fisiología ni biología implica un mundo de valores. Y los móviles humanos son concebidos de modo más conveniente no como empujones por detrás, sino como impulsos hacia algo que está delante, por ejemplo, hacerse rico en un mundo en el que hacerse rico es un valor aceptado, o adquirir prestigio criando perros cuyos colmillos se curven hacia atrás y luego hacia adelante, en un mundo en donde esos animales son muy apreciados. No puede comprenderse la conducta social humana salvo como un impulso hacia un sistema de valores y una reacción a éste. Si un *esprit-fort* empieza a ignorar por completo los valores, se ha señalado a sí mismo una norma de valor cuya consecución requerirá milagros de autodominio.



¿Dónde está, pues, la dificultad? Hay dos. La primera se debe a una simple confusión. Se nos dice con mucha razón que la ciencia no tiene nada

que ver con los juicios de valor. ¿Cómo puede, entonces, llamarse ciencia una disciplina que tanto tiene que ver con juicios de valor? La confusión se debe, naturalmente, a que el sentido en que la ciencia no tiene nada que ver con juicios de valor es completamente distinto del sentido en que los sociólogos se interesan profundamente por sistemas de valores. El primer sentido se refiere a los juicios de valor del científico, el segundo a los juicios de valor que forman parte del material que él estudia. No es misión del científico emitir juicios de valor sobre los juicios de valor que investiga; la sociología, según frase de Weber, debe, como cualquiera otra ciencia, ser *wert-frei* (libre de valores).

La segunda dificultad es más grave. Si "en último análisis" tratamos de seres humanos finalistas, que buscan lo que consideran valioso, inspirado y conectado por el sistema de valores normativos vigentes en su cultura, ¿cómo podemos esperar establecer reglas generales de conducta social o de cambio social? Tenemos delante el problema del libre albedrío. Afortunadamente, no tenemos por qué entrar en la disputa, porque la experiencia común basta para revelarnos que las personas en general obran de acuerdo con reglas, que su conducta es, dentro de ciertos límites, aproximadamente previsible, que ciertos valores conocidos son buscados por lo general, y que cuando alguien aspira a realizar ciertos valores elegirá, dentro del ámbito de sus conocimientos, los medios más racionales para el fin que se propone.

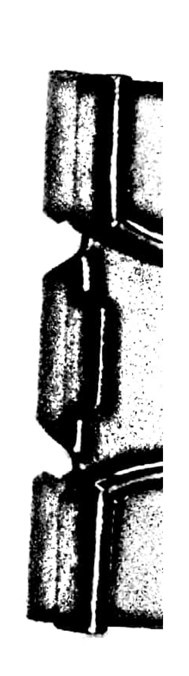
Muy bien puede haber preferencias que tengan repercusiones sociales importantes y que podemos no haber previsto; esas preferencias hasta pueden ser, en algún sentido, "libres", y desafiar las persuasiones que normalmente determinan la conducta humana. Muy bien puede ocurrir que en el curso

de la historia humana las tendencias esperadas sean impulsadas, invertidas o dificultadas por preferencias inesperadas e imprevisibles de individuos en situaciones claves —no puede, ciertamente, ponerse en duda—; pero eso no significa que no haya regularidad en la conducta social del hombre. Puede decirse que la conducta social tal como la conocemos sería imposible sin regularidad. Puede observarse, además, que toda ciencia es un cuerpo de proposiciones hipotéticas con "siendo iguales todas las cosas" como fórmula restrictiva de cada una de ellas. Si en una sociedad una clase de personas busca oportunidades para ganar dinero por medio del comercio, tratará de suprimir todos los obstáculos que se interpongan en su camino. La existencia de una fuerte tradición contra esas actividades puede contenerlos, o puede cruzarse eficazmente en su camino una clase aristocrática que quiere conservar su posición autoritaria: en realidad, "quizá no son iguales todas las cosas"; pero esto no hace inútil la hipótesis, del mismo modo que no son anuladas las leyes de la caída de los cuerpos cuando el viento levanta alguno de ellos.

Tenemos que admitir, de todas maneras, que las perspectivas de la sociología no son tan brillantes como las de las ciencias físicas, aunque las exigencias de validez científica son las mismas para una y otras. La escena social es infinitamente variada, casi infinitamente compleja e irreductible a experimentación. Cuando se pasa revista a las cálidas aldeas de la India, a la acolchada teocracia del Tibet, a la intelectualidad burocrática de la antigua China, a las ciudades-Estado de Atenas y Esparta, al estilo de vida norteamericano, a los egipcios dominados por sus propios artefactos, a la Revolución Industrial, al Imperio Romano, a los malignos dobunos y a la apelotonada vida de Londres, París,

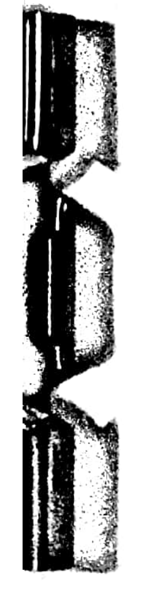
Birmingham, y Nueva Orleáns, casi nos sentimos abrumados por la diversidad y la complejidad de nuestro material, y todo eso no es sino un pequeño fragmento. El mundo físico es bastante complicado, pero en la práctica parece haber independencias bien marcadas; las calderas hierven independientemente de una variedad incalculable de otras circunstancias simultáneas. En la relación social del hombre todo parece mucho más ligado con lo demás, como observamos más arriba.

El orden general de la investigación científica es: observación, hipótesis, y nueva observación guiada por la hipótesis, pero antes de que pueda hacerse nada deben tomar alguna forma los conceptos que van a servirnos de instrumento. La sociología está todavía, en gran medida, en la etapa de clasificación, ordenación y descripción, porque aún no estamos seguros de lo que le es pertinente y de lo que no le corresponde. El resultado es que gran parte del trabajo sociológico parece más una especie de herborización al azar, de recolección de datos, es decir, estadísticas, historias de casos personales y cosas análogas, no dirigidas por el propósito de verificación. Esto es inevitable, y ciertamente proporciona material con el que puede construir el teórico, pero al mismo tiempo hay que admitir que, aunque las hipótesis sin base ni comprobación son vacías, una mera recolección de datos es ciega.



La *variedad* de los ambientes sociales significa que tenemos que confiar mucho en datos estadísticos, porque siempre hay un número importante de desviaciones de toda tendencia general, y porque los métodos estadísticos son un freno a la explicación fortuita. Pero la información estadística en la forma de índices de natalidad, índices de mortalidad, distribución del ingreso, cambios en los precios, salarios, etc., y la correlación entre

un cambio y otro, o entre la medida de una característica, por ejemplo, la fertilidad, y la medida de otra, por ejemplo la inteligencia, son datos; no es explicativa. Otro recurso descriptivo, que nos ayuda a tratar la variedad, es la definición de conceptos sociológicos en relación con la probabilidad. Weber, por ejemplo, define la "autoridad" (*Herrschaft*) como "la probabilidad de que una orden con un contenido dado sea obedecida por un grupo dado de personas".



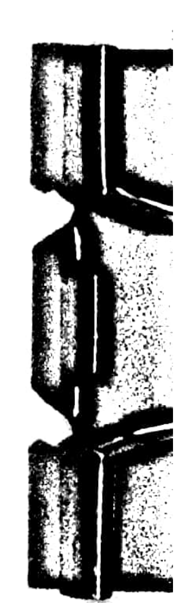
Un concepto más explicativo, expuesto por Weber, es el del "tipo ideal". Usamos con frecuencia la noción de tipo en la descripción psicológica de sentido común, y por él *no* entendemos una persona término medio, *no* una persona existente, sino una personalidad imaginaria o ideal a la cual cierto grupo se aproxima en grados variables de un individuo a otro. Mas para Weber el "tipo ideal" tiene un sabor más dinámico. Se refiere a la conducta social, y, en el uso de Weber, al aspecto racional de la conducta. La noción de conducta "razonable" implica ciertas dificultades. Puede referirse a una adaptación de medios a fines, o a una elección conveniente de fines, y Talcott Parsons[4] ha afirmado que Weber no expone claramente esta distinción.

Si empleamos la palabra "racional" para referirnos a la adecuación de una planeación de medios para fines, los fines o valores que buscamos y que dirigen normativamente nuestra conducta son elementos "no-racionales" (no *ir*racionales). Un tipo ideal de conducta social implica, pues, la descripción de ciertos propósitos y ciertos controles normativos de los cuales sale una noción del curso racional de acción, *supuestos* aquéllos. Así, el "sistema feudal", el "monarca absoluto", o el "hombre

[4] Talcott Parsons, *Structure of Social Action*, MacGraw-Hill, 1937.

económico" son tipos ideales que implican diferentes predicamentos esquemáticos y propósitos, y que llevan a cursos diferentes de conducta racional para alcanzar aquellos fines. El monarca feudal desea conservar su poder, por lo tanto, tiene que impedir que los barones se unan contra él. Cómo lo hará, variará de una situación a otra, pero aplicando el tipo general de predicamento social a situaciones particulares podemos comprender mejor las razones de sus actos.

El método del "tipo ideal" se usa constantemente, desde luego, y con eficacia, en la interpretación marxista, donde los tipos ideales son clases con objetivos antagónicos. El método puede usarse de las siguientes maneras:



I) Como un medio de interpretar situaciones particulares, porque la sociología, lo mismo que las ciencias físicas tales como la geología y la astronomía, se interesa por la explicación de situaciones particulares así como por la formulación de principios generales. Aquí un tipo puede usarse como un esquema único que pone de relieve ciertos aspectos de la situación, o pueden usarse varios tipos. "Por ejemplo —dice Weber—,[5] los mismos fenómenos históricos pueden ser en un aspecto 'feudales', en otro 'patrimoniales', en otro 'burocráticos', y en otro más 'carismáticos'", es decir, pueden implicar la atribución de algún elemento de calidad mágica o divina.

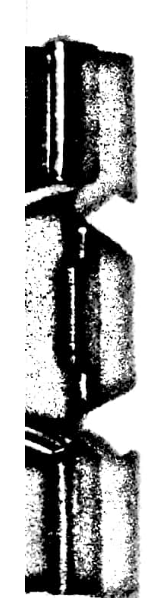
II) Puede usarse como un concepto generalizador por medio del cual podemos distinguir un elemento constante en la diversidad de sus manifestaciones.

III) Puede servir como medio para descubrir la fuerza causal de *otros* factores. Tal y cual cosa,

[5] *Theory of Social and Economic Organization*, Hodge, 1947, p. 100.

decimos, es lo que esperaríamos en un predicamento de este tipo ideal; aquí ha sucedido algo diferente. ¿Qué factores emocionales, fortuitos o personales han intervenido? Realizamos, por decirlo así, un experimento ideal.

Por esos medios intentamos descubrir temas recurrentes en la diversidad de sus manifestaciones. Cuando atendemos a la *complejidad* de la sociedad tropezamos con otra fuente de dificultades. El problema del científico que busca una explicación causal es el mismo cualquiera que sea la materia. Formula la pregunta: "¿Por qué aquí y no allí?"[6] Si queremos descubrir las causas a las que se debe un índice de suicidios o de divorcios, o de cualquiera otra cosa que estemos investigando, tenemos que tomar índices de contraste y ver lo que está presente en uno y ausente en el otro; tenemos, en realidad, que aplicar el método de diferencias de Mill. En las ciencias físicas éste es el método experimental por excelencia, pero hemos advertido que en sociología esto es muy rara vez posible. O bien tenemos que tomar un número enorme de casos con la esperanza de que los aspectos no pertinentes se anulen mutuamente, por decirlo así, o bien procedemos más circunspecta y laboriosamente. Sospechamos, quizá, que la vida de la ciudad es más desintegradora de la familia que la vida del campo.



Las meras estadísticas comparadas de divorcios pueden dar una confirmación preliminar, o, más correctamente, pueden no *des*aprobar nuestra tesis, pero nuestras preocupaciones están lejos de haber acabado. ¿Cómo sabemos que no se encuentran con más frecuencia personas religiosas en el campo que en la ciudad, y que en realidad no es la existencia o la ausencia de creencias religiosas la

[6] *Cf.* MacIver, *Causación social*, F.C.E., México, 1949.

causa de las diferencias en el índice de divorcios? Tenemos que comprobar esta segunda hipótesis de alguna manera, por ejemplo comparando los grupos urbanos con los grupos campesinos que tienen las mismas creencias religiosas. ¿Hay alguna diferencia? La exclusión de otras hipótesis es un rasgo común a todas las ciencias en sus primeras etapas, cuando, hasta donde nosotros sabemos, casi todo puede ser pertinente, y por el ejemplo puesto puede verse que la investigación sociológica es cosa muy larga.

La sociología, pues, es una disciplina científica que obedece a las exigencias de validez implícitas en la palabra ciencia. Como tal, no difiere de ninguna otra disciplina científica. A causa de la extremada complejidad y diversidad de su materia, no ha avanzado mucho. Sus técnicas de interpretación son diferentes de las empleadas en las ciencias físicas, y tiene sus propios instrumentos conceptuales, que están siendo forjados gradual y lentamente. Quizá en el pasado los sociólogos abarcaban más de lo que podían elaborar; tomando toda la historia de la humanidad como campo de un trabajo de investigación, siguen la vía que el profesor T. H. Marshall[7] llamó el "camino de las estrellas"; es posible que, como se ha indicado arriba y como lo han lamentado el profesor Marshall y Tom Harrison,[8] hayan considerado terminada su tarea cuando pueden presentarnos una página salpicada de cifras, fórmulas y funciones. Pero lo que es absolutamente indudable es que en este país tuvieron en el pasado mucho menos estímulo oficial del que debieron tener. Con frecuencia se hacen observaciones despectivas sobre el sociólogo de "poltrona".

[7] Marshall, *Sociology at the Crossroads*, L. S. E., 1947.

[8] Harrison, *International Journal of Opinion and Attitude Research*, vol. I, 1947, p. 55.

"¡Hay que salir al campo!" es la consigna. Y está muy bien. Pero no hay que desdeñar la incubación realizada en la poltrona; todo estaría bien si ciertos sociólogos norteamericanos incubasen sus ideas un poco más. Pero lo que se desea ahora es más observación directa de los hechos; mas eso, ¡ay! cuesta dinero.



III. MATERIA PRIMA

La sociología se ocupa, entre otras cosas, de la cantidad y calidad de las poblaciones, que son su materia prima, y también del problema de hasta qué punto el medio geográfico determina el modo de vida de sus habitantes.

El problema de la *cantidad* ocupa las mentes de sociólogos, economistas y políticos en el momento presente porque hay un descenso de la velocidad de sustitución en ciertas zonas, lo cual está llamado a tener repercusiones sociales.

Se calcula que la población del mundo

en 1650 era de	545	millones
1750	728	
1800	906	
1850	1 171	
1900	1 608	
1933	2 057	



Hubo, pues, un aumento que se aceleró en los últimos cien años. Se debió esto principalmente a las mejores condiciones de vida y a los servicios médicos, de suerte que han disminuido los índices de mortalidad de niños y ancianos. Este descenso en el índice de mortalidad, en realidad, encubre el efecto de un descenso en el índice de natalidad en casi todo el mundo excepto Asia. El descenso comenzó en la segunda mitad del siglo XIX, y su incidencia se calcula en relación con la velocidad de sustitución neta, que constituye una medida del grado en que las sucesivas generaciones de mujeres se sustituyen una a otra una vez hecha la corrección de las que mueren en la infancia y, por

lo tanto, antes de que puedan representar papel alguno en el proceso. Un índice de sustitución de 1 significa una sustitución exacta; inferior a 1, significa un descenso, lo cual, ya que habrá menos mujeres en las generaciones subsiguientes para hacer la sustitución, debe tener inevitablemente un efecto acumulativo.

El índice de sustitución neta en Inglaterra y Gales fue en 1932 de 0.78, en 1933 de 0.74, en 1934 de 0.76, en 1935 de 0.76, en 1936 de 0.77, en 1937, de 0.78, en 1938 de 0.80. En el decenio de 1940 a 1950 subió por encima de 0.80, y hay indicios de una nueva tendencia a subir, pero es difícil decidir hasta qué punto se debe esto a las circunstancias de tiempo de guerra.

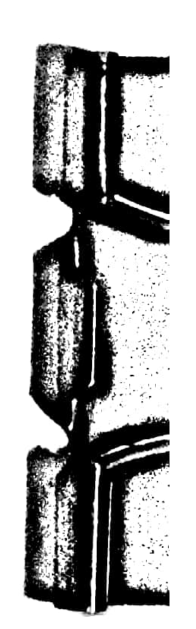
Suponiendo que el índice de mortalidad es todo lo bajo que puede ser, suposición muy discutible, especialmente respecto de los grupos de ingreso más bajo (Titmuss en su *Birth, Poverty and Wealth*, p. 73, *n.* 37, presenta pruebas de que la mortalidad infantil en los grupos de ingreso más alto fue en 1931 de 21.7, y en los grupos de ingreso más bajo de 32.5, con un promedio para todas las clases de 30.9), hay tres posibilidades para el futuro: *1)* Si el tamaño de la familia sigue siendo del mismo orden que entre las parejas casadas en 1927-38, se predice para 2 047 en Inglaterra y Gales, una población de 45.5 millones; *2)* si el tamaño de la familia asciende a un nivel constante de 6 % más alto, habrá 52.7 millones; *3)* si el tamaño de la familia baja al 80 % del de las parejas casadas en 1927-38, la población bajará a 29.6 millones.[1]

Este descenso es recibido con desaliento en muchos sectores, y por varias razones. Desde el punto de vista internacional, el descenso diferencial per-

[1] Real Comisión de Población, 1949.

turba la escena política. En Rusia, por ejemplo, aunque el índice de sustitución neta pueda estar en baja, se estimó de 1.6 en 1926,[2] y las poblaciones de los Balcanes parecen estar sustituyéndose exactamente, mientras que para el resto de Europa tenemos: en 1940, para Francia 0.90, para Alemania 0.97, para Suecia 0.79, todas, salvo Holanda e Irlanda, por debajo de 1.

Esto indudablemente tiene repercusiones en el equilibrio de poder: un país con una pequeña población descendente no puede abrigar las mismas ambiciones ni ofrecer las mismas promesas que un país cuya población no disminuye con tanta rapidez. Inglaterra, en particular, está seriamente afectada porque se cree en algunos sectores que debemos mantener estrecho contacto con los demás miembros de la Comunidad Británica de Naciones mediante una corriente incesante de emigrantes.



En el campo económico los efectos no son menos aflictivos, según se nos dice. Quizá haya menos bocas que alimentar y menos consumidores que abastecer, pero se indica que llegará un momento en que no se podrá reducir el personal productivo y de servicios sin reducir el nivel de vida. Pero no es ahí donde se cree que tendrán lugar las mayores dificultades. Un índice de natalidad descendente con un índice de mortalidad bajo significa la dislocación del número de individuos en diferentes grupos de edad, de modo que hay un número desproporcionado de personas ancianas a las que tienen que abastecer los jóvenes. La fuerza juvenil de trabajo desciende y las necesidades de los viejos representan pesadas exigencias a la producción industrial. Hay, pues, una demanda descendente y un cambio en los tipos de cosas demandadas; esto

[2] Notestein y otros, *Future Population of Europe and the Soviet Union*, Liga de las Naciones, 1944.

plantea la cuestión de si la industria es bastante flexible para cubrir las nuevas necesidades. Además, se alega con alguna verosimilitud que los viejos son por temperamento menos adaptables que los jóvenes, de suerte que las ideas e iniciativas nuevas que se necesitarán brillarán por su ausencia, por las circunstancias mismas que precipitan la necesidad.

Finalmente, en algunos sectores se piensa que el descenso de la población del mundo en general, y el descenso de la población de la Gran Bretaña en particular, son señales de decadencia y derrota humanas. Se dice que no podemos ser felices mientras la población se agota en torno nuestro, porque simboliza una falta general de vigor que nos afectará a todos.

Estas opiniones pesimistas no han dejado de tener respuesta. El profesor Clark[3] ha llamado la atención —no en este respecto, desde luego— sobre la pobreza del mundo cuando llegue a las existencias básicas de alimentos, y así la posición general de Malthus no está universalmente desacreditada de ninguna manera. El profesor Flugel,[4] por ejemplo, saluda encantado la cuna vacía. Hay, en opinión suya, demasiada gente, y acusa a los que lamentan la fertilidad decreciente de estar inconscientemente preocupados por la demostración de su propia virilidad. También hay quienes miran con ecuanimidad la gradual desaparición del hombre.

Las causas del descenso del índice de natalidad son diversas, como podía esperarse. Convergen diferentes motivos y nuevas técnicas anticonceptivas.

[3] *The Conditions of Economic Progress*, Macmillan, 1940. *Cf.* p. 3: "Muchas veces las frases trilladas sobre la pobreza en medio de la abundancia... resultan los más falsos de todos los clichés modernos."

[4] *Population, Psychology and Peace*, Watts, 1947.

Los motivos son principalmente: *económicos* (los hijos son caros, y pocos hijos pueden recibir educación y otros servicios de mejor clase de lo que permite un número grande de ellos) y *egoístas* (los hijos exigen mucho tiempo e impiden otros usos de las horas de asueto). A estos motivos pueden añadirse racionalizaciones, tales como el argumento de la "carne de cañón", que complican la situación. También puede haber factores fisiológicos de esterilidad creciente, pero esto no es seguro en absoluto.

Pero este descenso general del índice de natalidad no está igualmente extendido en toda la población. Los distritos rurales y los países agrícolas son más fértiles que las ciudades y los países predominantemente urbanos, y los grupos de ingreso más bajo tienden a tener más hijos que las clases altas.

En los Estados Unidos, Lorimer y Osborn[5] registran "una enorme diferencial rural-urbana", con la fertilidad rural más alta entre la "clase campesina pobre". Los índices de sustitución agrícola y no agrícola sumados dan una cifra de 1.47, mientras que en 1930 las poblaciones de 2 500 a 25 000 habitantes tenían un índice de sustitución neta de 0.94; las de 25 000 a 50 000 una sustitución neta de 0.89, las ciudades de 50 000 a 100 000 tenían un índice de 0.83, mientras que en las de más de 100 000 habitantes el índice era de 0.73.[6]

En Inglaterra hubo durante algún tiempo fertilidad diferencial entre los grupos de ingreso más alto y los de ingreso más bajo. No se sabe si es una fase pasajera, y si lo es cuánto tardará en

[5] Lorimer y Osborn, *Dynamics of Population*, Nueva York, 1934.

[6] Ogburn y Nimkoff, *Hanbook of Sociology*, Kegan Paul, 1947, p. 331.

pasar; pero hay que admitir que, como dice Carr-Saunders, "las fuerzas sociales que produjeron esas diferencias todavía seguirán actuando".[7]

Entre 1911 y 1921 el descenso del porcentaje en el número de nacimientos legítimos por 1 000 hombres casados de menos de 55 años entre las clases alta y media de Inglaterra y Gales, fue de 17.6 %; la cifra correspondiente para los trabajadores agrícolas fue de 3.7 %, mientras que la cifra para todas las clases trabajadoras fue de 13.1 %.[8] Pero se pretende que esta diferencia entre la fertilidad de las clases altas y la de la clase trabajadora va desapareciendo.

Veremos la importancia de estas diferencias al examinar la calidad intelectual de la población.

La población misma no está igualmente distribuida en la superficie terrestre. La densidad de población en Inglaterra y Gales es de poco más de 271 habitantes por kilómetro cuadrado, mientras que la de Inglaterra sola se calculó en 295 en 1939. Bélgica nos seguía muy de cerca con sus 271 habitantes por kilómetro cuadrado, pero Alemania tenía sólo 134, Italia 133, Francia 76 y los Estados Unidos 16 y fracción.

Tampoco en Inglaterra y Gales está igualmente distribuida la población. En 1951 el 38 % aproximadamente de la población de Inglaterra y Gales vivía en las seis aglomeraciones del Gran Londres, el sureste de Lancashire, los Midlands occidentales, el Yorkshire Occidental, Merseyside y Tyneside, mientras que en los distritos rurales vivía sólo el 19.3 %.[9] El cambio en el sentido de un aumento

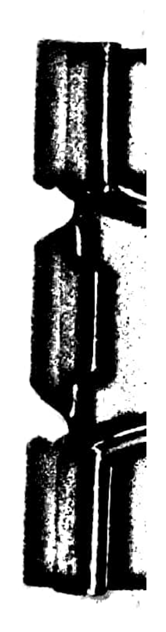
[7] Thomson, *The Trend of National Intelligence*, Hamish Hamilton Medical Books, 1947, p. 25.

[8] Carr-Saunders y Jones, *A Survey of the Social Structure of England and Wales*, 2ª ed., Oxford, 1937, p. 219.

[9] Censo de 1951. Informe Preliminar, p. XXII.

de la urbanización se advierte cuando pensamos que en 1851 el 49.8 % era rural, en 1881 el 33.3 %, en 1891 el 28 %, en 1911 el 21.9 % y en 1921 el 20.7 %.[10]

Además cambia la distribución diferencial de la población. Hubo un desplazamiento hacia el sureste del país. En 1801 el 49 % de la población vivía en Londres y los condados próximos, en Lancashire, los Midlands, Northumberland y Durham, Escocia Central y Gales del Sur, mientras que en 1937 vivía en esas zonas el 71 %. Entre 1921 y 1937 "la proporción del aumento de población en Londres y los condados vecinos fue casi dos veces y media mayor que en el país en general",[11] contrarrestada por la disminución de la población en el noreste y en Gales del Sur. Esto, naturalmente, se debe sobre todo a los cambios en las principales industrias y a nuevos desarrollos en las fuentes de energía usada.



Pasando ahora a la calidad intelectual de la población, se han hecho muchas investigaciones sobre los efectos de la fertilidad diferencial y el nivel general de inteligencia. Lorimer y Osborn, en el libro a que nos referimos más arriba, encuentran pruebas de que los individuos más prolíficos de la población se encuentran entre los menos inteligentes.[12]

En Inglaterra numerosas investigaciones han dado el siguiente resultado, acerca del cual hay un acuerdo casi universal: *1)* la inteligencia *media* (medida con *tests* de inteligencia) de los hijos de las clases profesionales y de buena preparación es más alta

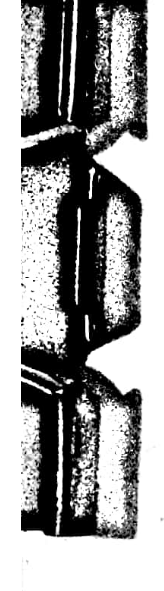
10 Pearson, *Growth and Distribution of Population*, Allen and Unwin, 1935, p. 209.

11 Real Comisión de Distribución de la Población Industrial, Cmd. 1653, 1940, "Informe Barlow", p. 37.

12 *Op. cit.*, p. 199.

que la de los niños procedentes de los grupos de ingreso bajo;[13] *2)* esta capacidad intelectual se debe a la herencia, por lo menos en el 50 % de la diferencia, y probablemente en más; *3)* hay una correlación negativa de 0.20 aproximadamente entre la inteligencia y el tamaño de la familia; *4)* aunque esto se aplica a todos los grupos, también es cierto que las familias numerosas son más frecuentes en los niveles de bajo ingreso.

De esos resultados se ha deducido el descenso de la inteligencia nacional.[14] Esta tendencia puede ser parcialmente invertida mejorando las condiciones ambientales, y la correlación negativa puede deberse en parte a la supuesta inteligencia inferior de los hijos menores de la familia;[15] pero la prueba en favor de la capacidad intelectual como factor hereditario es tan fuerte, que debe tomarse en serio la profecía de la disminución del número de personas de alta inteligencia.



Al mismo tiempo debe advertirse que los *campos* de inteligencia en los diferentes grupos se recubren o traslapan, de modo que hay niños de alta inteligencia procedentes de los grupos "bajos" y niños con inteligencia inferior a la media procedentes de los grupos "altos", y se ha sostenido que los primeros no cuentan con los medios educativos que merecen, mientras que a los segundos se les ofrecen frecuentemente facilidades que no pueden aprovechar.[16] Pero la concesión de mejores oportunidades educativas a los inteligentes no resuelve el problema, a menos que se les pueda inducir a pro-

[13] *Cf.* Burt, "Ability and Income", *Brit. J. Educ. Psych.*, vol. XIII, 1943.

[14] Burt, *Intelligence and Fertility*, Hamish Hamilton, 1946.

[15] Penrose, *The Trend of National Intelligence*, Salter Lecture, 1946, por G. Thomson, Hamish Hamilton, 1947, p. 31.

[16] Gray, *The Nation's Intelligence*, Watts, 1936.

crear. Uno de los resultados inesperados de la selección educativa es que los seleccionados para la educación superior tienden a colocarse en situaciones que estimulan el matrimonio tardío y disuaden de formar familias numerosas.[17]

Quedan por examinar otros dos rasgos de lo que venimos llamando "materia prima" de la sociedad: la raza y la influencia de los factores geográficos. Ambos se han visto de vez en cuando obligados a explicar las diferencias de cultura que ya señalamos.

Raza. Este método de agrupar seres humanos se basa en características físicas, y, con una sola excepción (los grupos consanguíneos), los caracteres físicos escogidos son lo que —un tanto arbitrariamente— impresionan a la vista. La pigmentación, la forma del pelo (lacio, ondulado, ensortijado) y su color, la forma de la cabeza, la forma de las cuencas de los ojos y la forma de la nariz son los principales criterios que se han escogido. Esos rasgos son genéticamente trasmisibles, con la posible excepción de la forma de la cabeza, que puede variar con un cambio de ambiente. Según Boas,[18] los judíos de la Europa oriental al emigrar a los Estados Unidos tienen un índice cefálico (razón entre la anchura y la longitud de la cabeza) de 0.830, mientras que el de sus hijos es sólo de 0.814 y el de sus nietos 0.787. Comoquiera que sea, no podemos por menos de sentirnos impresionados por combinaciones notables de algunas de esas características: el mogol de pelo lacio, piel amarilla y ojos oblicuos; el negro y platirrino y de pelo ensortijado; y el caucásico de pelo ondulado, grupo al cual pertenecen muchos europeos y ciertos habitantes de la India.



[17] Thomson, *The Trend of National Intelligence*, p. 3.

[18] Boas, *Changes in the Bodily Form of Immigrants*, Nueva York, 1912.

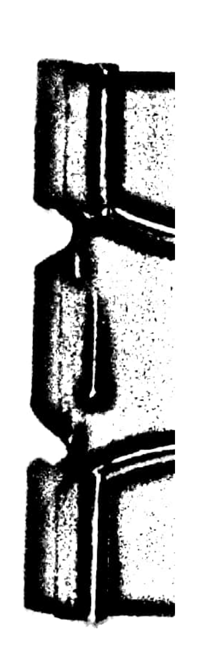
Pero cuando queremos precisar, advertimos que cualquier grupo de personas, que viven juntas y se casan entre sí, presenta tal diversidad, que la idea de que pueden ser miembros de una "raza pura" queda desechada inmediatamente. Tal matiz de color y tal confusión de formas de cabeza sugieren inmediatamente la mezcla genética, de suerte que el isleño de Andamán y los aborígenes de Australia son los únicos con derecho a la palma de la pureza, mito que aún subsiste. Con todo, aún advertimos que caracteriza a algunos grupos que se casan entre sí cierta constancia en la mezcla que los diferencia de otros grupos, constancia que puede expresarse como la probabilidad de que en dichos grupos se encuentren tales y cuales combinaciones de rasgos físicos. Esas regiones de alta probabilidad para ciertas combinaciones se llaman "grupos étnicos".[19] Las originarias razas "mogólica", "negra" y "caucásica" —o cualesquiera otras de las numerosas razas "puras" que se han sugerido— se convierten ahora en orígenes hipotéticos, que pueden haberse diferenciado en distintas partes del mundo donde las condiciones climáticas favorecieron determinados rasgos fisiológicos (los labios del negro ofrecen una superficie de refrigeración, la fina nariz del caucásico un embudo de calentamiento del aire frío), y que quizá se entremezclaron para formar la población que ahora existe.

Análogamente, la población de Europa, que solía dividirse en supuestas razas puras —nórdica, alta, rubia, de ojos azules y dolicocéfala; alpina, baja y braquicéfala; y mediterránea, de piel más oscura, baja estatura y dolicocéfala, actualmente se admite que es una mezcla en que los ejemplares de tipo

[19] Huxley y otros, *We Europeans*, El Cabo, 1935.

puro son poquísimos. Aquí tenemos también ciertos grupos étnicos en los que determinadas mezclas características se estabilizaron por endogamia. Pero la verdad es que un mapa que registrase los grupos étnicos a base de analogías fisiológicas no coincidiría con un mapa político que señalase las zonas administradas por Estados y correspondientes, *aproximadamente* a zonas de tipos de cultura.

La desastrosa costumbre de hablar de una raza inglesa, de una raza francesa, de una raza alemana, etc., no tiene el menor fundamento. La confusión se hace mayor aún por la aplicación de la palabra "raza" a grupos mezclados que hablan idiomas pertenecientes a la misma familia lingüística, por ejemplo "raza" aria y "raza" semítica, y tendemos muy fácilmente a aplicar la palabra "raza" a grupos de individuos que tienen alguna tradición común en el modo de vida que mediante la educación trasmiten a sus hijos, por compleja que sea su constitución fisiológica. El caso más notorio de esto es, naturalmente, la "raza judía", a la que muchas veces tratamos de identificar por la nariz armenia, rasgos que sólo posee una fracción de todo el grupo cultural judío.



Pero suponiendo que logremos aislar a individuos de grupos étnicos, definidos por una mezcla física constante, ¿podemos inferir algo acerca de sus características psicológicas?

La respuesta es que no se ve en el horizonte ninguna prueba de formación psicológica diferente correlativa de la constitución física distinta. La aplicación de *tests* de inteligencia en estudios comparados de grupos étnicos que emigraron a los Estados Unidos reveló ciertamente diferentes normas medias entre los inmigrantes, pero: *1)* Es muy dudoso que los *tests* sean "justos", en el sentido de que no sancionan a ninguno de los sometidos a

ellos. Ningún *test* verbal puede evitar ciertos supuestos culturales que favorecen a sujetos criados en la cultura en que está concebido el *test*, y la actitud del individuo que va a someterse a la prueba varía conforme a su fondo cultural. *2)* Generalizar de los inmigrantes individuales a la población de la cual proceden es, cuando menos, peligroso; en unos casos pueden emigrar los más brillantes, en otros los más pobres y menos capaces de ganarse la vida en su patria.

Klineberg[20] realizó una interesante investigación para comprobar la hipótesis de que hay alguna superioridad especial que acompaña a la característica física nórdica. Seleccionó 1 000 niños entre las edades de 10 y 12 años. El millar estaba formado por grupos de 100. Había un grupo de París, otro de Hamburgo y otro de Roma, mientras que los 700 restantes eran franceses típicos o alemanes nórdicos, italianos típicos, franceses o alemanes alpinos, y franceses o italianos mediterráneos típicos, en grupos de 100, sacados del campo. Todos fueron sometidos a un *test* de actuación ("Pintner-Paterson), y los resultados fueron que los niños de la ciudad tuvieron un promedio más alto que los del campo, cualquiera que fuese su "raza", mientras que entre los niños del campo los nórdicos alemanes coronaron la lista de promedios, y los nórdicos franceses quedaron en último lugar. En segundo lugar venían los mediterráneos franceses, y los mediterráneos italianos fueron los últimos. No parece, por esta prueba, que para ganar puntos en *tests* de inteligencia, hubiera una capacidad heredada a la vez que un *habitus* "subracial" característico.

Por lo que concierne al temperamento, los *tests* que se han confeccionado no son completamente sa-

[20] *Race Differences*, Nueva York, 1935.

tisfactorios, y no se han encontrado diferencias étnicas importantes. La supuesta sangre ardiente del italiano parece que es un producto cultural, y las comprobaciones de tipos de crímenes cometidos por grupos étnicos inmigrantes revelan que se adaptan rápidamente a los métodos de la antisociedad norteamericana.[21]

El resultado de todo esto es que, por lo que sabemos al presente, no pueden predicarse con seguridad características psicológicas de grupos étnicos, que nos ayuden a comprender las variedades de cultura que se han sedimentado. Esto no nos sorprende cuando advertimos que el modo de vida norteamericano es practicado por grupos de gentes de todos los orígenes étnicos, o que existe la variedad de cultura que describe Margaret Mead[22] como característica de los mundugumor, los arapesh y los chambuli, que pertenecen al mismo grupo étnico y viven a pocos kilómetros unos de otros en Nueva Guinea.

En vista de esa prueba negativa, no podemos decir, como algunos se han sentido tentados a hacerlo, que los cambios sociales en una comunidad se deben a la mezcla genética. McDougall, por ejemplo, sugiere que la decadencia de los griegos se debió a la saturación de la sangre griega por invasores eslavos. En realidad, parece que no hay prueba ninguna de que haya habido muchos cambios físicos en este caso,[23] pero aunque los hubiera habido, hay una enorme masa de pruebas de cambios sociales que se realizaron —en Italia, en Rusia, en el Japón— sin la intervención de un agente genético intruso, y todos los casos en que se dan explicacio-

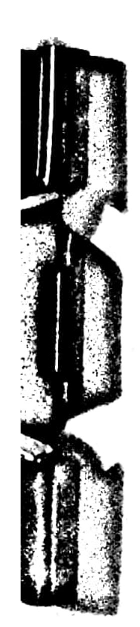
[21] Klineberg, *Race Differences*, p. 232.

[22] Mead, *Sex and Temperament in Three Primitive Societies*, Routledge, 1935.

[23] Ginsberg, *Reason and Unreason in Society*, 1947, p. 147.

nes genéticas de cambios sociales suscitan graves objeciones.

No quiere esto decir que la intrusión de un grupo étnico *no asimilado* en una sociedad no importe nada; lo que atacamos es la idea romántica de las cualidades perniciosas de la "sangre mezclada". Naturalmente, un grupo intruso que desea mantener su separatismo y que ambiciona la libertad, el predominio o simplemente la supervivencia, indudablemente se aprovechará de su tradición étnica de pureza "racial", y puede producirse una situación de conflicto de suma importancia sociológica. El puñado de blancos que hay en África cree que debe mantener a distancia a la población indígena; el grupo negro cada vez más numeroso de los Estados Unidos es —así lo dice E. J. Dingwall—[24] presa de un deseo sexual inconsciente que agudiza el antagonismo entre los dos colores. Análogamente en Europa, cuando se discute una división, habrá grupos que pedirán la independencia o que preferirán una alianza a otra, y harán valer, naturalmente, su homogeneidad étnica todo cuanto puedan. Si la cultura no es un producto de la raza, el racismo es indudablemente un producto de la cultura.



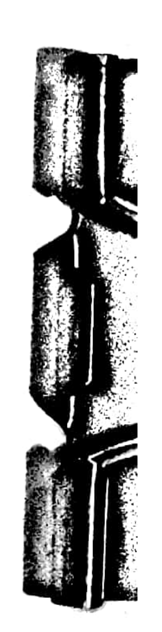
Geografía. Incluyo bajo este título no sólo las diferencias en la conformación y naturaleza de la tierra, sino el clima, la flora y la fauna, y también la exposición a las fuerzas destructoras de la naturaleza: en realidad, lo que consideramos el ambiente "natural".

Se han hecho intentos de relacionar el vigor humano con el clima y el estilo de vida social con el ambiente físico, del cual se cree que casi impone una norma a sus habitantes. Esas teorías no son muy útiles, y con frecuencia se basan en un examen

[24] *Race, Pride and Prejudice,* Watts, 1946.

insuficiente de las pruebas. Se cree popularmente que los hindúes son indolentes porque la India es cálida, y se olvida la tradición militar de los mahratas; se dice a veces que los italianos son flojos y faltos de energía por la misma razón, y no se recuerdan las legiones romanas. Ninguna generalización amplia relativa al clima o a la geografía y el modo de vida será válida. No obstante, en cierto sentido las condiciones geográficas son evidentemente de gran importancia, ya que el hombre debe obtener su medio de vida de su ambiente físico.

Las condiciones físicas ponen límites a lo que el hombre puede hacer y ofrece oportunidades de explotación. En el helado Norte es improbable una civilización complicada, porque la lucha contra la naturaleza es demasiado dura; la civilización industrial probablemente no nacerá espontáneamente si no hay fuentes de energía; las condiciones en las zonas cálidas y fértiles pueden ser tan pródigas que no haya necesidad de hacer otra cosa que vivir de lo que se tiene a mano. Toynbee[25] ha presentado la idea de un reto que no debe ser ni tan difícil que resulte poco menos que imposible recogerlo, ni tampoco demasiado fácil. Fue, dice, en las zonas templadas, donde el hombre tiene que hacer algo y donde puede ver el fruto de su trabajo, donde la civilización fue incitada a nacer. Pero se necesita algo, y ese algo es la resolución del hombre para aceptar el reto.



Es la respuesta lo que importa. Los suizos probablemente no llegarán a ser un pueblo navegante porque no tiene costas marítimas desde las cuales puedan viajar; pero la existencia de costas marítimas no da por sí sola nacimiento a la iniciativa comercial. "Será difícil —dice Bruhnes—[26] encon-

[25] Toynbee, *The Study of History*, Oxford, 1934.
[26] Bruhnes, *Human Geography*, Harrap, 1920.

trar una región menos hospitalaria en el Mediterráneo que el pequeño rincón de la costa siria donde están situados los puertos de Tiro y Sidón, famosos en la Antigüedad" y, sin embargo, los fenicios fueron un pueblo de navegantes y colonizadores. Ellos tuvieron espíritu emprendedor, pero en cambio, hubo muchos otros puertos naturales que no fueron explotados. Concedida la iniciativa para aceptar el reto, después las oportunidades que ofrece el medio geográfico determinan la dirección que se tomará, pero esas mismas oportunidades sólo son oportunidades, en un sentido razonable, si existen los conocimientos para hacer algo con ellas.



En las primeras etapas de la civilización, la vida social estaba mucho más determinada por el ambiente físico que hoy, cuando podemos usar técnicas más avanzadas para vencer obstáculos. En los primeros tiempos, cordilleras y mares pudieron ser obstáculos para la comunicación fácil. Después los mares fueron conquistados por los barcos y, más tarde, las montañas cruzadas por carreteras, atravesadas por líneas férreas y salvadas por aeroplanos.

Los ríos pueden ser límites o líneas de comunicación. Este último papel fue el más importante. Las cuencas de los ríos de Egipto, Mesopotamia, el norte de China y el noreste de la India fueron cunas de civilizaciones, el Tyne y el Mersey enlazan más bien que separan sus orillas (punto que plantea problemas sobre la conveniencia de que existan unidades gubernativas locales), y el comercio de ámbar del Báltico dio paso a los productos de la civilización del Sur por la ruta comercial Rin-Ródano.

Una posición estratégica, la existencia de agua dulce, de rutas comerciales y de cruces cómodos de ríos, todo ello determinado por la geografía, dicta el emplazamiento de las ciudades. Pero con la in-

vención de técnicas nuevas el hombre se hace más libre del determinismo geográfico. El agua puede ser conducida desde lejos, los obstáculos pueden salvarse con relativa facilidad, y puede llevarse energía eléctrica a fábricas y casas por una red de alambres. Las industrias de tracción —minas, canteras, petróleo— son las únicas que atan al industrial a un lugar.

Pero con toda nuestra emancipación de las limitaciones geográficas, todavía ejercen éstas una influencia muy importante en nuestra vida. Hasta ahora, el petróleo se encuentra sólo en determinados lugares, las condiciones climáticas determinan aún la producción de materias alimenticias, y la "Naturaleza" se venga cuando los hombres labran la tierra con excesiva avidez.

Los estudios más minuciosos sobre la influencia de las condiciones geográficas en los modos de vida humanos se deben a la escuela que sigue las huellas de Le Play. En 1855 publicó éste sus estudios sobre la vida de familia en un libro titulado *Les Ouvriers Européens*. Para él y para sus discípulos la familia es la unidad social básica, y el presupuesto familiar es el reflejo cuantitativo de su modo de vida. Éste está determinado por su *trabajo,* el cual lo está, a su vez, por su *lugar*. Este estudio llevó a la elaboración de un esquema conceptual, la *Nomenclatura,* que sirvió como instrumento para encasillar y relacionar todos los aspectos de la vida social. Así, derivan la vida nómada patriarcal como respuesta al reto de las estepas; y la tradición particularista de independencia que caracteriza a los antiguos normandos, de la influencia de las costas irregulares de Escandinavia, donde las tierras ocupables eran escasas y diseminadas. El ingenio de este estudio es innegable, pero las hipótesis generales no siempre están suficientemente comprobadas

para explicar casos que las niegan en otras partes del mundo.

El gran protagonista contemporáneo de la influencia geográfica es el sociólogo norteamericano Huntington,[27] quien en sus minuciosos estudios ha explorado todos los efectos físicos posibles del ambiente físico sobre la sociedad humana. Particularmente interesante, aunque no generalmente admitida, es la teoría de que los cambios climáticos en la gran llanura eurásica fueron la causa de los movimientos periódicos de pueblos que llevaron los hicsos a Egipto y los pueblos de lengua aria a la India. Se supone que tales cambios fueron la causa de las *Völkerwanderungen* (migraciones de pueblos) del siglo V d. c., y de la irrupción de los mogoles en el siglo XII, la cual creó un imperio que se extendía desde Moscú hasta el Pacífico y que se desmoronó cuando la mejoría de las condiciones en Asia produjo el reflujo de la marea.

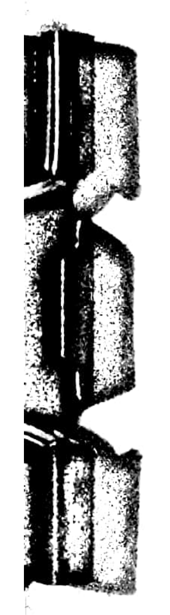
Si no pueden emplearse las diferencias psicológicas entre las "razas" para explicar la diversidad cultural, y si las condiciones geográficas sólo proporcionan los medios naturales para la vida social, y no el genio para usarlos, ¿a qué se deben las diferencias en el tipo cultural? Sólo podemos acudir, al menos así parece, a la presencia de grupos relativamente pequeños de individuos, pequeñas minorías influyentes cuya aparición en un momento o un lugar es imprevisible. Su influencia misma está, naturalmente, determinada por el clima de opinión y la estructura de la sociedad en que nacen, y por las circunstancias históricas reales en que desempeñaron un papel. Hay indudablemente

[27] Véase, por ejemplo, *Civilization and Climate*, de Huntington, New Haven, 1924, y la crítica general de la "Escuela geográfica" en: Sorokin, *Contemporary Social Theories*, cap. III.

grandes ambiciones que mueven a todos los grupos de seres humanos, todos los cuales quieren vivir y gozar la satisfacción de sus necesidades, todos tienen ante sí —en especial cuando la cultura se hace más complicada— los grandes problemas de la muerte y del sentido de la vida; el poderoso quiere conservar su poder, los comerciantes quieren hacerse ricos, mientras que los "explotados", cuando llegan a la colaboración consciente entre sí, tratan de mejorar su suerte. Éstos son temas recurrentes, pero el modo en que se manifiestan esos temas es sacudido y modificado constantemente por las posibilidades imprevisibles de guerra, por la ambición y el genio individuales, por nuevas formulaciones de creencias religiosas y por la invención de técnicas nuevas.

IV. LOS FOCOS DE PODER

EN LOS tres capítulos siguientes procuraremos estudiar tres aspectos de la estructura social: poder, economía y estratificación. Es como si mirásemos las sociedades con tres pares de anteojos, cada uno de los cuales destaca ciertos rasgos dinámicos, mientras el resto queda borroso en el fondo. Se advertirá que los "complejos institucionales" se relacionan entre sí, y estas relaciones no pueden ser ignoradas; mas como, desgraciadamente, la sociología no puede escribirse como música, hay que tratar un solo aspecto cada vez.



Pero antes de empezar a estudiar las diferentes estructuras de poder, será conveniente en esta coyuntura mencionar la amplia diferenciación de esquemas predominantes que ofrece Hobhouse.[1] Distingue tres tipos de vínculos sociales, cada uno de los cuales parece haber predominado en diferentes "etapas" del desenvolvimiento social humano.

Debe advertirse que esta noción de desenvolvimiento humano se basa en tres clases de pruebas: *1)* la historia registrada hasta el momento actual; *2)* los descubrimientos arqueológicos; *3)* el estudio de pueblos primitivos como eran ayer y como son hoy. Esta última clase de prueba es, desde luego, un poco difícil de valorar; inferimos de fundamentos generales, basándonos en ciertas analogías entre los artefactos usados por primitivos actuales y los desenterrados por la pala del arqueólogo, y basándonos en analogías entre el modo de vida de algunos primitivos actuales y el modo de vida de las

[1] Hobhouse, *Morals and Evolution*, Chapman and Hall, 6ª ed., cap. II.

gentes más sencillas observadas por los escritores en el pasado remoto, de suerte que los pueblos primitivos puedan darnos alguna pista sobre la clase de vida que llevaron nuestros remotos antepasados.

Los tres principios de estructura social de Hobhouse son: parentesco, autoridad y ciudadanía. En términos generales, podemos distinguir un tipo de sociedad dominado por la relación de nacimiento, un tipo en el que un individuo o unos pocos tienen autoridad sobre la masa de la población, y un tipo en el que la masa de la población ha llegado a tener expresión articulada y, ya esté gobernada por un dictador o por sus representantes elegidos, desempeña un papel más efectivo que cuando se la consideraba una parte del "patrimonio" del "monarca patrimonial". Como de costumbre, estos vínculos sociales predominantes deben considerarse como "temas" de relación social y no como normas sociales mutuamente excluyentes. En China, los vínculos de parentesco coexistieron durante miles de años con un imperio organizado burocráticamente. y el tema del parentesco predomina en todas las aristocracias que tienen que luchar para retener el poder contra la influencia disolvente de la riqueza, aunque no pueda impregnar todo el conjunto de la sociedad.

El tema del parentesco, es decir, de una relación social en la que la posición y obligaciones del individuo están determinadas por el nacimiento, predomina en la mayor parte de las sociedades primitivas, pero las líneas de afiliación pueden variar. Hay tres tipos principales: *1)* matrilineal, *2)* patrilineal, y *3)* bilateral o cognato. Bajo el matrilinealismo la parentela a quien uno está afiliado se calcula a través de la madre, en el patrilinealismo a través del padre, y en sistema cognato a través de ambos padres.

Situación muy común es la de la tribu, dividida en dos o más clanes, a cuyos individuos no se les permite casarse entre sí (exogamia). En ocasiones se consideran descendientes de un animal, un pájaro o un objeto material, o lo consideran como símbolo unificador, con cuyos ejemplos sienten una estrecha conexión; esos símbolos se llaman *totems*, pero este tipo de simbolismo no es universal.

Cuando la afinidad se establece a través de la línea femenina, el marido puede vivir con su propia gente, o puede irse a vivir con la gente de su mujer, y sus obligaciones entran con frecuencia en conflicto. Tiene obligaciones hacia los hijos de su hermana y hacia la gente de su mujer, y muchas veces siente hondo cariño por sus propios hijos. Este conflicto, que describe Malinowski en su estudio sobre los isleños trobriandeses, se resuelve a veces por matrimonio entre primos, en que el hombre puede casar a su hijo con la hija de su hermana, lo cual lo introduce, por decirlo así, en la esfera de la obligación de clase y herencia del grupo de su padre, y significa, además, que el hijo de su hermana tendrá la obligación de tío materno para el nieto de nuestro hombre. Significa igualmente que un hombre y el hijo de su hijo, por dicho matrimonio, pertenecerán por nacimiento al mismo grupo, lo cual da origen a la estrecha relación entre abuelo y nieto, que se encuentra como motivo recurrente. Pero hay cierto rasgo divisorio en el tipo de estructura matrilineal, aunque no hay que exagerarlo. Los clanes matrilineales están separados entre sí, y los individuos de cada uno de ellos tienen obligaciones especiales con los del otro, pero en ocasión de funerales, bodas, iniciaciones u otros acontecimientos de la vida familiar, los grupos de parientes de ambos padres pueden tener papeles que desempeñar.



El otro método unilateral de calcular la descendencia y la herencia se practica a lo largo de la línea masculina, y es el método con el que estamos más familiarizados. Es posible que aquí la mujer tienda a desprenderse de su parentela con el matrimonio, pero ello de ningún modo supone ausencia de obligaciones por parte de sus parientes para la familia a la cual han aportado una esposa.

La unidad central es siempre la familia inmediata, los grupos del clan forman un sistema de obligación basado en la relación consanguínea, en la cual están comprendidos y a la cual pueden apelar. "Es un hecho innegable —dice Malinowski—[2] que la familia es universal y más importante sociológicamente que el clan, al cual precedió y sobrevivió en la evolución de la humanidad." En realidad, algunos grupos, "los andamaneses, los sakai y los semang de la Península Malaya, los esquimales, los indios de California y el pueblo de la Tierra del Fuego", no tienen clanes.[3] En el pasado, por ejemplo, Rivers en su *Social Organization*, se exageró algo la importancia del clan, en parte a causa del sistema de nombres clasificadores, por el cual las palabras que significan madre, hermano y hermana se aplican a un número mayor de personas que las madres, los hermanos y las hermanas reales; pero Malinowski observó que los primitivos no experimentan la menor confusión, e indican por el tono de voz a qué pariente se refieren.

Las reglas del matrimonio entre parientes unilateralmente emparentados pueden ser extremadamente complicadas. La exogamia impide el matrimonio entre parientes, pero muchas veces hay reglas complicadas respecto del grupo en el cual

[2] Artículo "Kinship" en la *Encyclopaedia Britannica*, 14ª ed.

[3] Firth, *Human Types*, Nelson, 1938, p. 121.

debe buscarse cónyuge. También las reglas de la herencia son diversas. La primogenitura es una entre muchas. Se encuentran el reparto igual entre los hijos varones, y una parte mayor para el más joven, el primer procedimiento lleva a una fragmentación de la tierra que tiene graves consecuencias económicas. También hallamos que "entre los khans —del noreste de la India— la propiedad de la tierra o legado familiar pasa de la madre a la hija menor".[4]

Grupos inmediatamente consanguíneos pueden vivir juntos en una casa grande (por ejemplo, en Samoa, entre los indios iroqueses del Estado de Nueva York, o en la China anterior a 1911) o en recintos cercados (por ejemplo entre los cabilas y diferentes grupos africanos). Esto significa que un niño puede ser "socialmente destetado" antes de lo que es normal cuando las familias viven en casas separadas, y que los lazos exclusivos y emocionalmente perturbadores que unen al niño con sus padres en nuestra propia sociedad no se desarrollan tan fácilmente. Con todo, el niño que vive en una "familia asociada", como se la llama, aún se sentirá peculiarmente unido a sus "verdaderos" padres.

Así, vemos que la familia restringida a veces vive con —pero que siempre está estrechamente ligada a— un grupo de parientes que desempeñan su papel en un complicado sistema de relaciones mutuas, y este grupo de parientes próximos se fusiona con un grupo mayor, el clan o la *sib*, cuyos individuos se sienten todos unidos por antepasados comunes, por el sistema de obligaciones y por una red de observancias rituales de carácter semi-religioso. Pero esto no es todo. Los antepasados muertos desempeñan también su papel. Un hombre puede recibir

[4] Hutton, *Caste in India*, Cambridge, 1946, p. 26.

con alegría a los hijos no sólo como refuerzos de mano de obra, sino como representantes que pueden conservar su recuerdo cuando él se haya muerto. Quizá es un tanto vago el concepto de "los muertos": quizá se tengan primordialmente en cuenta los antepasados inmediatos, o ciertas figuras famosas, o los fallecidos recientemente, pero en China este motivo se redujo a un número definido de antepasados en la línea masculina. El Dr. Hsiao,[5] por ejemplo, dice que "según el principio admitido, todos los descendientes patrilineales, y sus esposas que pueden encontrarse hasta un antepasado común dentro de cinco grados de parentesco se consideran pertenecientes a un grupo de parentesco llamado Tsu", y que "los espíritus de los antepasados que se remontan más allá de cinco grados de parentesco, son eliminados de la lista de los adorados". Al mismo tiempo nos dice que esta complejidad de parentesco tiene poca importancia práctica.

Hasta ahora nos hemos ocupado de los grupos de parentesco unilateral. Cuando, por una u otra razón, el complicado sistema de obligaciones mutuas que mantiene unido al clan es sustituido por otro orden, la relación de consanguinidad conserva algo de su importancia, pero la parentela inmediata de los dos padres representa un papel de igual importancia. Las herederas pueden aportar riqueza, y las alianzas pueden granjear apoyos, pero el campo de obligaciones y de ayuda normalmente se restringe.

Pero hay un caso en que no ocurre así.[6] En Dinamarca, norte de Alemania y los Países Bajos, hasta el siglo XV los grupos consanguíneos, que a veces

[5] Hsiao T'ung Fei, *Peasant Life in China*, Kegan Paul, 1939, p. 84.

[6] Phillpotts, *Kindred and Clan in the Middle Ages and After*, Cambridge, 1913.

comprendían a los descendientes de ocho parejas de tatarabuelos por ambos lados, aportaban el *Wergeld* (rescate de la sangre) de un delincuente de acuerdo con la tarifa de proximidad consanguínea, y recibían una parte a prorrata de indemnización cuando era muerto uno de sus individuos. Se esperaba también que actuasen como compurgadores o testigos de conducta, en caso de acusación. Merece señalarse que entre los antiguos normandos islandeses, y en Inglaterra, no existía esa complicada multitud de ayudantes y testigos, que cambiaba con cada matrimonio. Para que se establezca y persista un sistema de parentesco, los parientes deben vivir unos cerca de otros, y los hijos más jóvenes, que van a establecerse a otro sitio, no llevan consigo sus costumbres de clan.



Puede advertirse, finalmente, que los grupos relacionados por parentesco no están sólo objetivamente relacionados: tales grupos pueden derivarse de cualquier árbol genealógico. La relación es una relación sentida y reconocida, y las obligaciones que enlazan al grupo son parte de la contextura misma de la vida. Implica un modo de pensar, un sistema conceptual, de suerte que en los primeros tiempos, cuando el vínculo del parentesco se va relajando por otras relaciones, puede conservarse el lenguaje tribal. Así, cuando los romanos pensaban en su pasado histórico, se consideraban divididos en cuatro tribus, y cuando Clístenes reorganizó la sociedad ateniense lo hizo de acuerdo con una concepción tribal, aunque los individuos de las unidades no estuviesen emparentados por la sangre. De un modo análogo, se usó la lingüística de familia en las relaciones entre el emperador chino y sus súbditos.

En un sistema de puro parentesco el poder oficial está en manos de los jefes de familia, o de los

jefes de clan, y antes de la creación de un sistema de derecho que anule el predominio familiar, el jefe de familia, por ejemplo el *pater familias* en Roma, tiene "en sus manos" el bienestar y el destino de sus individuos. Aparece una relación nueva cuando se establece una autoridad que trasciende, aunque no lo borre, el vínculo del parentesco.

Llegamos ahora al problema del nacimiento del Estado. Esta idea de tanto prestigio, "el Estado", fue un lugar común para los filósofos sociales que se proponían analizar y justificar el carácter de nuestras obligaciones para con él, y una palabra insultante para los teóricos políticos que ven en "el Estado" meramente un arma en manos del rico explotador.

Ciertamente, debemos andar con cuidado. El mal está en que además de los embrollos del filósofo y de los vituperios del político, la palabra "Estado" se emplea corrientemente en dos sentidos diferentes; por una parte se refiere a un amplio grupo considerado como un todo organizado, como en las frases "nación-Estado" o "Estado soberano"; por otra parte se usa con referencia a la organización encargada de la administración *dentro* del grupo, como cuando decimos que "el Estado" tiene a su cargo ciertos servicios, o hablamos de un ferrocarril "propiedad del Estado". Para nuestro objeto, lo importante es que el Estado es algo más que la colocación de grupos emparentados, implica una autoridad que trasciende y une a grupos emparentados sometidos a una dominación.

En los primeros tiempos esta autoridad trascendente quizá fue intermitente: por ejemplo algunos ancianos que aconsejaban en una crisis, o un caudillo en tiempo de guerra. Desde luego, la guerra —la dominación por la fuerza— es lo primero en que pensamos cuando buscamos el origen de tal au-

toridad trascendente. Pero Lowie[7] advierte que debe existir *algún* factor unificador de carácter embrionario para que pueda acometerse una empresa como la guerra. Él lo ve en la pura unidad de lugar. Gentes que viven en estrecha proximidad entre sí y lejos de otros grupos —sean parientes o no— adquieren cierto sentido de pertenencia a un grupo.

Pero, indudablemente, aunque el pequeño grupo adquiera cierto sentido de unidad por encima de la que establece el parentesco (y hemos visto que la vida sedentaria, o en todo caso suficientes medios materiales que permitan mantenerse unidos a grandes grupos, son *requisitos previos* para la creación de una estructura de parentesco de cualquier tamaño), parece probable que se necesite la fuerza para que una tribu o un grupo domine a otro.

No pueden dejarse de lado las posibilidades de una fusión pacífica. La Liga Iroquesa es testigo de ello, y la presencia en una persona de cualidades supremas puede bastar para permitirle establecer lo que Weber llama jefatura "carismática" sobre un grupo, algunos de cuyos individuos no están emparentados con él por la sangre. Comoquiera que sea, de cualquier manera que se establezca el dominio, ya sea por la fuerza o por hechizo carismático, o de ambas maneras, cuando alcanza cierto grado de permanencia y no se desintegra con la muerte del fundador, entonces, para nuestro propósito, ha nacido un Estado.

La clave de la estructura de una sociedad amplia, considerada como un Estado, se encuentra en la función del Estado como factor de asociación dentro de la sociedad. Esa función es la *administración*. Úsese el instrumento del Estado en interés de un sector de la comunidad o en interés

[7] Lowie, *Origin of the State*, Nueva York, 1920.

"del pueblo", su función es administrativa en uno y otro caso. Los detalles diferirán según los intereses que sirva, el grado en que penetre en la vida de la comunidad y las circunstancias históricas especiales en que opera.

Con el sistema de lo que Hobhouse llama "autoridad", el gobernante o los gobernantes quieren conservar su poder, aumentar su bienestar y su prestigio, defender su reino y, si es posible, extenderlo, y conseguir lo que consideran la prosperidad de sus súbditos. Esta última consideración actuará con grado variable de intensidad de un gobernante a otro, y en relación con el ámbito de la jerarquía social que tenga en cuenta, pero no hay razón en el mundo para que adoptemos el cinismo supersimplificado de las polémicas políticas y supongamos que el gobernante se afana en emplumar su propio nido con plumón arrancado del pecho del pobre desvalido. El monarca "carismático", tipo del cual son buenos ejemplos los emperadores chinos y japoneses, que vivían de acuerdo con ciertos requisitos rituales, considera como un deber en interés de todo su pueblo la conservación de su influencia mágica. En las Analectas de Confucio (XIII, 6) leemos la siguiente formulación de este principio: "El Maestro dijo: Si el gobernante mismo es recto, todo irá bien, aun cuando no dé órdenes. Pero si no es recto, nadie obedecerá, aunque dé órdenes." En *La rama dorada* de J. G. Frazer se analiza el tema del rey-sacerdote que en tiempo de sequía es muerto por el pueblo encolerizado que cree es él quien impide que caiga la lluvia.[8]

Es absolutamente manifiesto que a los monarcas les interesa ser obedecidos con buena voluntad, y

[8] Frazer, *La rama dorada*, F.C.E., México, 2ª ed., 1961, pp. 113-121.

es falsear los hechos negar que muchos déspotas han sido verdaderamente benévolos.

Comoquiera que sea, la "lógica de la situación" exige ciertos requisitos. El rey no puede administrar todo el reino por sí mismo: también aquí conserva su imperio la "ley de hierro de la oligarquía". El rey necesita un "cuerpo" de administradores. Necesita soldados, que de un modo u otro tienen que ser alimentados y equipados. Para esos fines hay que establecer alguna forma de tributación, en especie o en dinero, y hay que adoptar medidas para el aprovisionamiento de sus funcionarios. Para facilitar el trabajo administrativo y de defensa, hay que crear comunicaciones, y así vemos a Huang Ti Shi, el primer emperador que procuró poner a China bajo un dominio unificado, construyendo "caminos reales" a través del imperio, centralizando los armamentos, organizando un sistema de impuestos y creando un método uniforme de calcular los pesos y otras medidas.



Deben tomarse disposiciones para la corte y la dignidad del rey y, quizá, para su vida después de la muerte.

Las soluciones que se han ideado para llenar esos requisitos esenciales son, como podía suponerse, de enorme diversidad. En los extremos de la escala pueden concebirse dos tipos puros: *1)* El monarca "patrimonial" puro que lo administra todo desde el centro, mediante una burocracia y un ejército que dependen absolutamente de él en cuanto a la paga y equipo, y *2)* la pirámide feudal teórica de la Europa Occidental, cimentada con lealtades y obligaciones mutuas, administración descentralizada basada en concesión de tierras en pago de servicios.

En la realidad, naturalmente, esos tipos puros son raros, si es que los hay, pero pueden clasificarse los sistemas de autoridad según su aproximación a

un polo o al otro. El concepto de Monarca Absoluto es bastante sencillo, pero el concepto de "feudalismo" es extremadamente confuso. Común a todos los usos de la palabra es la idea de una sociedad agraria en la que hay grandes haciendas cultivadas por personas en grados variables de servidumbre y con diversas obligaciones. Tal estado de cosas puede proceder de un sistema tribal al pasar, por cualquier causa, de un régimen relativamente igualitario a una estratificación diferenciada en la que algunos individuos de los clanes dominan a los demás individuos de su tribu o de otras tribus sojuzgadas. Por otra parte, puede resultar del colapso de una estructura social, cuando los hombres se retiran de la vida política y urbana para vivir en sus haciendas. Esto es lo que sucedió cuando el Imperio romano entró en decadencia.

Pero habitualmente la palabra "feudalismo" comprende más que eso. Comprende *1)* la posesión de tierras a cambio de servicios ya sea administrativos o militares, y *2)* una relación personal de lealtad entre vasallo y señor. Una de estas dos cosas puede acentuarse a expensas de la otra, o ser las dos igualmente importantes. En las sociedades primitivas "encontraremos la distinción entre sistema feudal y sistema tribal principalmente en el grado en que un sistema político está sobrepuesto a la práctica tribal ordinaria".[9] En Ashanti encontramos un régimen extraordinariamente parecido al feudalismo europeo. A los reyes se les consideraba supremos; los jefes principales prestaban servicios, "traje de corte" y "auxilios" cuando moría un arrendatario, mientras que "todo hombre y mujer trabajaba las tierras del jefe algunos días al año".[10] En

[9] Liversage, *Land Tenure in the Colonies*, Cambridge, 1945, p. 19.
[10] *Id.*, p. 23.

Buganda había también un monarca supremo, el *kabaka*, y bajo él tres clases que ejercían la autoridad local: "*a)* los *bakungu* o jefes nombrados por el *kabaka* para gobernar las zonas administrativas en que estaba dividido el país; *b)* los *batangole*, individuos particulares a quienes el *kabaka* concedía tierras en pago de servicios; y *c)* los *bataka* o jefes de la clase indígena que ejercían su autoridad por derecho inmemorial".[11] Aquí se entretejen todos los motivos: burocracia, feudo y costumbre tribal. El servicio en estos dos casos se basa en la tierra; como ejemplo de servicios basados en la lealtad personal, con toda la abnegación y caballerosidad que implica, podemos tomar los samuráis del Japón en relación con el daimyo, que les daba arroz, pero no feudos.

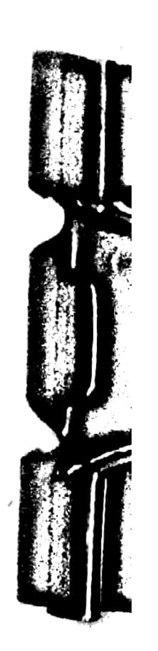
Así, pues, podemos representarnos un sistema político de autoridad sobrepuesto a costumbres tribales, entre las cuales deben señalarse los regalos tradicionales y reglamentados debidos al jefe, por los miembros de la tribu,[12] y a un estado de cosas en que hay ya propietarios de tierras trabajadas por individuos más o menos adscritos al suelo, y frecuentemente con subordinados (por ejemplo, el *colonus* romano) que les deben servicios. Cuanto más puede el monarca administrar mediante una burocracia y un ejército pagado, tanto más "absoluto" es su poder; cuanto más tiene que descentralizar la administración, conceder feudos y beneficios en pago de servicios, y confirmar la tenencia de la tierra en las mismas condiciones, más se acer-

11 Meek, *Land-Law and Custom in the Colonies*, Oxford, 1946, p. 32.

12 *Cf.* Meek, *id.*, p. 132, *n.* 2. "Nunca se insistirá bastante en que la práctica, general en toda África, de pagar 'tributo' a los jefes en forma de regalos de productos agrícolas no debe interpretarse como 'renta' ni como 'feudalismo'."

ca al feudalismo en el sentido político; y más allá del feudalismo, si el poder del monarca es débil e inmadura su organización administrativa, está la amenaza de anarquía que acosa a la política del rey feudal.

En primer lugar, se asegura para sí mismo determinado patrimonio: la tierra "señorial" en Ashanti y otras partes de África, las tierras de los Capetos en las cuencas del Sena y del Loira, y las tierras de la Corona en Inglaterra. Esto proporcionaba una fuente primaria de riqueza. Los Incas del Perú, cuando sometían a sus vecinos, establecían una complicada burocracia. Dividían la tierra en tres partes: una para el Sol, otra para el Inca, otra para los "Ayllu" o tribus. Descomponían la organización tribal existente en *pachacas* de 100 familias, y establecían una jerarquía administrativa de nueve grados. Por debajo de los funcionarios encargados de cada *pachaca* estaban los encargados de diez familias, y los encargados de cincuenta familias, mientras que hacia arriba había grados de funcionarios, unos elegidos entre las principales familias, otros entre los Incas mismos, que estaban encargados de 500, de 1 000, de 10 000, de 50 000 familias (o "provincias"), los cuatro cuartos del Imperio, y como culminación el Inca Sapa mismo. La tierra del Sol y la del Inca eran labradas como tributo, y se tomaban disposiciones para la redistribución periódica de la tercera parte de la tierra entre las familias.[18]



En China el emperador tenía en sus manos los medios para hacer la guerra. La dinastía Han creó una burocracia de *letrados*, que fue mejorada por el sistema de exámenes de las dinastías T'ang y Sung, lo cual contribuyó mucho a abrir camino al

[14] Weber, *Economía y sociedad*, F.C.E., México, 1944, p. 288.

talento, dondequiera que se encontrara. A los gobernadores no se les permitía gobernar los distritos en que vivían sus familias, y constantemente eran trasladados de un distrito a otro. Costeaban sus gastos y los de su corte con los impuestos que recaudaban.

Weber[14] describe a Egipto como un enorme *oíkos* o hacienda del faraón, que poseía un gran ejército de esclavos.

Los mamelucos fueron originariamente esclavos introducidos por el sultán Er-Sâlih Eyyúb en el siglo XIII; se les permitió rescatarse a sí mismos con impuestos, y al fin crearon un reino independiente en Egipto, que no fue derrocado sino hasta 1517; es éste un ejemplo de los peligros que acechan al monarca que no puede mantener su dominio sobre sus propios servidores.

Los genízaros fueron también reclutados entre jóvenes cristianos de los Balcanes, reducidos a esclavitud y educados para ser ministros y soldados. Esos métodos llevaron a los terratenientes a vegetar en sus posesiones, donde estaban menos expuestos a sufrir molestias. Otra técnica, que tuvo el mismo efecto, fue crear una corte brillante y que daba prestigio, como la de Luis XIV, que mantenía a la nobleza bajo la mirada del amo mientras gobernaba con individuos de las clases medias.

La burocracia, que aparece en alguna forma en casi todos los Estados autocráticos, aunque sólo alcanza su pleno desarrollo en los últimos reinos "patrimoniales" y en las democracias modernas, produce un tipo de vida social propio y peculiar. La paga por sueldo, esferas definidas de competencia, jerarquía oficial, preparación técnica y cuidadosa organización de archivos son algunas de sus carac-

[14] Weber, *Economía y sociedad*, F.C.E., México, 1944, vol. IV, p. 139.

terísticas. Es una vocación profesional, que exige devoción a la "tarea" o a la "oficina" y no a una persona, lo cual cristaliza en una norma de conducta impersonal.[15] Esto es muy diferente del *ethos* de la caballería feudal, con su honor, su lealtad, su altanería y su desprecio por la oficina y el escritorio.

El monopolio comercial es también un apoyo del absolutismo, porque proporciona los medios para pagar a la administración y el ejército. En Egipto los Tolomeos tuvieron el control del comercio, en Escocia los Tudor acumularon un tesoro, y el poder de los reyes africanos fue destruido con frecuencia al quitárseles sus derechos monopólicos.[16]

Cuando, como en todos los casos, el monarca no puede satisfacer sus propias necesidades, concede derechos y tierra a cambio de servicios. Cuando los derechos están adscritos a personas y cargos sin la relación de lealtad personal, esta concesión puede llamarse "beneficio", para distinguirla de la concesión de tierra a un vasallo de armas. En la primera categoría están los impuestos de hacendados, aunque con frecuencia éstos se apropiaban tierras además de imponer tributos. En realidad, un "beneficio" está a medio camino entre un sueldo y un feudo. El indio Zamindar era un perceptor de impuestos que consiguió acumular una gran hacienda, y este mismo es el caso de los boyardos de Rumania.

En la Europa Occidental el feudo fue el método más común de tener un ejército, equipado a expensas del tenedor de la tierra. Esta práctica congeló la tierra en parcelas adjudicadas, y encerraba los peligros desintegradores a que nos hemos referido. El poder se dispersaba, y para contrarrestar

[15] *From Max Weber*, Kegan Paul, 1948, cap. VIII.
[16] Weber, *op. cit.*, vol. IV, p. 231.

la inevitable tendencia divisoria, el jefe del Estado toma entonces diferentes medidas: introduce mejoras, envía agentes investigadores, se crean en las provincias cargos reales: *sheriffs*, gobernadores, bailíos, etc., y jueces ambulantes pueden recorrer los distritos administrando la justicia del rey y, en cierta medida, evitando las cortes de los barones. La relativa estabilidad del sistema en Inglaterra, en comparación con el Continente, se debió a la eficacia de este sistema de control, aunque los lectores de las Cartas de Paston apreciarán el poder de los "grandes" en su localidad. Los "grandes" y los feudatarios menos importantes forman una clase caballeresca —un *Ritterstand*— que tiende a cerrar sus filas a los aspirantes de las clases mercantiles, y que establece la autoridad local, con tribunales y jurisdicción. De ahí nace un sentido de deber público que, en Inglaterra por lo menos, creó costumbres de servicio público en cargos como los de juez de paz y otros que sólo gentes bien acomodadas tenían tiempo y dinero para desempeñar.[17] La nobleza tomaba de vez en cuando contramedidas: en Inglaterra la Carta Magna, en Esparta la división de la autoridad, en el Japón la reclusión del emperador por los taicunes.

Cuando observamos los asuntos locales, nos encontramos con una complicación más. La autoridad está superpuesta a la vida de la aldea. En todo el mundo —en Inglaterra, China y la India— la vida de aldea, ya se base en la parentela o en los secuaces de un conquistador, tiene cierta independencia. Puede haber una obligación colectiva en lo que res-

[17] El papel que desempeñan los "grandes sin sueldo" es importante. Se les encuentra haciendo servicios "litúrgicos" en la *polis* griega, desempeñando cargos honorarios en Roma, y prestando toda clase de servicios voluntarios en la actualidad.

pecta al orden (por ejemplo, el *farnkpledge** en Inglaterra) y a la tributación (por ejemplo, el mir ruso y la aldea india), y con frecuencia se hacían arreglos internos para la reglamentación de la agricultura cooperativa.

No debe pensarse que el monarca mantiene su dominio meramente por la amenaza de la fuerza; debe haber algún principio de legitimidad. Weber distingue tres: *1)* el *carisma* personal del jefe, el aura mágica, el carácter divino que rodea al rey o a las proezas del guerrero elegido; *2)* la aceptación *tradicional* de cierto orden de sucesión; *3)* la aceptación de la autoridad porque fue *legalizada*.

Con el principio de ciudadanía llegamos a una etapa en la que un número cada vez mayor de individuos de la gran sociedad adquiere influencia, así como una idea más consciente de pertenecer conjuntamente a ella. Puede aparecer en una ciudad-Estado o desarrollarse gradualmente en un gran Estado autoritario. Primero el comercio, más adelante la industria en manos de unos pocos, después las pequeñas industrias (las *arti minore*), y finalmente el proletariado, van ocupando el primer plano. No es sólo la actividad económica lo importante; también son importantes los métodos de guerra. Los hoplitas se reclutaban entre los pequeños agricultores, la escuadra ateniense era tripulada por individuos que no podían costearse ni siquiera el equipo del hoplita, y los agricultores campesinos de los tiempos bíblicos podían prevalecer contra los ricos inicuos de las ciudades porque eran necesarios como soldados.

El tipo de desenvolvimiento de las antiguas ciu-

* Sistema en el que cada individuo desde los 12 años era responsable de la buena conducta de los otros individuos de su diezmo, grupo de 10 vecinos, y de los daños que causaran. [T.]

dades-Estado difiere del de las ciudades-Estado medievales de diversas maneras. En las ciudades-Estado antiguas la aristocracia destrona a los reyes, pero ella tiene a su vez que reñir una batalla perdida contra los comerciantes, que fundan sus derechos en la riqueza y no en el nacimiento. Se establecen tiranías, y la estructura de la sociedad se modifica para pasar del dominio aristocrático a una clasificación de las personas y los privilegios a base de la propiedad. Hacia 594 a. c., Solón lo hizo así en Atenas, y en 508 Clístenes reorganizó la estructura de la sociedad a base de la localidad, lo que cortó los vínculos de nacimiento y preparó el camino para un régimen más "democrático". No tenemos espacio para tratar los complicados cambios en los regímenes políticos que constituyen la historia interna de Atenas y las demás ciudades-Estado de la antigua Grecia. Ganada la batalla contra los derechos de nacimiento, se produce un nuevo conflicto en torno al derecho de la riqueza con el intento de equilibrar el poder entre los ricos y los menos ricos de tal suerte que la esencia del poder quede en las manos de los primeros, mientras que a los segundos se les concede una sombra de poder moderador en la asamblea pública.

En Roma, Servio Tulio organizó el ejército en el siglo VI a. c. a base de las diferencias de riqueza. También allí los "impuros por descendencia", los plebeyos, pedían voz en los asuntos del Estado, y respaldaron su demanda con una huelga en 494 a. c. Se registró su triunfo con la creación del tribunado, y se estableció en Roma la división del pueblo por localidades.

Sólo Esparta presentó resistencia a esta tendencia evolutiva. Conservó el principio aristocrático, creó un severo *ethos* de guerrero y refrenó con éxito las fuerzas socavadoras del comercio.

En los antiguos imperios de la Edad del Bronce el gobierno y el desenvolvimiento económico estuvieron en manos del jefe del Estado con su burocracia y servidores; los negocios eran esencialmente no militares. Las ciudades de la Edad Media crecieron en una atmósfera de servicio militar equipado por sí mismo; era obligación del ciudadano pelear, y peleaba por la independencia de su ciudad, guarneciendo las murallas contra la intromisión aristocrática.[18] La descongelación de la vida comercial en la Edad Media presentó un problema diferente del que supuso la retirada del hielo tribal al avanzar el calor del comercio mediterráneo. En la Edad Media las ciudades tuvieron que conquistar su libertad contra las pretensiones de los señores feudales y eclesiásticos. La historia es complicada y difiere al pasar de Italia a Alemania, a las ciudades hanseáticas y al otro lado del Canal de la Mancha; pero en medio de la diversidad se descubren principios análogos. Primero la lucha contra la nobleza y la consecución mediante la fraternidad en armas de los ciudadanos de cierto grado de independencia, muchas veces bajo el gobierno de un alguacil nombrado por los nobles. Con el tiempo esta transacción dio lugar a un grado mayor de libertad, de modo que en 1291 los florentinos pudieron excluir a la nobleza de los cargos. La "nobleza" eran los que llevaban un género de vida caballeresco. Después aparece un restringido patriciado de comerciantes ricos que cerró sus filas contra los pequeños artesanos y dominó las principales instituciones gubernativas (*cónsules* en Italia, *Schöffen* en Alemania, *échevins* en los Países Bajos). Eran los propietarios que tenían tiempo y dinero para consolidar su posición, pero el *popolo*

[18] Weber, *op. cit.*, vol. III, p. 263.

grosso tuvo que luchar contra las pretensiones del *popolo minuto*, es decir, los individuos de las nacientes guildas de oficios, dirigido por algún *capitanus popoli*.

El conflicto condujo en Italia con frecuencia al establecimiento de una "tiranía" apoyada por la pequeña burguesía, que arreglaba las dificultades interiores y proveía a la defensa contra los rivales. Al norte de los Alpes las ciudades permanecieron dentro de la laxa, pero cada vez más compacta, estructura de un Estado. En Inglaterra el Estado estaba más firmemente organizado, la administración burocrática era más eficaz, de modo que derechos y cartas podían usarse como instrumentos en las negociaciones. La lucha contra la nobleza local, y más particularmente contra el poder monástico, representó sin duda su papel, pero la nobleza fue contaminada pronto por la rebatiña de la riqueza, y en el siglo XV "los hijos más jóvenes de la nobleza, aprendices de amos de Londres, llegaron a ser magnates de la City".[19] La principal diferencia entre los conflictos internos de las ciudades-Estado de la Edad Media y los que constituyeron la historia de las ciudades-Estado de Grecia y Roma fue que en las primeras entraron en conflicto intereses de productores, y en las segundas intereses de consumidores. En las primeras hubo un choque entre la actividad comercial y la industrial, mientras que el peligro para la Antigüedad estaba en la existencia de una muchedumbre de ciudadanos arruinados y endeudados, que pedían la remisión de las deudas, la división de la propiedad y el empleo del dinero público en diversiones gratuitas.[20]

En la mayor escala del Estado nacional el mis-

[19] Trevelyan, *English Social History*, Longmans, 1944, p. 84.

[20] Weber, *op. cit.*, vol. III, pp. 327 *s.*

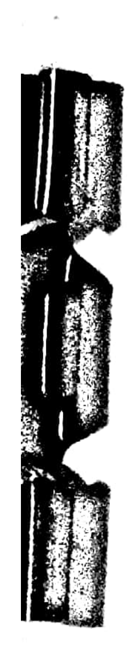
mo motivo económico influye en los cambios en la distribución del poder. Harrington, que escribía en el siglo XVII, observa que "diferentes sistemas de propiedad tienen diferentes tipos de gobierno como su consecuencia inevitable", y cuando hay un desajuste entre el sistema oficial de poder y el sistema real de poder, "el único remedio posible para el desorden resultante es la reconstrucción de las instituciones políticas de acuerdo con las necesidades de la estructura social modificada".[21] El cambio estriba en el ensanchamiento gradual de la base de la ciudadanía efectivamente interesada. En Inglaterra, el poder efectivo de los Comunes quedó demostrado en el siglo XVII, pero no fueron los hombres de negocios quienes recogieron los frutos de la victoria. La clase de los terratenientes retuvo el poder hasta la reforma parlamentaria de 1832, y desde entonces el cuerpo electoral no ha hecho más que aumentar por sucesivas disposiciones legales. En 1832 hubo una redistribución de los asientos de la Cámara, y se suprimieron muchas anomalías en el derecho de sufragio. En los condados, a los propietarios de cuarenta chelines, que ya tenían voto, se unieron los poseedores de enfiteusis con viviendas de una renta anual de 10 libras, y los arrendatarios con viviendas de una renta anual de 50 libras. En las poblaciones se dio el voto a los jefes de familia que pagaban una renta de 10 libras.

En 1867 se introdujo en las poblaciones el sufragio de los jefes de familia, y también se concedió el voto a ciertas clases de inquilinos, mientras que en los condados se les concedió a los inquilinos que pagaban una renta de 12 libras. En 1884 fueron igualados condados y burgos, y en 1885 se hizo algún intento para dividir el país en distritos elec-

[21] Tawney, "Harrington's Interpretation of His Age", *Proc. Brit. Ac.*, vol. XXVII, p. 13.

torales del mismo tamaño aproximadamente. Estos derechos de sufragio estaban limitados por diversas condiciones de duración de arrendamiento y de residencia.

En 1918 se amplió el derecho de sufragio hasta comprender prácticamente a todos los hombres de más de 21 años y a todas las mujeres desde los 30 años. En 1928 se igualó el derecho electoral de las mujeres con el de los hombres y se redujeron las condiciones de tiempo de residencia.



Pero en el gobierno representativo no es sólo el cuerpo electoral lo que cuenta, si el modo de gobierno ha de llamarse "democrático". Después de todo, hubo dictadores que ampliaron el derecho de voto y adularon a las masas para ganarse su apoyo, como hizo Luis Napoleón en 1852. Todo gobierno es oligárquico, porque un hombre solo no puede administrar una gran hacienda por sí mismo, y "el pueblo" no puede deliberar ni tomar decisiones. Todo gobierno tiene, oficialmente, lo que Bentham[22] llamaba poder "indefinido", a menos que esté limitado por un pacto expreso.

Lo que constituye la diferencia entre el gobierno despótico y el gobierno democrático es "la *manera* como todo el volumen de poder, que, tomado en su conjunto es supremo, se distribuye en un Estado libre entre las diversas jerarquías de personas que tienen parte en él, y las fuentes de donde dimanan sus derechos",[23] juntamente con características tales como la facilidad de cambiar de gobierno, la discusión y la crítica públicas, la libertad de asociación y el imperio de la ley, independientes en cuanto funciones de la de adoptar decisiones que desempeña el ejecutivo.

22 Bentham, *Fragment on Government*, ed. G. Harrison, Blackwell, 1948, p. 94.
23 Bentham, *id.*, p. 94.



El método para elegir candidatos, las medidas para los cambios de gobierno y la relación entre el ejecutivo y el cuerpo legislativo: tales son los elementos verdaderamente importantes en un gobierno democrático como sistema de instituciones. El espíritu con que se manejan es lo que importa en la realidad del gobierno democrático. Si el ejecutivo en el poder designa los candidatos que han de elegirse, o ejerce presión para influir en la elección, el régimen no sería democrático, aunque se concediese el voto a los bebés. Pero cuando se mantiene el derecho de asociación, pueden formularse políticas rivales, y —ya que la colaboración es el único modo de realizar una política— nacerán partidos políticos. "En el momento en que concebimos con claridad que la Cámara de los Comunes es principalmente y por encima de todo una asamblea electiva, percibimos al mismo tiempo que los partidos son esenciales para ella. Nunca hubo elección sin partidos. No puede meterse a un niño en un asilo sin una reunión previa", escribe Bagehot.[24] Puesto que en una asamblea electiva las decisiones se toman por mayoría, es evidente que tendrán que discutir y combinarse multiplicidad de partidos en cada cuestión, y el resultado es que el gobierno sea débil e ineficaz, como podemos ver cuando miramos la historia de Francia y de Alemania.



En Inglaterra hemos tenido una serie de grandes rivales: los *tories*, que defendían la tradición de los Estuardos, y los *whigs*, que apoyaban la monarquía restringida de la Revolución Gloriosa; los intereses de los terratenientes contra el mercantilismo liberal; los intereses de los patronos contra el partido que pretende representar los intereses de los trabajadores.

[24] Bagehot, *English Constitution*, World's Classics Edition, p. 125.

En los Estados Unidos las cuestiones no son tan claras, y, como ocurría en la Inglaterra del siglo XVIII, se ha sugerido que el botín de empleos es la principal preocupación de los "excluidos" que quieren ser "incluidos",[25] afirmación que sólo muy vagamente es cierta respecto del pasado y que quizá sea cada vez menos cierta en el futuro.

La existencia de partidos que apoyan y presentan oficialmente candidatos patrocinados significa una política de partido dictada por los ejecutivos de éste, lo cual es otro ejemplo de la "ley de hierro de la oligarquía".[26] La existencia de cierto botín de cargos —nombramientos locales, influencia sobre industrias controladas por la nación, etc.— fomenta en tiempo de elecciones la movilización de intereses que tienen poco que ver con las cuestiones de bienestar público, como lo atestigua la corrupción durante los primeros tiempos de la historia norteamericana.

El mecanismo para los cambios de gobierno presenta dos variedades: o bien hay un plazo fijo de poder sin facultad de disolución, o hay un plazo limitativo de poder con facultad de disolución. El primero es el caso de los Estados Unidos, donde el Congreso es elegido cada cuatro años, y fue el caso de la Cámara de Diputados de la Constitución francesa de 1875. El segundo es el caso de Inglaterra, donde el ejecutivo puede, por sí mismo, u obligado por un voto de censura, "acudir al país". Esto significa que hay una amenaza pendiente sobre los individuos del Parlamento que muy bien puede aguzar su sentido de responsabilidad, mientras que si "se sientan despreocupadamente" por determi-

[25] Finer, *Theory and Practice of Modern Government*, Methuen, 1932, p. 419.

[26] *Cf.* Burnham, *The Machiavellians*, Putnam, 1943, Parte V, sobre Mitchels, a quien se debe esa frase.

nado número de años, tal vez no sean tan concienzudos la mitad del tiempo, y empleen la otra mitad con los ojos vueltos hacia sus electores para ver el efecto de sus palabras sobre ellos. En Inglaterra, como dijo Jennings,[27] "la oposición de Su Majestad es el otro gobierno de Su Majestad".

La relación entre el legislativo, que aprueba leyes y paga, y el ejecutivo, que presenta proyectos de ley y gasta, presenta un problema extremadamente delicado cuya solución resultó con exceso, para muchos, un intento de imponer una forma democrática de gobierno a un país en el que no es autóctona. La misión del ejecutivo es gobernar día a día, la misión del legislativo es doble: facilitar el gobierno concediendo recursos, y actuar de crítico, de caja de resonancia de las quejas y, por lo tanto, como freno del autoritarismo.

En Inglaterra la solución es que el ejecutivo, el gabinete, es una comisión del partido que tiene la mayoría en la Cámara de los Comunes. "Decide lo que ha de discutirse, cuándo ha de discutirse, y cuánto durará la discusión. Mientras subsiste la mayoría de su partido, el gobierno tiene el control completo de la Cámara de los Comunes".[28] Esto, por lo menos, tiene la ventaja de no atar las manos al ejecutivo. Al mismo tiempo, debe advertirse que los intereses de las minorías no están garantizados. En realidad, no pueden estarlo. La única garantía de trato justo descansa en la arraigada tradición de sentido común y en el juego limpio. Además, permite al gobierno obtener poderes para gobernar por decreto o por real orden cuando el país hace frente a una crisis, y no hay seguridad de que renuncie a esos poderes, salvo que sea derrotado en unas elecciones legales, siempre que no

[27] Jennings, *Parliament*.
[28] *Id.*, p. 118.

haya modificado la ley, lo cual puede concebirse que lo haga.

En las primeras aventuras de gobierno democrático en China se hicieron varios intentos para resolver la cuestión legislativo-ejecutivo. Por la primera Constitución de 1912 le era imposible al Presidente realizar una acción ejecutiva esencial sin obtener primero la aprobación del Parlamento, "aprobación que muchas veces era imposible de conseguir", y así el presidente Yuan Shi-Kai disolvió la asamblea. Li Yuan King volvió a reunir el Parlamento en 1916, pero como resultó incapaz de acción ejecutiva organizada, no hizo nada y fue disuelto por presión militar al año siguiente, en que fue elegido otro Parlamento según reglas nuevas, mientras que en 1918 el anterior se retiraba a Cantón declarando que no había sido disuelto, sólo para descubrir que todos sus individuos habían rebasado su plazo de representación parlamentaria. W. W. Willoughby,[29] de quien tomamos esta información, señala que todo el modo de pensar chino, la falta del concepto de ley, la importancia del carácter personal de los funcionarios más bien que el régimen como una empresa en marcha, todo conspiraba contra el funcionamiento normal de una "constitución" de tipo occidental.



En los Estados Unidos el sistema de frenos y equilibrios es tal, que hay que rendir tributo al enorme vigor de aquella nación por el hecho de que pueda funcionar de algún modo. El Presidente, elegido indirectamente por el pueblo, nombra su gabinete. El Congreso tiene los cordones de la bolsa y aprueba —o no— los proyectos de ley. El Congreso es elegido cada cuatro años, y durante ese tiempo hay una elección presidencial en la que

[29] Willoughby, *Constitutional Government in China*, Fundación Carnegie para la Paz Internacional, 1922, Nº 47.



el jefe del ejecutivo es elegido para un periodo de cuatro años. El Senado consta de 96 individuos, dos por cada Estado, de suerte que, mientras la densidad de población determina el número de representantes en el Congreso, en el Senado persiste el mismo número de representantes. Los tratados exteriores deben ser aprobados por una mayoría de dos tercios en el Senado, de modo que treinta y tres senadores pueden echar a pique una política exterior, y esos treinta y tres senadores pueden representar los Estados menos poblados de la Unión. Finalmente, por encima de todo está el Tribunal Supremo, formado por nueve jueces, que salvaguarda la Constitución y puede declarar anticonstitucional cualquier ley, ya sea del Gobierno Federal ya del de un Estado.

Pueden imaginarse fácilmente las dificultades que acompañan a la realización de una política consecuente, si el Presidente pertenece al partido que no tiene la mayoría en el Congreso y se encuentra ante un Senado que no puede estar de acuerdo con ninguno de los dos cuando se trata de asuntos extranjeros.

La influencia del Tribunal Supremo puede estudiarse en conexión con su interpretación de la Enmienda 14,[30] que dispone que ningún Estado "privará a una persona de la vida, la libertad o la propiedad, sin el procedimiento legal debido". Originariamente se dirigía a proteger a los negros contra el trato discriminatorio, y también a permitir al Tribunal Supremo intervenir en la legislación del Estado. Pero el problema de los negros perdió importancia. En 1873 el Tribunal apoyó la legislación del Estado contra los monopolios; sentenció que la propiedad privada podía ser contro-

[30] Alfarge, *Supreme Court and the National Will*, Hodder and Stoughton, 1936, cap. VI.

lada en interés del público. Pero en 1887, en la Causa de las Tarifas de Minnesota, fue revocada la sentencia anterior; mientras que una ley de Nueva York que limitaba el trabajo de las panaderías a diez horas diarias fue considerada "irracional", "arbitraria", "ilegal" e "intromisión indebida" en los derechos de los individuos. Por otra parte, en 1908 se dejaron sentir influencias sociológicas, y a Oregón se le permitió limitar las horas de trabajo femenino, y, en 1917, fijar un límite de diez horas al trabajo en las fábricas.

Todo esto revela que aunque el Tribunal Supremo interpreta la Constitución y, en consecuencia, ocupa una posición clave en la legislación, la interpretación real refleja el espíritu de la época en que se hace. Pero los "nueve ancianos" pueden ser torpes. En 1937 Roosevelt encontró en ellos un obstáculo para su "Nuevo Trato" e intentó nombrar más jueces (viejo método con una "Cámara Alta" recalcitrante). La muerte y algunos retiros juiciosos lo sacaron de la dificultad y pudo nombrar siete individuos de los nueve.

Además del foco de poder oficial en el gobierno central, hay que estudiar los focos provinciales de poder. Los consejos parroquiales, los consejos de distritos rurales y de distritos urbanos, los consejos de condado y de burgo o municipio de Inglaterra, tienen todos esferas de administración delegadas en ellos, que se sostienen con impuestos locales y subsidios. No hay lugar aquí para el estudio de los diversos poderes de esas corporaciones, cuyo ejercicio es vivificado por una amistosa atmósfera crítica, dirigida por los "hombres sobre el terreno" contra la ignorancia de "Whitehall",* y el centro

* Calle de Londres, en el sector de Westminster, bordeada por oficinas del gobierno, por lo cual se usa su nombre para designar al gobierno mismo como en este caso. [T.]

tiene a su disposición un arma que puede usar contra autoridades locales recalcitrantes amenazándolas con retirarles la ayuda financiera.

Hasta ahora nos hemos ocupado de la distribución formal del poder, pero esto no es ni mucho menos todo, y ahora debemos referirnos brevemente al difícil problema de los poderes no oficiales.

El esqueleto de la estructura del Estado es vestido y manejado por sucesivas administraciones. El Estado tiene el monopolio de la fuerza, que está en manos del gobierno que, por lo tanto, es oficialmente supremo, y —teóricamente al menos— refleja la opinión de la mayoría de votos o una transacción entre los intereses de grandes grupos, ninguno de los cuales tiene una clara mayoría sobre los otros. Este poder está en manos de un grupo de individuos que toman decisiones y son responsables ante el Parlamento. Pero este amplio esquema no agota de ningún modo los focos de poder dentro del Estado. Las decisiones que toman el gobierno y la administración general del país están por lo menos parcialmente determinadas por la existencia de poder en manos de gentes *extrañas* al círculo de los que tienen cargos en la administración. Aún no se ha dado una información completa de la presión que ejercen esos grupos, y aquí sólo podemos mencionar unos pocos.

1) *El poder de la riqueza existente.* Toda administración que llega al poder encuentra el Estado como una empresa en marcha, con leyes que salvaguardan la propiedad y ciertas tradiciones que guían la vida diaria de la comunidad. Los directores de la industria y las finanzas ejercen, naturalmente, presión sobre una administración que representa sus intereses; pero sus poderes tienen a veces que oponerse a una administración que cuenta con el apoyo de gentes hostiles a dichos intere-

ses. La destitución no es asunto fácil; no sólo implica un trastorno de la ideología tradicional, sino que —dificultad más práctica— significa que el gobierno tendría que encontrar algún procedimiento para hacer lo que ya hizo el destituido, y, dejando totalmente a un lado cualquier temor a una resistencia violenta, ningún gobierno se expondrá al caos que casi con toda seguridad acompañaría al cambio. Además del poder que emana del hecho de estar en el gobierno, los directores de la industria tienen recursos con que no cuentan los trabajadores, en caso de presentarse diferencias entre ellos.

2) *El poder del técnico.* Las complicaciones de la administración y la organización, ya sea en la industria, ya sea en el servicio civil, son tan embrolladas que los no especialistas tienen que atenerse a las opiniones de los expertos. Burnham[31] cree que los administradores y los técnicos de la industria saben mucho más de lo que aparentan que los directores, de suerte que la dirección ha degenerado en estorbo, mientras que el servidor civil tiene tras sí el peso de la experiencia cuando aconseja a sus ministros.

3) *El poder de la posición clave.* Ciertas industrias son vitales para el bienestar de un país: carbón, hierro y acero, transportes, industrias de exportación, etc. Si los trabajadores de esas industrias están organizados de manera que pueden recurrir a la acción negativa de la huelga, pueden paralizar la actuación del Estado; realmente, es tanto su poder, que casi están en situación de dictar condiciones.

4) *El poder del individuo.* Quizá pudiéramos prescindir del poder carismático de la realeza, pero el

[31] Burnham, *Managerial Revolution,* Putnam, 1942.

jefe carismático es un fenómeno familiar, ya sea en escala nacional o por dominar las deliberaciones de grupos pequeños.

Dichos focos de poder actúan como frenos sobre las decisiones del gobierno, y sólo hemos enumerado algunos casos. No mencionamos el poder de la Iglesia Católica Romana en Francia y en el Sur de Alemania, el supuesto poder insidioso del comunismo, o la fuerza electoral de los agricultores norteamericanos, pero se ha dicho lo bastante para señalar este punto: que la mera constitución en el papel no da idea de los verdaderos centros de fuerza de una comunidad. Las decisiones del gobierno están determinadas por multitud de decisiones que se toman en otras partes.

Finalmente, debemos observar que disponer del poder en un Estado no es más que un caso del problema general de la estructura del poder. En la fábrica y en la escuela, en el sindicato y en el consejo de condado hay focos de poder: personas cuyas decisiones son importantes, y otras cuyas sugestiones son desdeñables. Unos individuos de una sociedad tienen poder a causa de su "personalidad", otros porque tienen los cordones de la bolsa, otros porque tienen conocimientos técnicos; unos porque representan intereses que deben ser tratados con respeto, y otros aún porque tienen cargos en una jerarquía reconocida. Toda sociedad, por pequeña que sea, tiende a crear un aspecto político.

V. LA ESTRUCTURA ECONÓMICA

DENTRO de la estructura del Estado, protegida por él (porque hasta el *laissez-faire* es un concepto activo, no pasivo), y a su vez determinando su forma, se desenvuelve la vida económica de la comunidad. En este capítulo cambiamos las lentes de nuestros anteojos y ponemos las que dejan ver este aspecto económico. Empleamos la palabra "económico" en su sentido más amplio para designar los métodos generales de aprovisionamiento, ya escaseen o no los medios.

El aspecto económico de una comunidad tiene una relación especial con sus otros aspectos. Es básico en un sentido importante, y su influencia lo penetra todo. Haberlo destacado así es la gran aportación de Marx y sus discípulos. El hombre tiene que vivir, y los medios de subsistencia son motivo de su interés más profundo. También tiene deseos casi ilimitados de goces materiales por encima del puro nivel de subsistencia y, por lo tanto, es motivo de constante preocupación el control de los medios de producción y de adquisición.

Así, pues, el "montaje" de una sociedad está determinado en gran parte por los métodos de producción, y por la lucha por las oportunidades de adquisición, y por el poder sobre otros individuos que pueden dar las posiciones estratégicas en el conflicto. En la vida primitiva quizá todos tuvieron las mismas posibilidades, pero en el momento en que la suerte o la astucia dieron a un hombre más tierra que a otro empezó la competencia. Técnicas nuevas proporcionan nuevas oportunidades de ganancias, y esto lleva a la especialización por una

parte y a la lucha por el control del aparato técnico por otra. Un sistema es adecuado al molino de viento y a la labranza con bueyes, otro a una economía mixta industrial y rural con tractores, y a una población urbana que alimentar. En el mundo de las ideas, lo que apela al interés económico tiene un atractivo *prima facie*, y hasta puede ser conjurado como una racionalización de ambiciones económicas. La ambición económica plantea problemas al científico que suministra conocimientos nuevos de técnicas, las cuales, a su vez, plantean problemas nuevos al científico.

En el campo de la política los individuos retienen el poder para salvaguardar sus intereses económicos o los de su clase, y procuran quitarles el poder a otros con el mismo objeto. Las clases medias, mercantiles e industriales luchan contra los terratenientes y contra la aristocracia tradicional por nacimiento, y el proletariado a su vez lucha contra las clases medias. La primera lucha no puede empezar hasta que no están suficientemente desarrolladas las técnicas de producción y el comercio. La segunda lucha no puede tener lugar a menos que haya una población importante de asalariados lo suficientemente concentrada para que sea posible su organización.

En nuestros propios días el choque de intereses llevó a cuatro sistemas político-económicos diferentes: la perpetuación del capitalismo en los Estados Unidos; el fascismo, con su fachada de corporaciones, el control de la iniciativa privada y el aplastamiento de los movimientos de la clase trabajadora; el comunismo, con su propiedad del Estado; y el gradualismo democrático-social, que busca una transacción entre el socialismo y el capitalismo, con desventaja cada vez mayor para el segundo.

La exposición detallada de todos los sistemas eco-

nómicos diferentes que se han producido requeriría volúmenes enteros de historia económica y estaría más allá de las atribuciones del autor. En lo que sigue se hace el intento de subrayar ciertos rasgos importantes de interés para el sociólogo.

Nuestros remotos antepasados vivían indudablemente en pequeñas unidades familiares, recorrían los bosques en busca de alimentos, habitaban en cuevas o refugios provisionales, cazaban los animales a que podían dar muerte con sus toscos instrumentos, o pescaban si vivían a la orilla del mar. La primera gran revolución tuvo lugar cuando aparecieron en el periodo neolítico, hace unos 7 000 años, alguna forma primitiva de agricultura y la domesticación de animales. Su importancia, y la de la técnica de la alfarería y del tejido, que apareció poco después, estriba en el hecho de que al fin el hombre pudo establecerse para hacer vida sedentaria, o vagar en grandes grupos, con lo que se produjo la afiliación por parentesco. En la etapa recolectora, los grupos probablemente tenían que dividirse cuando escaseaban los recursos, y no había en la riqueza diferenciación mucho mayor que la que podía atribuirse a diferencias en habilidad personal y buena suerte, cuyos resultados no eran permanentes. Pero al vivir el hombre en una aldea, la habilidad, la buena suerte y el prestigio seguramente tuvieron efectos más duraderos, y así aparecieron gradualmente las diferencias de clase.

Los triunfos del intelecto humano, que dieron por resultado la fabricación de objetos de alfarería, la selección de animales para la cría y la invención de métodos agrícolas más complicados, rara vez son reconocidos en toda su importancia;[1] los aceptamos con excesiva facilidad. Pero prepararon el

[1] V. Gordon Childe, *Los orígenes de la civilización,* F.C.E., México, 2ª ed., 1959.

camino para otra revolución tan sorprendente como la primera: los progresos de la agricultura que hicieron posible la vida de ciudad. En las condiciones de la vida de aldea, el rey y la nobleza indudablemente eran abastecidos de alimentos, exactamente como lo son en las comunidades primitivas de hoy; pero la construcción de ciudades y el abastecimiento de sus habitantes, de la nobleza, de la administración militar y de los eclesiásticos, requiere una fuerza de trabajo considerable que de algún modo tiene que alimentarse con productos de la tierra.

Y entonces hizo su aparición otro método de adquirir riqueza. Según Heichelheim,[2] el primer capital que produjo interés fue semilla prestada a gente necesitada a cambio de una parte de la cosecha, o vacas prestadas en condiciones similares. (La palabra súmera *mâs* significa ternero e interés.) La vida de ciudad parece haber surgido primero en el Asia Central,[3] pero donde llegó a mayor progreso fue en las cuencas de los ríos de Mesopotamia y Egipto, a las orillas del Indo en la India y del Río Amarillo en China.

Aun en la vida de aldea existe alguna forma de trueque. Puede revestir la forma de regateo directo en que los participantes, desde un lugar escondido, colocan sus artículos unos al lado de los otros, hasta que llegan a una transacción satisfactoria. Entre los pueblos primitivos actuales se encuentra a veces una especie de trueque ritual entre los tratantes, como en el famoso *kula* de los trobriandeses, que realizan el cambio de artículos útiles entre individuos de islas vecinas, mediante una operación ritual complicada en la que se intercambian collares y

[2] Heichelheim: *Wirtschaftsgeschichte des Altertums*, Leyde, 1938, p. 62.
[3] *Id.*, p. 110.

pulseras de concha; los collares pasan de mano en mano en el sentido de las manecillas del reloj, y las pulseras siguen la dirección contraria.[4] No es común el dinero, en el sentido de un medio de cambio entre otros objetos y como medida de su valor. Pero existe a veces; por ejemplo, en las Islas Nicobar "se cambian agujas a doce cocos la docena, cerillos a veinticuatro cocos por docena, cajas y tela roja a 1 600 cocos por pieza".[5]

Pero cuando nuestros remotos antepasados inventaron un sistema de dinero, fuera en forma de vacas que producen riqueza por su propia naturaleza, o de metal que produce riqueza por los intereses (la palabra griega *tokos* significa prole e interés), quedó montada la escena para la entrada del aventurero capitalista, y la tierra misma se convierte en una mercancía y en un bien hipotecable. La clase deudora tiene que ser protegida. En uno de los más antiguos códigos legales conocidos,[6] el "pacto hecho por el rey —Urukagina de Lagash, hacia 3000 a. c.— con el dios Ningisu en beneficio de su pueblo", está escrito: "Si la casa de un grande está al lado de la casa de un vasallo humilde del rey y el grande le dice: 'Te la compraré', cuando la compre que le diga: 'Pago en plata tanto como satisface a mi corazón y a mi casa' ". En las leyes de Hammurabi de Babilonia, hacia 2000 a. c., las hay que establecen tarifas de salarios, tarifas para el alquiler de animales, y tarifas de interés. "Si un hombre alquila a un trabajador del campo, le dará ocho *gur* [un *gur* igual a poco más de 121 litros] de trigo al año" (*257*); "si un hombre alquiló un buey para trillar, veinte *qa* [un *qa* igual a 433.50 mililitros] de trigo es su alquiler" (*268*); "si un ne-

[4] Malinowski, *Argonauts of the Pacific,* Routledge, 1932.
[5] Firth, *Human Types,* Nelson, 1938, p. 91.
[6] *Cambridge Ancient History,* vol. I, p. 337.

gociante prestó trigo o plata a interés, por cada *gur* de trigo recibirá 100 *qa* de interés. Si prestó plata a interés, por cada siclo de plata recibirá un sexto de siclo más seis granos como interés" (*90*).

La necesidad de semejante legislación revela que la vida comercial estaba muy adelantada. El capitalismo de los imperios de la Edad de Bronce era aventurado y permitido y estaba protegido. Fue enmarcado dentro de la estructura del Estado autoritario, y la lucha por el poder con la aristocracia no era una salida a menos que el poder de la autoridad central fuera débil. El comercio era principalmente de artículos de lujo, y la casa real y los templos proporcionaban con frecuencia el capital.[7] Los templos realizaban muchas de las funciones que nosotros asociamos a la banca. El uso de instrumentos de hierro, hacia 1000 a. c., dio nuevo impulso al comercio. El hierro abundaba más que el bronce, y podía usarse para realizar nuevos progresos en la agricultura; permitió a los pequeños Estados campesinos hacer frente a los grandes reinos de la Edad de Bronce con su administración central, y fue la base del nacimiento de la economía de la ciudad-Estado en Grecia.

En el siglo VII a. c. se fundaron dos bancos privados en Asiria; en el Japón del siglo IV a. c. floreció la firma de banqueros llamada Muraschu e Hijos; en la Grecia del siglo V a. c. los *trapezetai* añadieron a su negocio de cambistas de dinero el de la banca.[8]

Entre 800 y 700 a. c. se inventó la acuñación de moneda, que ocupó su lugar al lado de los bloques de metales preciosos oficialmente pesados y estampados y de la primitiva moneda de utensilios de la vieja Europa, para hacer provechosa la producción

[7] Heichelheim, *op. cit.*, p. 139.
[8] *Id.*, pp. 350, 355.

en masa. Con el desarrollo de la industria, la sociedad se hizo más complicada, y al lado del pequeño terrateniente se encontraban asalariados libres que no poseían tierra, trabajadores extranjeros temporales (*xenoi* en Grecia, *nokhrim* entre los hebreos), y residentes extranjeros (*metoikoi* y *gerim*.) En la Edad de Bronce sólo la nobleza cortesana podía equiparse para la guerra. Las circunstancias nuevas de la Edad de Hierro trajeron al primer plano la aristocracia conductora de carros, que cedió su lugar al hacendado del ejército de hoplitas, así como la nobleza francesa, pesadamente armada, cayó ante los arqueros hacendados de Inglaterra. Esto dio importancia al pequeño hacendado, que podía equiparse y equipar a sus hijos para llenar las filas de la falange y cuyos intereses debían, en consecuencia, ser salvaguardados.

Toda esta actividad comercial, que beneficiaba la situación de los monarcas de la Edad de Bronce y que enriquecía a los que triunfaban en los reinos de la Edad de Hierro y en las ciudades-Estado, tenía su lado malo. Hemos señalado la necesidad de protección del débil que se consigna en la legislación primitiva, pero aun en el código de Hammurabi leemos: (*54*) "Si un hombre no tiene medios para reembolsar a su acreedor, él y sus bienes serán vendidos por plata"; pero se dispone también que: (*36*) "Ni el campo, ni el huerto, ni la casa de un hombre de armas pesadas o de armas ligeras, o de un feudatario, se venderán separadamente por plata", (*38*) "...ni pueden ser empeñados por deudas". Deudas, venta de tierra, hipotecas y esclavitud por deudas fueron el precio que los que no triunfaban pagaban por la prosperidad comercial sobre la cual se edificó la vida de la ciudad. Había que hacer algo para limitar el tamaño de las haciendas, evitar la venta de tierras y aligerar el peso de las

deudas. No es extraño que en la literatura bíblica, en Roma y en la India, donde los prestamistas eran proscritos, la voz de los pequeños agricultores se oyera clamar contra la usura.[9] Solón limitó la cantidad de tierra que podían comprar los individuos, prometió una moratoria para todas las deudas y prohibió la esclavitud por deudas; en Roma se puso límite, en 367 a. c., a la cantidad de tierras públicas que podían comprarse; y en 342 la *ley Genucia* fijó los tipos de interés. Esas restricciones fueron, desde luego, tan ineficaces a la larga como la prohibición de la usura en la Edad Media. En el siglo I a c., un senador propuso el restablecimiento de la *ley Genucia,* pero fue linchado por un ejército de acreedores. En el siglo I a. c. quedó sin efecto la proscripción judía sobre los intereses y gracias a Hillel se llegó a una transacción.

En los antiguos imperios de la Edad de Bronce el comercio estaba bajo el control del Estado; también lo estuvo en los reinos de la Edad de Hierro que se asimilaron al mismo tiempo, tales como el asirio, el neo-babilónico y el egipcio saítico; lo estuvo asimismo en el Egipto de los tolomeos, en el reino de Siracusa y otras monarquías helenísticas, y en la India, según se describe en el *Artashastra* de Kautilya. En las ciudades-Estado griegas el comercio era libre. Roma tendió cada vez más al modelo antiguo, en especial desde Adriano en adelante. La vasta democracia, el ejército y el suministro de comida y diversiones a los ciudadanos de Roma implicaban una tributación muy onerosa. La demanda de los consumidores disminuyó gradualmente, de suerte que se entorpecieron las ruedas del comercio en grado tal, que ya no pudo contarse con el suministro de alimentos y servicios por em-

[9] Heichelheim, p. 258.

presas privadas. El resultado fue que el Estado se hizo cargo de todos los transportes, la ley declaró hereditarios los cargos[10] y se unió a los artesanos en "colegios" hereditarios para asegurar la producción.

En tiempos anteriores los *collegia* fueron sociedades de ayuda mutua y de inhumaciones, que también parecían proteger los intereses comerciales de sus socios: flautistas, orfebres, herreros, tintoreros, talabarteros, curtidores, hojalateros y alfareros.[11] Su poderío los hizo sospechosos y fueron prácticamente abolidos por Julio César, aunque después revivieron, pero con menos influencia. Los propietarios de esclavos desconfiaban de la mano de obra libre, y el desempleo en masa debido a la esclavitud y la ruina de las granjas pequeñas, que no podían competir con los grandes latifundios, convirtieron en aventura arriesgada la organización del trabajo. Pero cuando quedó cortado el suministro de esclavos, a partir de Augusto, y su número se redujo por manumisión, el Estado tuvo que dirigir el trabajo, y para ese propósito revivió la antigua institución. Había que proveer al ejército a toda costa.

Así, en el siglo v d. c. "un sistema casi oriental de castas había hecho prácticamente hereditarias todas las ocupaciones, desde la de senador hasta la de guardián del Tíber o la de centinela en el puesto fronterizo".[12] Los propietarios que podían hacerlo se retiraban a sus haciendas, que se bastaban a sí mismas para subsistir, los bárbaros pasaron las fronteras y el cascarón hueco se que-

10 Heichelheim, p. 818.

11 Paul Louis, *Ancient Rome at Work*, Kegan Paul, 1927, p. 48.

12 Dill, S., *Roman Society in the Last Century of the Western Empires*, Macmillan, 1905, p. 228.

bró. La Edad Media produjo casi un estancamiento del comercio y prevaleció la economía de subsistencia. En el Bizancio oriental y en los Estados islámicos se conservó gran parte de la antigua civilización, incluso con un refinamiento, temporal pero muy notable, de la economía del dinero, y la creación de una economía de ciudad en el oriente eslavo.

Cuando el capitalismo resurgió en la esfera de la Iglesia romana, la cuestión fue mucho más importante. No se trataba sólo de *empresarios* aventureros que operaban dentro de un marco tradicionalmente consagrado, aunque ciertamente empezaron como tales. El capitalismo engendró por sí mismo un espíritu que lo penetra todo. Se busca la riqueza no sólo por los goces que trae aparejados, sino como un deber. En realidad, cierto ascetismo mundano, una depreciación del lujo como "dinero malgastado", fue una actitud que favoreció la acumulación de riquezas. El trabajo intenso, la devoción a "los negocios", la racionalización de la acción para el único objeto de obtener ganancias, y la exclusión de todos los obstáculos tradicionales o sentimentales para un buen balance bancario: tal es el espíritu del capitalismo. El grado en que impregna la vida lo expresan frases familiares, como "el tiempo es oro", "la honradez es la mejor *política*", "mejorar", que casi siempre significa "ganar dinero", y el criterio para tomar decisiones es: "¿Es cuestión de negocios?"

Weber[13] observa que este *ethos* sólo se produjo autóctonamente en Europa en la época de la Reforma. Presenta pruebas al efecto de que se desarrolló más entre los protestantes que entre los católicos, y después pasa a demostrar, por un brillante

[13] Weber, *Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Allen and Unwin, 1930.

análisis del espíritu del calvinismo, que este espíritu dio origen precisamente a las actitudes que favorecen el nacimiento del capitalismo. Hay que despreciar las cosas de este mundo, en consecuencia, no debe haber ostentaciones de lujo, y las sanciones tradicionales, con olor a idolatría, deben ser olvidadas; la tarea del hombre es trabajar en la viña del Señor con toda su fuerza, y en consecuencia debe consagrar todas sus energías y toda su razón a cualquier obra que emprenda; puede dudar de la salvación, pero si el buen éxito acompaña a sus esfuerzos tiene base para una justificada esperanza, mientras que si sus vecinos lo pasan mal puede atribuirlo a los vicios de la intemperancia, la pereza, el amor al lujo y la falta de valor.

La ética protestante, según Weber, fue el factor decisivo en la aparición del capitalismo moderno, y apoya esta opinión con un estudio comparado de las "éticas" en que no floreció el capitalismo tal como nosotros lo conocemos.[14] El deseo de riqueza es universal, la aventura capitalista acompaña a todas las civilizaciones, pero el espíritu del capitalismo es algo más que eso. En China, la burocracia literaria conservó ininterrumpidamente la tradición hasta este siglo, y el ganar dinero era una actividad oficialmente condenada; entre los judíos el interés por la alianza mantuvo viva la tradición, y la creencia en que eran un pueblo elegido impidió sus relaciones con los gentiles; en la India, los brahmanes conservaron el modo de vida antiguo, el sistema de castas impedía las relaciones entre ellas, y la única ruptura con la tradición cotidiana era de carácter ultramundano. La introducción del capitalismo en el Japón, China y la India es otra cuestión, así como la explotación del capitalismo y

[14] Weber, *Religionssoziologie*, 1934. Mohr, Tubinga.

sus instituciones por los judíos. La tesis de Weber es que el capitalismo no es *indígena* en ningún otro sitio más que en Europa.

Piénsese lo que se quiera sobre esta opinión como respuesta al marxismo extremado, no hay duda de que el capitalismo dominó el mundo occidental, desde la Reforma, como principio de vida, y Weber hace ver claramente que la aspiración religiosa no es el único factor que actúa. Como condiciones "para obtener un máximo de racionalidad formal en la explicación del capital en la empresa productiva", da la siguiente lista:[15] *1)* La apropiación de todos los medios no humanos de producción, y un mercado libre de limitaciones tradicionales; *2)* libertad de oportunidades para las actividades de *empresa; 3)* libertad de elección de la mano de obra; *4)* libertad de contrato, sin reglamentación del consumo, la producción, los precios ni los salarios; *5)* previsibilidad de medios técnicos; *6)* seguridad de contrato por una administración pública racional y un sistema legal previsible; *7)* "la separación más completa posible de la empresa, con sus condiciones de éxito y fracaso, de la unidad presupuestaria doméstica o privada con sus intereses en la propiedad; *8)* un sistema monetario con el grado más alto posible de racionalidad formal.

Esas condiciones se realizan, a su vez, por medios diversos. La "firma" impersonal, que es una característica central del capitalismo moderno, nace de un "negocio de familia" en el que no hay contabilidad diferencial, algo muy parecido al caso del pequeño agricultor de ayer. Después parece que hubo una etapa en que cada individuo tenía una cuenta privada en la empresa, reglamentada por ésta, y más tarde se incorporan a ella personas que

[15] Weber, *Theory of Social and Economic Organization*, Hodge, 1947, p. 252.

no pertenecen a la familia.[16] Cosa muy interesante es que entre los japoneses, de tan viva conciencia para el parentesco, las cuatro grandes organizaciones industriales: Mitsui, Mitsubishi, Sumitomo y Yasuda, son principalmente negocios familiares, y la Casa de Mitsui está gobernada por un consejo de familia, una de cuyas reglas es que los individuos de la familia deben "renunciar al lujo excesivo y practicar la sencillez y la economía en el modo de vivir".[17]

No es éste el lugar para describir la aparición gradual del capitalismo moderno en Inglaterra. La paz estratificada de la economía rural autosubsistente fue sacudida en el siglo XIII por la iniciación del comercio en lana. La tierra se hizo lucrativa, y la unificación de las haciendas avanzó aceleradamente. Después del comercio en lana vino la fabricación de telas, y la organización de procesos industriales por el *empresario*, que suministraba materia prima o artículos semimanufacturados para que los emplease el trabajo casero. El siervo se fue emancipando gradualmente del suelo y se convirtió en un pequeño agricultor o en un asalariado, y muchos acudieron a las ciudades para hacerse aprendices y jornaleros. La Peste Negra elevó el valor de la mano de obra y estimuló a cercar tierras para la cría de ganado lanar, que necesitaban menos brazos que las tierras labrantías. Las fluctuaciones del valor del dinero a causa del aflujo de plata y la adulteración de la ley de la moneda por Enrique VIII causaron trastornos en la distribución del ingreso, se empobrecieron los ricos y se enriquecieron los pobres. La confiscación y la muerte en la guerra significaron la ruina de la

[16] Weber, *Economía y sociedad*, ed. cit., vol. II, pp. 52-57.
[17] Brady, *Business as a System of Power*, Columbia Univ. Press, 1943, pp. 93-94.

vieja nobleza feudal, pero la tierra siguió siendo un valor supremo.

Finalmente advino la "Revolución Industrial" a fines del siglo XVIII, y con ella nuevos métodos agrícolas. Los cambios en la vida rural habían producido el labrador acomodado, como arrendatario o como propietario, el hacendado y el caballero campesino, y en el siglo XVIII el terrateniente en gran escala, con sus nabos y otros progresos. Pero Inglaterra se iba convirtiendo cada vez más en una nación de tenderos e industriales. Un colaborador del *Gentleman's Magazine*, p. 109, pregunta en 1763: "¿Por qué los propietarios de pequeñas haciendas vinculan a ellas a sus hijos mayores? El hermano menor dedicado a los negocios es 'el mejor caballero'." En 1942, el profesor S. R. Dennison, en su informe minoritario anexo al *Informe Scott* de la Comisión sobre Utilización de la Tierra en las Zonas Rurales,[18] arrojó un jarro de agua fría sobre las propuestas de sus colegas en pro de una agricultura floreciente. Inglaterra —dice— es una sociedad urbana y no podemos permitirnos el lujo de sostener la agricultura como un método de jardinería de paisaje. La segunda Guerra Mundial ha alterado todo eso, pero la recuperación tiene que realizarse en una población de mentalidad urbana, aficionada al cine y que necesita desagües y electricidad.

Desde que el siervo ganó su "libertad", siempre ha habido en Inglaterra un "proletariado" rural; en Francia, en cambio, los labradores jornaleros no formaron nunca una clase rural fuerte. Después de la Revolución francesa, cuando los campesinos se apoderaron de la tierra, el tamaño de las posesiones era, en la inmensa mayoría de los casos, notablemente pequeño. El margen de magnitud de las gran-

[18] Cmd. 6378.

jas en Inglaterra en 1851[19] omitiendo las propiedades de menos de 5 acres, va de 5 acres a 1 000 y más,[20] mientras que en Francia una tabla[21] de propiedades tiene como categoría inferior las "muy pequeñas, menos de 2 acres y medio", y como categoría superior las "muy grandes, 250 acres y más". En 1908 había 2 088 000 de la primera y 29 000 de la segunda.

En cuanto a Alemania es imposible generalizar. En términos muy amplios, en el Oeste y el Sur, después del lento proceso de emancipación, apareció la propiedad campesina —en Baviera comprende una clase de "grandes campesinos" que poseen de 50 a 250 acres—, mientras que en el Este encontramos las enormes haciendas de los *junkers* con un tamaño medio de 2 000 acres. A fines del siglo XVII, en Mecklemburgo el 60 % de la tierra estaba en propiedades de más de 250 acres; en Württemberg y Baviera sólo el 2 %; en Baviera el 50 % de la tierra estaba en fincas de 12 acres y medio a 50.[22]

La industria se ejercitaba principalmente en Inglaterra, antes de la Revolución industrial, en las casas de los trabajadores. Había, desde luego, grupos de artesanos que trabajaban en fábricas o talleres en pequeña escala, y en el establecimiento de Jack de Newbury,

en nuestra sala, que era ancha y larga,
había doscientos telares bien fuertes,

19 Clapham, *Economic History of Modern Britain*, Cambridge, vol. II, p. 264.

20 En 1947 había 61022 fincas de menos de 5 acres y 445 de 1 000 acres y más, con un aumento desde 1938, en que había 334. (Información proporcionada por W. E. Heath, profesor de Economía Agrícola en la Escuela de Agricultura de la Universidad de Nottingham.)

21 Clapham, *Economic Development of France and Germany*. Cambridge, p. 165.

22 Clapham, *Id.*

mas la cifra es exagerada.[23] Pero tenían música mientras trabajaban, porque:

...en otro lugar inmediato
cien mujeres alegremente
estaban cardando fuerte con festivo regocijo,
cantando, sentadas, con claras voces.

Pero cada trabajador laboraba por su propia cuenta. Cuando se inventaron procedimientos para dar energía mecánica a varias máquinas a la vez, aparece ya a la vista el "satánico taller", aunque la primera fuente de energía fue el agua, cuya provisión pone límites al tamaño de la empresa. Capital e iniciativa son igualmente necesarios, y lo es también una gran fuerza de trabajo. Los hombres "nuevos" abandonaron hace mucho tiempo el ambiente constrictivo dominado por la guilda de las viejas ciudades y crearon comunidades más libres, fundando ciudades como Birmingham y Manchester. Los niños y las mujeres fueron víctimas de la máquina, y trabajaron en las minas que suministraban su energía, hasta que la legislación social, en la forma de la Ley Peel de 1802, que tendía a salvaguardar "la salud y la moral de los aprendices", las leyes de 1819, 1825 y 1833, que limitaron la jornada de trabajo de las personas jóvenes, y la ley de 1844, que amplió sus preceptos a las mujeres, impuso límites a la libertad de contratación.

Con el transcurso del tiempo, en las industrias del hierro y el acero particularmente, las unidades industriales, con sus subsidiarias, se hicieron cada vez mayores, pero no hasta el punto de desaparecer la empresa pequeña.

En 1935, diecinueve de los establecimientos de

[23] Eileen Power, *Mediaeval People*, Pelican, 1924, p. 158.

las industrias de la seda natural y la seda artificial empleaban más de 750 operarios, y aunque eran sólo el 5.5 del número total de establecimientos, producían el 57.2 de la producción total.[24] Por otra parte, en las industrias de la lana y del estambre, las 594 firmas que empleaban entre 100 y 399 trabajadores, y que formaban el 39.1 % del número total de establecimientos, producían el 48.2 % de la producción total, contra los 43 establecimientos que empleaban más de 750 trabajadores y que sólo producían el 21 % de la producción total.[25] Pero en las manufacturas eléctricas 5.7 % de los establecimientos (es decir, 37 en total), producían el 59.5 % de la producción total, y empleaban más de 1 000 trabajadores, en comparación con el 64.6 % de las empresas (422 en total) que empleaban 11-99 personas y producían sólo el 7.1 %.[26] Los informes del Partido obrero muestran que en las hilanderías de algodón las grandes fábricas tienen más de la tercera parte del total de los husos, pero hay gran número de empresas pequeñas.

En las fábricas de tejidos el tamaño medio de las unidades es mucho menor que en las de hilados, y la mayor parte son empresas privadas. Lo mismo puede decirse de las fábricas de muebles y de medias.

Para formar empresas en gran escala se requieren combinaciones de *empresarios*. Se encuentran en el antiguo Oriente y en la Inglaterra medieval, con su comercio y sus aventureros mercaderes. Más tarde, en la época de los Tudor, aparecieron las compañías Báltica, Rusa y del Levante, en las que cada socio traficaba con su propio capital, mien-

[24] Compton y Bott, *British Industry*, Lindsay Drummond, p. 58.
[25] *Id.*, p. 56
[26] *Id.*, p. 64.

tras que la Compañía de las Indias Orientales y la Compañía Africana realizaban sus negocios como corporaciones, distribuyendo ganancias y pérdidas entre los accionistas.

La necesidad de capital para financiar negocios en gran escala condujo, no obstante, a la creación de la gigantesca superestructura de las finanzas, con sus bancos y su bolsa de valores. También produjo un cambio importante en la relación entre propiedad y control. Como dicen Berle y Means:[27] "El átomo de la propiedad" se disolvió "en sus partes componentes: propiedad de control y propiedad de beneficio". En su estudio de 200 grandes compañías revelaron la enorme dispersión de las acciones. Sólo el 6 % podía decirse que estuviera bajo propiedad y control privados mediante la posesión del 80 % de las acciones. El resto estaba controlado por la mayoría de los accionistas de modo más o menos indirecto. El resultado de este alejamiento de los propietarios es que la dirección a sueldo asume una posición de importancia estratégica, en tanto que el control personal y paternal es casi una cosa del pasado. La dirección de empresas se ha hecho cada vez más técnica; se gestiona hacerla reconocer como una "profesión", y —como ya hemos visto— han sido puestas a discusión las funciones de la dirección. Cuando una organización industrial no es "privada" ni tiene rasgos particularmente de empresa, ¿por qué —se pregunta— no nombra el Estado, como autoridad pública, o alguna corporación públicamente controlada, el cuerpo administrativo de tal organización?

En el caso de los servicios públicos, en que sería indeseable un monopolio "privado", o en que el desembolso de capital es tan grande que la re-

[27] Berle y Means, *Modern Corporation and Private Property*, Nueva York, 1935, p. 8.

tribución esperada por la empresa privada requeriría un costo prohibitivo para el consumidor, el servicio suele prestarlo una autoridad local o una "corporación pública", como sucede con la British Broadcasting Company (1926), la Autoridad del Puerto de Londres (1908), el Consejo Central de Electricidad (1926), el Consejo de Transporte de Pasajeros de Londres (1933), el Consejo del Carbón (1947) y la Comisión Británica de Transportes (1948). Estos últimos son autónomos financieramente, no hay propietarios para quienes el cuerpo directivo esté obligado a hacer ganancias, y están libres de responsabilidad plena y constante ante un ministro y, en consecuencia, no son departamentos del gobierno.

Un sistema de finanzas, industria y comercio que opera en condiciones de mercado libre, puede considerarse un mecanismo autorregulador que responde a la presión de la oferta y la demanda. El precio de la mano de obra encuentra su nivel, el precio de las mercancías se ajusta por la competencia, y las necesidades de la comunidad se revelarían por sí mismas para indicar las direcciones apropiadas que debe tomar la inversión. Fuerzas económicas impersonales pueden asegurar la fácil circulación de mercancías de un modo más eficaz que el que ofrece el sistema de obligaciones consuetudinarias en una comunidad primitiva. Desgraciadamente, son muchos los factores que impiden una flexibilidad tan perfecta. El obrero es apremiado por el hambre, con lo que se pone límite a su poder de hacer escasear su trabajo, y no es indefinidamente adaptable para vender su trabajo en mercados nuevos. Además, exige —y la comunidad admite su exigencia— cierto nivel mínimo de vida.

La competencia perfecta en la industria es falseada por los monopolios, y determinados artículos

son de especial importancia porque son necesarios para la producción de otros artículos. Además, la inversión no siempre fluye por los debidos canales. El sistema de engranajes en realidad está expuesto constantemente a sufrir colapsos, y la intervención del Estado tiene que practicarle la respiración artificial. Y no es eso todo. El Estado mismo es un negocio que suministra servicios, y sus costos aumentan rápidamente, de suerte que la vida económica *en* la comunidad se realiza dentro del marco económico *de* la comunidad. Tampoco el Estado, con su economía interna, permanece aislado y solitario, salvo en algunos casos favorecidos. Una isla pequeña, con una población que se acerca a cincuenta millones de habitantes, depende, para subsistir —según sabemos por propia experiencia—, de las importaciones, y ello significa que está engranada con la estructura económica del mundo.

En Rusia, donde todas las empresas son propiedad del Estado, cada establecimiento se administra de acuerdo con el principio de "lucro y contabilidad como parte del negocio".[28] Los precios de las materias primas, los artículos producidos y los salarios que se pagan son fijados por las autoridades. De acuerdo con el plan, hay que producir cierta cantidad que rendirá un ingreso planeado, parte del cual es la "ganancia planeada" y parte los "costos planeados". La función del director es reducir los costos y aumentar la ganancia produciendo más de lo que se esperaba a una tasa más baja. Los incentivos son positivos y negativos: sobresueldos que pueden superar al sueldo básico, ascensos con el consiguiente aumento de prestigio y de privilegios, miedo a la degradación, deshonra pública o algo peor.

[28] Bienstock y otros, *Management in Russian Industry and Agriculture*, Oxford, 1944, p. 70.

Aunque es cierto que lo que sucede en Rusia se ve con demasiada frecuencia a través de la niebla del prejuicio o de las lentes color de rosa de un patriotismo a ultranza, no puede negarse que un incentivo poderoso es el entusiasmo por la causa, móvil idealista que es un tanto difícil encuadrar en las formulaciones más crudas del materialismo.

En Inglaterra los intereses antagónicos de patronos y trabajadores han dejado un sedimento de desconfianza en las mentes de estos últimos, y el principio general de "la menor cantidad posible de trabajo por los salarios más altos posibles" es un factor que milita contra la plena eficacia económica. En los Estados Unidos opera el mismo principio, pero allí está un tanto contrarrestado por el "espíritu de precursor", que supone que todas las carreras están abiertas al talento.

El conflicto de intereses a que nos hemos referido dio origen al movimiento del sindicalismo obrero. En Roma, como vimos, los trabajadores se unían en mutualidades; en la Edad Media, las guildas sociales y religiosas hacían los servicios de sociedades benéficas, y las guildas de mercaderes y artesanos servían los fines de protección y profesionales de sus socios. Los oficiales, que tenían pocas esperanzas de llegar a ser artesanos, se asociaban, como es natural, y en 1387, por ejemplo, los sirvientes de los talabarteros de Londres se rebelaron contra los "directores del oficio" y se dijo que se proponían formar una fraternidad permanente. De manera igualmente natural, se adoptaron medidas para impedir esa especie de liga, y de tiempo en tiempo se ponían en vigor reglamentaciones que culminaron en las leyes de 1799-1800. En 1824 empezó la emancipación y, aunque con retrocesos pasajeros, puede decirse que no dejó de avanzar desde entonces. En su larga y áspera lucha con los patronos, los sindi-

calistas adquirieron un espíritu de lucha y una actitud suspicaz adecuados a la función que estaban llamados a realizar. Queda por ver con qué rapidez serán capaces de adaptarse a funciones nuevas, si es que nuestra sociedad va más lejos en el camino del socialismo. Los líderes, acostumbrados como están a las negociaciones, encontrarán más fácil el paso de la hostilidad a la colaboración que los hombres de filas, para quienes los patronos son patronos, ya se trate de firmas de "propiedad privada" o de corporaciones "públicas". Queda por señalar otro rasgo del sindicalismo, y es el aumento en tamaño de las organizaciones; sus ventajas manifiestas en cuanto a aumento de fondos y poder de negociación se contrarrestan por el distanciamiento entre los líderes y los hombres de filas, lo cual hace que se prolonguen las negociaciones, con la consiguiente exasperación de aquellos en cuyo nombre se emprenden.

También los patronos se han organizado en Inglaterra, en la Federación de Industrias Británicas y la Confederación de Patronos Británicos; y en los Estados Unidos, en la Unión Nacional de Manufactureros y el Consejo Industrial Nacional.

Desde la Revolución neolítica siempre hubo diferencias de riqueza, y de tiempo en tiempo se hicieron intentos para detener la tendencia, que parece casi inevitable, de los ingresos, a diseminarse de acuerdo con una fórmula singularmente constante que recibió en manos de Pareto un enunciado exacto. Cuando la tierra escaseaba, las autoridades procuraban limitar la cantidad de tierra que podía poseer un individuo e impedir la enajenación de tierra, en particular cuando se necesitaba para sostener y equipar fuerzas armadas. En nuestros propios días se hacen intentos de igualación mediante la tributación y la redistribución en forma de servi-

cio público de una u otra clase, de suerte que la libertad de contratación se restringe por un nuevo sistema legal en el que ser niño, muchacho, madre, viuda, anciano o ciego, da derecho a privilegios que no se tendrían si no se fuera ninguna de esas cosas.

H. Campion hizo el prorrateo de la distribución de la propiedad, basándose en la trasmisión de bienes por muerte y en el cálculo del valor en capital de diferentes fuentes de ingreso.[29] Campion hace ver que en 1936 el 1 % de las personas con propiedades poseían casi el 60 % del capital privado, mientras que el 5 % poseían el 80 % aproximadamente. Pero insiste en que el crecimiento de la propiedad pública da "los beneficios, si no los derechos, de la propiedad. Por ejemplo, una renta vitalicia igual a una pensión de vejez de 10 chelines semanales desde la edad de 65 años costaría entre 250 y 350 libras si la comprase un individuo de dicha edad a una compañía de seguros".[30]

Pero además de la propiedad que se trasmite a causa de muerte, hay una cantidad creciente de pequeños ahorros en el Banco de Ahorros de Correos (Caja Postal de Ahorros), en las sociedades constructoras, en las mutualidades, etc.,[31] que ascendían a unos 2 800 millones de libras en 1936, que no se registran a menos que formen parte de bienes más cuantiosos. Durbin interpreta la importancia de este hecho como indicio de la adquisición, por parte del proletariado inglés, de las características de la pequeña burguesía, e indudablemente la supuesta amenaza a los ahorros empieza a ser útil como arma

[29] Campion, *Public and Private Property in Great Britain.*
[30] Campion, "The Distribution of Property", en *The Social Sciences*, ed. por T. H. Marshall, Le Play House, 1938, p. 42.
[31] Durbin, *The Politics of Democratic Socialism*, Routledge, 1940, p. 372.

de propaganda en manos de los partidos de derecha.

En cuanto a la distribución del ingreso, se han hecho numerosos cálculos de tiempo en tiempo, desde el de Gregory King en 1696 hasta los de los estadísticos del siglo xx, Bowley, Stamp y Colin Clark. Los cambios en la distribución entre 1938 y 1951 fueron dados a conocer en el *Annual Abstracts of Statistics* para 1954, y se reproducen en la siguiente tabla:

Número de individuos en los diferentes grupos de ingreso neto calculado en 1938-39 y 1955-56 [82]

Grupo de ingreso según impuesto 1938–39	*Individuos 1938–39*	*Individuos 1955–56*	*Grupo de ingreso según impuesto 1955–56*
125– 149 £	2 508 000	———	———
150– 249 £	4 630 000	2 210 000	180– 249 £
250– 499 £	1 940 000	8 240 000	250– 499 £
500– 749 £	375 000	6 430 000	500– 749 £
750– 999 £	132 000	2 220 000	750– 999 £
1 000–1 999 £	142 200	936 000	1 000–1 999 £
2 000–3 999 £	54 600	149 600	2 000–3 999 £
4 000–5 999 £	11 600	12 000	4 000–5 999 £
6 000 y más £	6 600	600	6 000 y más £
Total	9 800 000	20 198 200	Total

Esas cifras, debido a la mayor información exigida por la ampliación del margen de tributación, pueden dar un cuadro más exacto que los cálculos anteriores, pero hasta ahora no se ha ideado una

82 *Annual Abstracts of Statistics*, H. M. S., 1958. Adviértase que un matrimonio se cuenta como un individuo para los fines tributarios.

tabla que sea algo más que una guía poco exacta. Las dificultades del cálculo fueron analizadas por Bowley en su nota sobre el "Ingreso Nacional" (1944), en la que señala los tres factores de la situación: *1)* el ingreso calculado para fines tributarios; *2)* otro ingreso que no sean salarios, por debajo del límite de exención del impuesto sobre ingresos; y *3)* salarios. Todos ellos (en particular 2 y 3) son muy difíciles de desembrollar, y para calcular el nivel de vida de las gentes hay que saber cuánto dinero entra en cada familia, lo cual es imposible de averiguar.

Parece que en Rusia[33] desde 1921 los salarios se calculan como múltiplos de un tipo base, y que los trabajadores manuales y los oficinistas de menor categoría ganan 1-2.7 veces, otros oficinistas 1.2-3.5 veces, el personal técnico 1.6-5.0 veces, y los administradores jefes 4.0-5.0 veces, a lo que hay que añadir extras y remuneraciones diferenciales en especie.

Una mención tan breve del esqueleto del cuerpo económico no puede dar idea adecuada de su funcionamiento, cuyos principios constituyen el estudio especial de la teoría económica, y cuyas manifestaciones son de la incumbencia de la economía aplicada. El que percibe uno de los ingresos clasificados arriba, a menos que sea un economista dedicado a los estudios económicos, no ve más que la parte del sistema con la que entra en contacto. Su ingreso significa sus posibilidades de gastar y el sistema de precios con que se encuentra, y las clases de cosas que desea están determinadas por sus costumbres de clase, su gusto personal y sus aspiraciones. La escala de salarios y de sueldos está "ahí", su ingreso no ganado, si lo hay, está "ahí", y los precios están "ahí"; los cambios en su ingreso significan una

[33] Bienstock y otros, *op. cit.*, p. 92.

nueva evaluación de precios, en tanto que los cambios en los precios aumentan o disminuyen el valor de su ingreso.

En general, está prendido en una red de relaciones causales de las cuales se siente víctima, pero a las cuales, de hecho, contribuye. El sistema económico proporciona uno de los ejemplos notables de una concatenación de resultados inesperados que nacen de móviles conscientes de naturaleza relativamente simple. Desde luego, el grado en que esos resultados inesperados puedan ser previstos depende de la perspectiva del participante. De personas acostumbradas a hacer presupuestos semanales no puede esperarse que tengan en cuenta las repercusiones más remotas de su conducta económica, ya sea en los gastos o en la demanda de salarios más altos. Por otra parte, personas cuya práctica es planear para años futuros están mejor situadas para apreciar los resultados de los diferentes rumbos de acción que tienen ante sí. Pero incluso el planificador, que domina todo el campo, está obligado a respetar la "lógica de la situación" y a darse cuenta de que aun con una indefinida adaptabilidad de máquinas y hombres, no se pueden sacar por arte de magia dos litros de un jarro de un litro.

Las sociedades en pequeña escala, dentro de los Estados soberanos, no crean una economía interna del mismo modo que crean un sistema de poder interno. En circunstancias peculiares, no obstante, puede ser así, y R. A. Radford ha descrito esa evolución económica en un campo alemán de prisioneros de guerra.[34]

[34] R. A. Radford, "The Economic Organization of a P.o.W. Camp", *Economics*, 1945, vol. XII, p. 189.

VI. ESTRATIFICACIÓN SOCIAL

AL CAMBIAR de lentes una vez más, vemos a las sociedades, grandes y pequeñas, estratificadas, al modo de helados napolitanos, en franjas de prestigio. Esa estratificación puede basarse en diversos principios interpretativos: hombre libre y hombre no libre; casta, situación, clan; ocupación; jerarquía administrativa; o nivel del ingreso, como vimos en el capítulo anterior.

El primer método de clasificación distingue el hombre libre, el liberto, el esclavo y el siervo. El esclavo, cuyos derechos se reducen en algunas comunidades a una cantidad negativa, está tan a la disposición de su amo, que se le clasificó como un "bien"; pero Westermarck[1] discute lo apropiado de esta atribución. Para Westermarck la "esclavitud" es esencialmente una institución industrial, que implica trabajo forzoso más allá de los límites de las relaciones familiares, y defiende su posición observando que el esclavo es protegido de diferente manera de una cultura a otra, al igual que lo son los animales domésticos. La dificultad indudablemente podría superarse con una noción de la "propiedad", como constelación de derechos exclusivos, más compleja que la noción común, según la cual es algo con lo que un individuo puede hacer lo que quiera, siempre que no perjudique a su vecino. Pero sea cual fuere la opinión que se adopte en cuanto a la casilla apropiada para el concepto 'esclavitud", debe entenderse claramente que la situación del esclavo es menos uniforme de lo que suele

[1] Westermarck, *Origin and Development of the Moral Ideas*, Macmillan, 1912, vol. I, p. 670.

creerse. Puede ser comprado y vendido, y va adscrito a la finca de su amo cuando ésta pasa a otro dueño, pero su trato y el grado de protección que se le dé varían de un lugar a otro y de una época a otra. No aparece sino cuando las condiciones económicas hacen posible alimentarlo, o lucrativo emplearlo. Procede de diversas fuentes: la guerra, incursiones o *razzias*, compra, nacimiento, o prisión por deudas. Como doméstico puede recibir trato bondadoso, y desempeñar funciones de confianza. Como trabajador en la *ergástula* o en la mina, puede recibir tan mal trato como los prisioneros políticos modernos.

La servidumbre supone adscripción al suelo o gleba. Por autoentrega, deuda o conquista, los que antes eran libres están entonces sujetos, también en condiciones variables. Solían tener una parcela de tierra en campo abierto, que podían cultivar por sí mismos a cambio de trabajar la tierra de su señor, a lo que podían añadirse diversidad de derechos pagaderos en determinadas circunstancias, por ejemplo: *heriots* antes de tomar posesión de una hacienda, *merchet* cuando se casaban sus hijas,* y debían comparecer ante tribunales diversos y someterse a ellos. Podían ser vendidos con la tierra, y no se les permitía abandonarla a voluntad; pero, lo mismo que con la esclavitud, su situación variaba de un lugar a otro y de una época a otra. En Europa durante la Edad Media su situación estaba reglamentada; podían apelar al tribunal local del seño-

* En el derecho feudal inglés llamábase *heriot* un tributo que, al morir un vasallo, pagaba al señor el vasallo que le sucedía en la tenencia de las tierras y que en un principio consistió en los caballos y las armas del muerto. Cambió mucho en el transcurso del tiempo. El *merchet* era otro tributo que pagaba el vasallo para que el señor autorizase el matrimonio de sus hijas. También cambió en el curso del tiempo. [T.]

río, formado por vecinos suyos, y basar su alegato en la costumbre inmemorial. Pero los habitantes no libres de Inglaterra variaban en el grado de falta de libertad. *Socmen*, villanos, *bordars* y *cottars** tenían tierras del señor en diferentes condiciones,[2] y la distribución de individuos con tareas más o menos pesadas variaba de una parte del país a otra: en los condados del Este, por ejemplo, había más individuos con trabajos ligeros que en los del Oeste, debido a la influencia de la ocupación danesa.

En cierto sentido, los no libres se mezclaban con los libres en los tiempos feudales, pero si trazamos una línea arbitraria y miramos por encima de ella, o si pensamos en una sociedad en la que todos los hombres son libres ante la ley, nos encontramos con una estratificación basada, no en la presencia o la ausencia de deberes serviles, sino en la estimación sentida y admitida de los conceptos de superioridad e inferioridad. "Las clases sociales —dice Ginsberg—[3] pueden considerarse como partes de la comunidad, o conjunto de individuos que están entre sí en una relación de igualdad, y separadas de otras partes por normas consagradas de inferioridad y superioridad." Son esenciales la actitud subjetiva y la conducta objetiva. Como observa T. H. Marshall:[4] "La esencia de la clase social es el modo como un individuo es tratado por sus prójimos (y,

* Un *socman, sokeman* o *socager* era el vasallo que tenía tierras del señor en *socage*, es decir, sometidas al *soke* o jurisdicción del señor, y estaba obligado a pagar ciertos derechos y prestaciones. El *bordar* tenía vivienda y tierras del señor y estaba obligado a prestarle servicios domésticos. El *cottar* ocupaba una posición poco superior a la del siervo e inferior a la del *bordar*. [T.]

2 *Cf*. Vinogradoff, *English Society in the Eleventh Century*, Oxford, 1908.

3 Ginsberg, *Sociology*, H.U.L., p. 159.

4 Marshall, *Sociological Review*, vol. XXVI, 1934, p. 60.

recíprocamente, el modo como él los trata a ellos), no las cualidades ni la posesión que es causa del trato." Cada clase social es un grupo en el que se encontrará determinada conducta con más probabilidad que en otros; determina en gran medida las "oportunidades de vida" de sus individuos, y frecuentemente se caracteriza por costumbres de matrimonio y comensalía.

Los sistemas de estratificación de esta clase pueden ser "cerrados" o "abiertos", es decir, que puede ser fácil, difícil o imposible pasar de una clase a otra. En el último caso, es oportuno usar la palabra "casta", y, desde luego, el principal ejemplo de semejante sistema jerárquico cerrado se encuentra en la India.

El sistema indio de castas forma una "sociedad plural" orgánica, cuyas unidades son teóricamente endogámicas, y se caracterizan por reglas estrictas de comensalía administradas en la mayor parte de los casos por un consejo de cinco individuos (*panchayat*). Hay unas 3 000 castas, la mayoría de las cuales tienen una ocupación tradicional, en tanto que algunas conservan una unidad de descendencia tribal o de culto de secta. Forman una jerarquía, con las diferentes castas de brahmanes invariablemente a la cabeza, pero al descender por la escala las situaciones varían geográficamente y de una época a otra. Con este encasillado, el "sistema de castas ha ofrecido un lugar en la sociedad en el que cualquier comunidad, ya sea racial, social, profesional o religiosa, puede ser acomodada como parte cooperadora del todo social, a la vez que conserva su carácter distintivo y su vida individual independiente".[5]

Los orígenes del sistema son complejos. En la

[5] Hutton, *Caste in India*, Cambridge, 1946, p. 101.

época védica los invasores arios parecen haberse dividido en cuatro clases (o *varnas* = colores): brahmanes, chatrías, vaizias y sudras. Según Hutton, probablemente encontraron a los habitantes pre-arios divididos en unidades tribales parecidas a castas, con reglas mágicas estrictas acerca de la comida, lo cual considera él como "probablemente la piedra clave de todo el sistema".[6] La estructura resultante lleva las huellas de la superposición de una sociedad jerárquica patrilineal a un conjunto celular de tribus matrilineales y de las prácticas restrictivas de grupos dedicados a la misma ocupación, unificado el conjunto sobre la base de tabús alimenticios primitivos sistematizados por las castas de los brahmanes para su propio engrandecimiento y hecho aceptable por la doctrina del *Karma,* según la cual el pertenecer a una casta es consecuencia de la buena o mala conducta en una vida anterior, en tanto que el renacer en una casta superior pueden lograrlo quienes se conducen adecuadamente en la casta en que nacieron.

El sistema indio de castas es único. En el Imperio romano de Occidente aparecieron en los siglos IV y V grupos profesionales hereditarios, pero era una organización puramente profesional y establecida desde arriba; no presenta ninguna de las características mágicas de la variedad india. Según Heródoto, en Egipto había siete grupos profesionales, que eran también hereditarios, y en el caso de los sacerdotes y los porquerizos contenían elementos rituales y tabús, pero tampoco había las restricciones a las relaciones entre las castas que encontramos en la India.

Otro sistema de estratificación es el sistema de "posiciones" o "clases" de la Europa feudal, que

[6] Hutt, *op. cit.*, p. 62.

no alcanzó su pleno desarrollo hasta el siglo XII.[7] Los señores feudales y sus vasallos más importantes podían arrancar por la fuerza inmunidades de tributación y otras exigencias administrativas, y fueron confirmados en la jurisdicción de su gobierno local en parte porque no se disponía de otro procedimiento de gobierno local, y en parte porque la administración central era demasiado débil para suprimirlos. Esas posiciones, que sin duda fueron personales originaria y teóricamente, se hicieron hereditarias gradualmente, y así se formó como un cuerpo cerrado una clase de la "nobleza" con su sentido de la familia, sus privilegios y su conducta caballeresca. La Iglesia siguió el ejemplo, y obtuvo sus propias inmunidades y sus privilegios jurídicos legalmente consagrados. Las características especiales del sistema de "posiciones" en Francia y Alemania consistieron, en realidad, "en que la desigualdad no era primordialmente económica, sino jurídica, y que a pesar de grandes disparidades de riqueza, descansaba sobre diferencias, no meramente de ingreso, sino de situación legal. Los derechos civiles, para no hablar de los políticos, no eran idénticos para todos los hombres, sino graduados de clase a clase".[8] Los dos "estados" de la Iglesia y la nobleza eran convocados para asesorar al rey, y a ellos se sumó en Francia en el siglo XIV el *tiers état*, el tercer estado, formado por los representantes de las ciudades.

Los burgueses, tanto en Inglaterra como en Francia, tenían sus inmunidades y privilegios, y toda la sociedad estaba así —más en la teoría que en la práctica, indudablemente— dividida en una clara jerarquía de grupos, cada uno de los cuales se con-

[7] M. Bloch, *La Société Féodale. Les Classes et le Gouvernement des Hommes*, París, 1940.
[8] Tawney, *Equality*, Allen and Unwin, 1931, p. 121.

sideraba que desempeñaba una función necesaria en el funcionamiento del Estado. Se esperaba, ciertamente, que los individuos de las clases cumplirían sus deberes en la situación en que le había placido a Dios colocarlos. Ese sentido de la función apropiada, del privilegio legítimo y de la conducta adecuada, es de gran importancia para la comprensión de los sistemas de clases alemán e inglés. En Francia, no mucho después de las indignadas invectivas del duque de Saint-Simon contra las pretensiones de los abogados y los individuos recién ennoblecidos en la corte de Luis XIV, fue barrido súbitamente todo el sistema de privilegios. En Inglaterra y Alemania fue lentamente modificado hasta dejar de existir, pero en Alemania subsistieron durante mucho tiempo el formalismo y el sentido de "posición".

Por lo que concierne a las relaciones entre individuos de diferentes "estados", pueden ser más fáciles que en un sistema competitivo "abierto", porque ninguna de las partes tiene "pretensiones", y, salvo en el ejército y en la Iglesia, está fuera de lugar la idea de "ascender en la escala social": nobleza obliga, y el inferior está dispuesto a ser servicial.

En Inglaterra no existió en realidad el sistema de estados cerrados. Había, indudablemente, un sentido de gradación, y en 1363 un decreto de Eduardo III, publicado para regular el comercio, estableció reglas suntuarias para la indumentaria de los sirvientes, los artesanos y labradores acomodados, los caballeros, etc., pero según Pollock y Maitland, "Los hombres son libres o siervos; no puede decirse mucho más. En comparación con la tenencia de propiedad, la posición legal no tiene importancia." [9]

[9] Pollock y Maitland, *History of English Law*, vol. I, Cambridge, 1911, p. 407. *Cf.* Block, *op. cit.*, p. 75, "*En el sen-*

En los primeros tiempos no había el desprecio por el comercio que hubo después, los hijos menores nunca se agruparon en una casta noble, y el ennoblecimiento de los comerciantes florecientes mantuvo abiertos los canales de la circulación. Trevelyan nos dice que en tiempo de los Tudor "los individuos y las familias pasaban de una clase a otra por adquisición o pérdida de propiedad, o por simple cambio de ocupación".[10] De suerte que "la actitud despectiva afectada por alguna gente bien nacida hacia el 'mancharse las manos con el comercio' era particularmente absurda, porque casi todas esas familias habían subido total o parcialmente por el comercio, y muchas aún estaban dedicadas a él de hecho".

Esta facilidad de intercambio no quiere decir que los ricos no fueran fustigados con frecuencia; la riqueza eclesiástica fue blanco constante de denuestos. Los derechos mismos de propiedad fueron discutidos por John Ball en el siglo XIV y por Levellers en el XVII, pero no pasó de ahí. El derecho consagrado de la clase acomodada a predominar en el gobierno local y en la administración central duró hasta años muy recientes, y Weber observa que "sin antecedentes específicos y terratenientes no hubiera surgido jamás el 'espíritu' peculiar de la *gentry* inglesa".[11]

Así, pues, el sistema de "estados", tal como existió en Inglaterra, se convirtió gradualmente en el sistema de "clases" que hoy conocemos. La dinámica del cambio fue el desarrollo económico, que operó con resultados un tanto diferentes en la ciu-

tido francés o alemán de la palabra, la Inglaterra medieval no tuvo nobleza... En el suelo inglés el simple hombre libre en derecho apenas se distingue del gentilhombre."

[10] Trevelyan, *English Social History*, p. 162.

[11] Weber, *op. cit.*, vol. IV, p. 196.

dad y en el campo, para producir dos espectros de luz que de ningún modo son fáciles de acomodar entre sí. Las diferencias en un sistema de clases abiertas son subjetivas, en el sentido de que son lo que son porque son admitidas, y se manifiestan en una conducta adecuada. El sistema de estados propiamente dicho se puede definir objetivamente como privilegio legalizado, pero los criterios objetivos no se aplican en una estructura de clases; los criterios objetivos que se usan a veces, como el de profesión, implican una jerarquía de clases. La Iglesia, el ejército, la armada y las profesiones adquirieron prestigio porque la gente acomodada ingresó en ellas, y, a la inversa, son ocupaciones "convenientes" porque tienen prestigio. La posición ambigua del subastador y el dentista se debe a que no fueron "admitidos" socialmente sino hasta tiempos recientes.

No quiere esto decir que la clase no tenga importancia: tiene una importancia enorme. Impone el tipo de cultura íntima que prevalece en diferentes niveles y expresa "los valores que las sociedades atribuyen a modos diferentes de vida".[12] En nuestra sociedad, que los norteamericanos consideran más gobernada por las clases que la suya (juicio que nos hacen poner en duda estudios recientes sobre las relaciones de clase en los Estados Unidos), es posible, pero no fácil, el paso de una a otra, lo cual tiene por consecuencia, como observa Ginsberg, "avivar la conciencia de las diferencias, ya que se sentirá con frecuencia el fuerte deseo de subir o el miedo a descender en la jerarquía social".

La clase se manifiesta exteriormente en cosas como el lenguaje y la ropa, y como las "clases altas"

[12] Ginsberg, *Sociology*, p. 160.

fueron al principio más ricas que las inferiores a ellas, pudieron dar el tono a la educación que servía para *culturizar* a la generación que seguía a los que habían hecho dinero en la industria y el comercio. La clase, como hemos visto, determina en gran medida los compañeros que se tienen y los tipos de sociedades y clubes a que uno pertenece; este rasgo fue objeto de intenso estudio en una ciudad norteamericana por Warner y Lunt en su *Yankee City Series*.

La "yankee city" tiene unos 17 000 habitantes, que pertenecen a diferentes grupos sociales: familias, camarillas, asociaciones, etc. Algunos de esos grupos se limitan a un solo estrato social, otros contienen individuos de más de una clase. La conducta de una persona está determinada en parte por su posición en el grupo con que está asociado en un momento dado: por ejemplo, un individuo de clase media de una camarilla que contiene también individuos de la clase alta, se portará de manera diferente en presencia de sus consocios que cuando está en compañía de individuos de una camarilla que sólo contiene gente de la clase media. En los dos casos ocupa posiciones características dentro del que los autores llaman "sistema de posiciones". Dichos autores hicieron un análisis minucioso de las posiciones posibles en que puede encontrarse un individuo, y hay no menos de 89.[13] El análisis fue hecho desde un punto de vista behaviorista, y revela la preocupación por las diferencias de clase, que acompaña a una movilidad grande entre las clases.

El resultado de esta segregación relativa de comensalidad y de endogamia de clase es la creación de modos de vivir y de pensar marcadamente dis-

[13] *Yankee City Series*, vol. II, *The Status System of a Modern Community*, Yale University Press, 1942.

tintos al pasar de una clase a otra, aunque, como en un espectro luminoso, no hay una línea divisoria clara entre una "banda" y otra. Por lo tanto, el intento de determinar el número de clases tropieza con una dificultad insuperable. La división habitual en tres: "alta", "media" y "baja", se amplió en los estudios norteamericanos[14] hasta seis: "alta-alta", "alta-baja", "media-alta", "media-baja", "baja-alta" y "baja-baja", pero, por fina que sea la diferenciación, siempre habrá disputas sobre quién pertenece a determinado grupo y sobre la base de la clasificación. Un criterio behaviorista de trato interpersonal, de ademanes de respeto, de camaradería o de altivez, es demasiado difícil de aplicar con alguna esperanza de buen éxito. Quizá pueda encontrarse un criterio más "objetivo" basándose en las normas de gasto, como sugiere R. G. D. Allen,[15] pero también aquí la recopilación de datos presenta dificultades casi insuperables. En la actualidad sólo podemos atenernos a una tipología impresionista.

Las "clases altas", que heredaron la tradición de la "hidalguía", pueden permitirse una desenvoltura de maneras basada en la seguridad. "Cuanto más alto es el rango —escribe Frances Pelham en *Pelham* de Bulwer Lytton—, menos pretensiones, porque hay menos que pretender. Ésta es la principal razón de que nuestras maneras sean mejores que las de las 'personas bajas': las nuestras son más naturales, porque no imitan las de nadie; las suyas son afectadas, porque imitan las nuestras." El que clasifiquemos a los "profesionales" en la clase media-baja o en la media-alta es pura cuestión del refina-

14 Warner y Lunt, *Social Life in a Modern Community*, Yale, 1941.

15 "Social Levels and Patterns of Expenditure", por R. G. D. Allen, en *Clan Conflict and Social Stratification*, ed. por T. H. Marshall, Le Play House, 1938, p. 44.

miento de nuestra clasificación, pero al "descender" en la escala entramos en un mundo que se preocupa por las apariencias: las sardinas se sirven en un fino recipiente de vidrio de forma *ad hoc*, el mantel toma una posición diagonal sobre la mesa de té, alrededor de la cual se oyen nuevos sonidos vocales y palabras nuevas, y, cuando cada uno ha tomado su servilleta de papel, se "empieza" a comer. También pasamos, a través de gradaciones sutiles, pero vitalmente importantes, a un mundo en el que los salarios y la escasez de dinero son materias frecuentes de conversación, en que las comidas están determinadas por las horas de trabajo y de asueto, y en que el deseo de no estar obligado se expresa diciendo: "No me importan las formalidades", porque muchas veces resulta imposible devolver un favor. La preocupación por pequeñas cantidades de dinero, la privación de pequeñas comodidades, la molestia de "desenmascararse" delante de sus propios hijos porque no puede uno permitirse darles los juguetes que anhelan, y el deseo de vez en cuando de llamar la atención con una boda o un funeral, y otros ciento y un rasgos de la vida de la clase trabajadora, son de gran importancia para comprender el ambiente de donde procede la inmensa mayoría de la población.

En el campo existe una jerarquía análoga, pero con una historia un tanto diferente tras de sí. La aparición del agricultor hidalgo, la adquisición, por parte de los hacendados acomodados, de las tierras confiscadas a la Iglesia, vendidas por la Corona o distribuidas por el Parlamento durante la Guerra Civil y, después,[16] la aparición del "caballero", del juez de paz, el movimiento de grandes haciendas en el siglo XVIII, y las vicisitudes de la agricultura

[16] Tawney, "Harrington's Interpretation of His Age", *Proc. Brit. Ac.*, vol. XXVII, p. 24.

cuando empezamos a importar cereales de Ultramar, todos estos factores tuvieron su efecto sobre la estructura rural de clases. El sistema de "estados" todavía parpadea en comarcas remotas, pero es imposible "situar", pongamos por caso, al agricultor que explota una granja de 1 000 acres y al que puede invitarse a la *garden-party*, pero no a comer, en una posición que equivalga exactamente a una posición de la escala urbana.

La estructura de clases, como la exponemos aquí, es asunto de detalles íntimos de vida, pero el problema total de las clases recibió, naturalmente, un tratamiento distinto en manos de los teóricos marxistas. Para ellos, la clase está determinada por los intereses y las oportunidades económicas, y es significativo que los autores alemanes, como Weber, dispongan de dos palabras: *Klasse* (clase), que Weber[17] define en relación con la oportunidad económica, y *Stand* (estamento), que define en relación con la "estimación social". La teoría marxista es sencilla. Después de una historia de otros conflictos de clase, los propietarios de los medios de producción hacen frente al proletariado; el número de los primeros disminuirá, y la clase media se irá proletarizando gradualmente, "será precipitada en el proletariado", como dice el *Manifiesto Comunista*, de modo que un proletariado numeroso podrá entonces expropiar a los opresores y entrar en una sociedad sin clases. Este sencillo esquema no se ha realizado. Aún subsisten los pequeños negocios, y los grandes negocios han tenido que crear una burocracia propia: la nueva clase media de los técnicos y de los trabajadores de oficina, que se consideran un estrato por encima del trabajador manual. El porcentaje del ingreso dedicado a salarios en 1911

[17] Weber, *op. cit.*, vol. IV, pp. 55-57 y 60.

era el 39.5, y el dedicado a sueldos el 15.6. En 1934 esos porcentajes eran el 41.5 y el 26.5 respectivamente.[18] En abril de 1939 había 382 709 empleados civiles no industriales en departamentos con más de 1 000 individuos; en abril de 1947 la cifra era de 702 363. (*The Times*, 2 de julio de 1947.)

Desde el punto de vista del antagonismo de clases, la clase media no está muerta ni mucho menos; pero al mismo tiempo sería erróneo afirmar que ese conglomerado amorfo actúa como una unidad política.

Además de determinar el modo de vida, la clase determina muchas veces dónde vivirán sus individuos, y los cambios de hábitos residenciales han dejado su huella en el trazado no planificado de nuestras ciudades. Al extenderse los nuevos medios de transporte, las "zonas residenciales" de la ciudad fueron abandonadas por irse la gente a vivir a mansiones de las afueras: "La costumbre de la mayor parte de los caballeros y los nobles es residir (si es que pueden) en los suburbios de la ciudad, porque casi siempre, al ser allí el aire más puro, el lugar es saludable." Esto lo cita Mumford[19] de *The English Courtier*. Esos suburbios a su vez son invadidos por la ciudad que se extiende, y sus habitantes se internan más en el campo. Pueden hacerse intentos para mantener las calles suburbanas selectas libres de gente cuyo uniforme revela su trabajo, pero una vez que logran establecerse allí, el distrito está condenado a decaer, y los que pueden permitírselo huyen, mientras que los que no pueden se excusan. Cuando pueden huir, recorren el campo en busca de una "casa de ensueño en medio de árboles, salón con chimenea, galería

[18] Clark, *National Income and Outlay*, Macmillan, 1937, p. 94.

[19] Mumford, *Culture of Cities*, Secker and Warburg, 1940.

para tomar el sol, tribuna para músicos, 4 dormitorios, baño, etc.; acre y medio; a 28 millas de Londres".[20]

Esta ecología social se ha observado en los Estados Unidos. En *Social Systems of American Ethnic Groups,* de Warner y Srole, por ejemplo, la "ciudad yanqui" se divide en cuatro zonas. Dando frente al agua, en la Calle del Río, viven los pobres y los inmigrantes nuevos, en la Calle de la Colina viven las clases altas y los ricos; entre ellas está la ladera, llena de resistencias a medida que el individuo se aleja del río, mientras que fuera de la ciudad está la Zona IV, "una puerta secundaria de entrada" en la que se agazapan pobres recién llegados que esperan su oportunidad para tomar parte en la competencia por residir en un barrio "bonito".

En tiempos de gran expansión económica la movilidad de las clases es muy activa; en condiciones de estabilidad, o en el cierre final de una frontera, se hace lenta. En estas últimas circunstancias, cada clase tiende a reclutarse entre sus propios individuos.[21] En Inglaterra, Ginsberg emprendió un grupo de estudios en el que las ocupaciones de los hijos fueron comparadas con las de los padres y abuelos; se manifestó una ligera tendencia a subir.[22]

Adoptando un punto de vista más amplio, podemos preguntarnos si los que están a la cabeza en el comercio y las manufacturas en un momento dado, son seguidos por sus propios descendientes o si los reemplazan de tiempo en tiempo nuevas olas de hombres "nuevos". Pirenne analizó las oleadas sucesivas de empresarios, desde los mercaderes ambulantes del siglo XI (Godrich de Finchale) hasta la Revolución industrial, que operaron en fases

[20] Anuncio en *The Times,* 30 de julio de 1947.
[21] *Cf.* Sorokin, *Class Mobility.*
[22] Ginsberg, *Studies in Sociology,* Methuen, 1932.

de libertad y de reglamentación.[23] Los aventureros que tuvieron éxito en cada fase se establecieron como rentistas y compraron tierras, mientras que hombres "nuevos" buscaban su lugar en un mundo dominado por las "restricciones de los viejos", o roturaban terreno nuevo cuando las restricciones eran demasiado fastidiosas. A conclusiones análogas, en la escala más detallada del comercio medieval de la lana, llegó Eileen Power.[24] También aquí se da el caso de hombres "nuevos" que aprovechan oportunidades nuevas, y no de hombres establecidos que cambian de papel.

Asimismo, Pareto[25] formuló una teoría general de la circulación "de minorías". Según él, las diferencias de los hombres en su formación psicológica repercuten de modo importante en el aspecto social. Los que están bien dotados de lo que él llama los "residuos de combinaciones" son inventivos, emprendedores y "especuladores", mientras que los que tienen los "residuos de la persistencia de agregados" bien desarrollados son conservadores, estabilizadores y *rentistas.* A los primeros se les deben las fases de expansión, pero tienen que recurrir a los segundos —los "zorros"— para que les ayuden a consolidar su posición.

Después, el régimen de rentistas es desplazado a su vez por los "leones" de iniciativa, y así continúa el proceso, sin fin.

En una sociedad que ha alcanzado la estabilidad y ha saturado su zona, de manera que ya no hay Oeste al que puedan huir los espíritus emprendedores, la movilidad social tiene que ser difícil. Los servicios educativos tienden a estar más a dispo-

[23] Pirenne, *Les Périodes de l'Histoire sociale du Capitalisme.*

[24] Power, *Mediaeval English Wool Trade,* Oxford, 1941.

[25] Pareto, *Mind and Society,* El Cabo, 1935, vol. IV.

sición de la clase dominante,[26] el "ambiente social" propende a estorbar a los aspirantes. En el pasado reciente las posibilidades de "subir" eran mucho más escasas que ahora. En el siglo XIX se invirtió la marea cuando los empleos civiles se cubrieron mediante exámenes en que competían los candidatos. Trollope[27] estaba furioso.

> Como lo que yo escribo ahora seguramente no será leído hasta después de mi muerte —dice en su *Autobiografía—*, puedo atreverme a decir lo que nadie se atreve a decir ahora en letra impresa. Bastantes de nosotros lo susurramos de vez en cuando en los oídos de los amigos. Hay lugares en la vida que difícilmente pueden ser bien ocupados si no es por "caballeros". Es ésta una palabra cuyo uso casi lo expone a uno a la ignominia... En el servicio civil los empleos debieran darse exclusivamente a caballeros.

Las innovaciones en educación hace mucho tiempo que dejaron anticuada esa actitud, pero los sentimientos expresados en ella no dejan de oírse. Finalmente, tenemos que decir que en todos los regímenes hay casos excepcionales de movilidad, como, por ejemplo, la distinción en el mundo del arte, de las letras, de las ciencias o de los deportes, y en un régimen autocrático el capricho de los gobernantes puede elevar al inferior a un rango elevado, de lo que es ejemplo el cuento que acerca de Carlomagno narra el monje de St. Gall: los hijos de algunos nobles no habían aprovechado las oportunidades educativas que se les habían dado tanto como los hijos de hombres pobres, y el em-

26 Para los Estados Unidos véase: Lloyd Werner y otros, *Who Shall be Educated? The Challenge of Unequal Opportunities,* Kegan Paul, 1946.

27 Trollope, *Autobiography*, Shakespear Head ed., 1929, p. 29.

perador, favoreciendo el talento a expensas del nacimiento, dio "espléndidos obispados y abadías" a los últimos y muestras de desaprobación a los primeros.

El problema de las clases en Rusia es interesante, porque oficialmente el régimen es un régimen sin clases. Pero hemos visto que hay señaladas diferencias de ingreso y de privilegios, aunque ello, según se dice, no produce niveles de vida muy desiguales,[28] y aunque es posible la inversión, es muy poco lo que puede trasmitirse por herencia, canal que es de la mayor importancia para perpetuar las diferencias económicas.[29] Otro factor que puede dar nacimiento a diferencias de clase en Rusia, y desde luego perpetuarlas, es la diferencia de oportunidades educativas. Antes de 1940 la enseñanza secundaria (de los 15 a los 17 años) era gratuita para todos los que aprobaban el examen requerido; desde 1940 se cobra una pequeña cuota a todos menos a los muchachos muy brillantes, pero se esperaba hacer obligatoria la segunda enseñanza para todos los muchachos en 1960, fecha en que se suprimirían todas las cuotas.

La clasificación por profesiones es puramente objetiva, y sólo toma un aspecto jerárquico como reflejo de la estructura de clases existente, aunque ciertos trabajos, como la metalistería, fueron señalados de una sociedad a otra como poseedores de una virtud o de una bajeza intrínseca. En una sociedad en que hay una burocracia literaria bien atrincherada (China) —o una aristocracia terrateniente y militar (Japón)— la industria y el comercio suelen ser tenidos en poca consideración; pero,

[28] Bienstock y otros, *Management in Russian Industry and Agriculture*, p. 26.

[29] *Cf.* Wedgwood, *The Economics of Inheritance*, Routledge, 1929.

como hemos visto, no fue ese el caso en los primeros tiempos del desarrollo comercial de Inglaterra. Todo esto no quiere decir, naturalmente, que no haya conexión entre la clase y la ocupación. Cuando se atribuye prestigio social a ciertas ocupaciones, las preferirán los individuos de las clases altas, y el acceso a ellas desde abajo conferirá cierta posición de clase. En 1911 el Registrador General intentó una clasificación jerárquica de las ocupaciones inglesas en cinco clases:

Clase I: capitalistas, gerentes, científicos, artistas, profesionistas, etc.
II: pequeños comerciantes, profesionistas de menor categoría, agricultores, etc.
III: obreros especializados.
IV: obreros semi-especializados.
V: obreros no especializados.

Y en 1921 los porcentajes de la población correspondientes a esos grados fueron los siguientes:[30]

Todas las clases	I	II	III	IV	V
100	2.33	20.35	43.47	20.45	13.40

Esta clasificación aproximada se usa con frecuencia para fines estadísticos, por ejemplo para determinar el grado de inteligencia necesario para cada clase de ocupación, o las diferencias de mortalidad o de frecuencia de ciertas enfermedades entre las clases.

En 1950 John Hall y D. Caradog Jones[31] hicieron una nueva escala, llamada "escala Hall-Jones", que sustituyó en gran medida a la del Registrador General para fines de investigación. Comprende las siguientes siete clases profesionales:

[30] Ginsberg, *Sociology*.
[31] *British Journal of Sociology*, I, p. 31, 1950.

1. Profesionistas y altos empleados administrativos.
2. Gerentes y ejecutivos.
3. Inspectores, supervisores y otros empleados no manuales, grado superior.
4. Inspectores, supervisores y otros empleados no manuales, grado inferior.
5. Trabajadores manuales especializados y no manuales de trabajo rutinario.
6. Trabajadores manuales semi-especializados.
7. Trabajadores manuales no especializados.

Los cambios en el nivel de prestigio del trabajo pueden deberse en parte a cambios en la remuneración, en parte a cambios en la técnica, que exigen altos niveles de preparación, en parte a los esfuerzos de las personas empleadas en ciertas ocupaciones para alcanzar una "situación profesional", como suele llamarse. Uno tras otro se hicieron "respetables" el derecho, la medicina, la cirugía, etc., que garantizan altos niveles de conducta profesional y de eficacia bien adiestrada.[82] Estos factores, el aumento de remuneración y la capacidad técnica, no garantizan de ningún modo un prestigio social mayor: un trabajo de oficina puede tener más prestigio, aunque esté peor pagado, que otro que implique tener que mancharse las manos, y la capacidad mecánica que ahora se le pide al obrero agrícola no mejoró su posición social. Por otra parte, indudablemente mejoró la posición del cazarratas, ahora que se le llama "guarda de roedores".

La última base de clasificación que necesitamos examinar es la que se funda en la posición administrativa. Las diferencias de jerarquía en los servicios, las diferencias de responsabilidad en la dirección de las industrias y la jerarquía graduada de la Iglesia, son ejemplos claros. Insignias de jerar-

[82] Carr-Saunders, *The Professions*, Oxford, 1933.

quía y ropas especiales manifiestan con frecuencia la posición administrativa, y en los servicios civiles se distinguen los grados por la forma de la silla en que se sienta el funcionario y por el tamaño del escritorio en que escribe. "En el Departamento de la Renta Interior había antes de la guerra la norma de 100 pies cuadrados para el primer empleado de una oficina, y de 60 pies cuadrados para cada una de las personas subsiguientes."[33] Estas estratificaciones oficiales se encuentran en todas las unidades de la administración, desde los imperios del Mundo Antiguo y el Imperio inca del Perú hasta las fábricas y las organizaciones de *Girl Guide* y de *Boy Scout* de hoy.

Esas jerarquías —nivel del ingreso, prestigio profesional, posición oficial y clase social— están todas íntimamente relacionadas. En términos generales, se encontrarán individuos de las clases altas de la escala social en los sectores superiores de las otras jerarquías; y, a la inversa, quienes conquistan posiciones elevadas en los grados profesionales, de ingreso o de empleo, mejoran su posición social y la de sus hijos. Pero los cuatro métodos de gradación no agrupan exactamente a las mismas personas en sus estratos superior, medio e inferior. Un individuo puede tener una posición social relativamente elevada, un ingreso de tipo medio, una situación profesional relativamente alta y diferentes categorías administrativas según el papel que desempeñe en las unidades administrativas a que pertenezca.

Esto pone de manifiesto el carácter impregnante y objetivo de los "sistemas funcionales" de que nos hemos ocupado: el sistema de poder, la estructura económica y las estratificaciones sociales. Los hom-

[33] Testimonio ante una Comisión Investigadora del Ministerio del Interior, reseñado por *The Times*.

bres y las mujeres que nacen en una comunidad los encuentran ante sí objetivamente. Empiezan por ciertas oportunidades de vida determinadas por la posición de su familia en la configuración social, y su acción social y sus relaciones subsiguientes con sus prójimos están determinadas por las normas de la vida social ya existentes, pero siempre cambiantes, en que están encuadrados. La actividad y la práctica económicas se realizan dentro de un marco ya existente; las posiciones clave de poder, si bien pueden cambiar de tiempo en tiempo, son en todo momento una parte del paisaje social y, como tales, independientes del individuo particular que tiene que tomarlas en cuenta; las categorías de prestigio social, aunque pueden cambiar, son materia de realidad objetiva que determinan en un momento dado las respuestas sociales del individuo.

VII. OPINIÓN PÚBLICA Y CONTROL SOCIAL

AL TERMINAR el capítulo anterior subrayamos la objetividad de los diferentes aspectos de la estructura social de que nos ocupamos; pero esa objetividad no es lo mismo que la objetividad del mundo físico. Es cierto que el mundo fenoménico en que vivimos deriva su significación de algo más que la mera impresión que el mundo físico produce en nuestros sentidos, como no tardó en averiguar el anunciador que hizo un cartel en el que un indígena en bicicleta era perseguido por un leopardo, para dar a entender que la bicicleta lo ayudaría a escapar. Los indígenas interpretaron el cartel en el sentido de que si uno monta en bicicleta está expuesto a ser perseguido por un leopardo. No es éste el lugar de estudiar el problema filosófico de la posición relativa de los fenómenos físicos y las construcciones mentales como "nación", "matrimonio" o "mercado"; pero está perfectamente claro que estas últimas dependen para su existencia de un sistema complicado de creencias, postulados, expectativas y hábitos. En consecuencia, la palabra sociedad no sólo significa la pura estructura esquelética, algunos de cuyos aspectos hemos intentado describir, sino algo más que podemos llamar "clima de opinión".

Ahora bien, el tema de la "Opinión Pública", que guarda una relación manifiesta con lo que ocurre en las mentes de las personas, suele ser tratado por los psicólogos sociales, pero hay ciertos aspectos de él que debemos examinar. Dicey[1] definió la

[1] Dicey, *Law and Opinion in England*, Macmillan, 2ª ed., 1926, p. 19.

opinión pública como "un cuerpo de creencias, convicciones, sentimientos, principios consagrados o prejuicios firmemente arraigados", palabras que destacan los elementos cognoscitivos y afectivos que la constituyen. Como dice Ginsberg,[2] es "un producto cooperativo"; se manifiesta en la conversación, en gestos y muecas, en la frialdad o el calor con que se acogen ciertas opiniones, en los temas que se eligen para las discusiones y en la actitud que se adopta ante ellos. Además, es semi-objetiva para el individuo que puede moldear su opinión para acomodarse a ella o expresarse con énfasis revelador cuando se opone a ella.[3]

La primera dificultad con que tropezamos es, como de costumbre, una deficiencia del lenguaje corriente. Hablamos como si la "opinión pública de este país", "de Francia", o "de los Estados Unidos", fuese una sola unidad homogénea. Sobre determinadas cuestiones, y prescindiendo de unas pocas opiniones disidentes, puede ser así: los odios de tiempos de guerra, una catástrofe en una mina, o actos de excesiva brutalidad, pero tal homogeneidad es rara. Al examinarla más de cerca, la "opinión pública" se resuelve en la opinión de los públicos. Si pasamos de un grupo a otro dentro de la misma sociedad encontramos que se dicen cosas diferentes y que se admiten opiniones diferentes. La multiplicidad es abrumadora. Pero pueden hacerse

[2] Ginsberg, *Psychology of Society*, p. 141.

[3] Cf. Durkheim, *De la Division du Travail Social*. Ed. de 1902, p. 46: "El conjunto de las creencias y de los sentimientos comunes al término medio de los individuos de una misma sociedad forma un sistema determinado que tiene su vida propia; se le puede llamar conciencia colectiva o común. Sin duda no tiene por sustrato un órgano único; está, por definición, difundida en toda la extensión de la sociedad; mas no por eso deja de tener caracteres específicos que hacen de ella una realidad aparte."

dos tipos de distinciones: *a)* según el campo que abarca la opinión y el modo como une o divide a las gentes; y *b)* según el asunto sobre el cual versa la opinión.

a) 1) Una actitud de opinión puede referirse a la totalidad de una sociedad, o sólo a un grupo de ella, como los médicos, las personas que viven en una aldea o una ciudad, o los individuos que trabajan en determinada fábrica; 2) cualquiera que sea la unidad que se tome como "público", la actitud de opinión puede ser homogénea sobre determinada cuestión; 3) dicho "público" puede estar dividido en grupos antagónicos. Todo el país puede conmoverse por una catástrofe ferroviaria, toda una aldea puede sentirse indignada por la conducta del párroco, o los trabajadores de una fábrica pueden estar unánimes en la aprobación o desaprobación de una política; por otra parte, el país está dividido en lo que respecta a multitud de cuestiones, la ciudad puede dividirse en cuanto a la apertura de los cines en domingo, y los médicos estar en desacuerdo sobre los proyectos para un Servicio Nacional de Sanidad.

b) Las opiniones y las actitudes se refieren 1) a sucesos contemporáneos; 2) a una política relativamente inmediata; 3) a principios más profundos, por ejemplo, la propiedad real de las minas, la política de nacionalización del gobierno, los principios generales del socialismo. Por estos ejemplos se verá que la opinión relativa a sucesos, políticas y principios está íntimamente interconectada. Así, pues, todo el mundo, de acuerdo con el papel social que estamos examinando, como individuo de la sociedad en general, o como individuo de un sub-grupo al cual pertenezca, está sometido a la influencia atmosférica: 1) de la opinión en las pequeñas sociedades a que pertenece, en relación con los sucesos cotidia-

nos, las políticas y los principios que la afectan; 2) del choque de opiniones antagónicas en la sociedad en general; 3) de las oleadas súbitas y casi unánimes de indignación, esperanza o angustia que recorren el país; 4) de políticas y principios generalmente aceptados que están subyacentes en nuestras actitudes como ingleses ante el cambiante panorama de acontecimientos.

Los materiales que se entrelazan en la "opinión pública" por la intercomunicación de muchas mentes los suministran experiencias análogas de una persona a otra: la prensa, la radio, las reuniones públicas, los libros, etc. Esos órganos tendrán efectos diferentes sobre sub-grupos diferentes, de una cuestión a otra, porque operan sobre un dispositivo dinámico ya existente. Es dudoso, ciertamente, que las exhortaciones sirvan para mucho más que reforzar las opiniones de los sectores que ya están de acuerdo, dejando indiferentes a los sectores contrarios, o confirmados en su oposición. Esto, naturalmente, no siempre es verdad, y una de las materias más importantes para la investigación psicológica social es descubrir los resortes de incertidumbre e insatisfacción que son requisitos previos para que se produzca un cambio de opinión. No sería exacto decir que la razón no representa ningún papel en convencer a las gentes de la rectitud de una política o de un principio a los cuales no son inicialmente favorables; pero la razón tiene que contender con las fuerzas del interés y del prejuicio, y —así diría la moderna investigación psicológica— de las actitudes subconscientes de culpabilidad y de odio.

Pareto hizo una investigación famosa sobre las fuerzas que dan nacimiento a la opinión y la actitud. Distingue primero entre acción lógica, en que el propósito subjetivo deliberado de la acción coincide con su resultado objetivo, y acción no lógica,

en la que la ideología de la acción es diferente del resultado objetivo. No se interesa de un modo particular por la primera y dedica su atención casi exclusivamente a la segunda. A los resortes principales de la acción no lógica los llama "residuos", y los clasifica en seis grupos: *1)* residuos de combinación, que nos hacen asociar las cosas de todas suertes y formas; *2)* residuos de la persistencia de agregados, que nos hacen perpetuar las asociaciones que hemos hecho; *3)* residuos que nos hacen expresar nuestros sentimientos mediante actos externos; *4)* residuos relativos a la sociabilidad, que imponen la uniformidad, la neofobia, etc.; *5)* residuos que nos hacen tratar de proteger nuestra integridad personal contra la presión social; *6)* residuos relativos al sexo.

Estos principios fundamentales, que él dice expresamente que no son instintos,[4] se plasman en ideologías (o "derivaciones", como él las llama), y *pensamos* que perseguimos el fin plasmado en palabras cuando *en realidad* somos impulsados por nuestros residuos. El lector del libro de Pareto no puede menos que tener la impresión de que el autor goza (y hace gozar) al llamar la atención hacia la conducta "ilógica" y necia de los hombres. En realidad, los "residuos" no son de ningún modo un catálogo satisfactorio, y la distinción de Pareto entre acción "lógica" y acción "no lógica" no es muy feliz, porque la acción "lógica" en su sentido debe tener alguna fuerza impulsora "no lógica", y muy bien puede operar en servicio de alguno de sus "residuos". A pesar de todo, prestó un gran servicio al señalar la base no lógica de la acción social humana.[5]

El panorama que estamos intentando conjurar es

[4] Pareto, *Mind and Society*, El Cabo, 1935, sec. 875.
[5] *Cf.* Talcott Parsons, *Structure of Social Action*, McGraw-Hill, 1937.

el de una sociedad amplia, con sus sub-grupos, todos ellos penetrados de tendencias de opiniones dinámicas vivas, recuerdos del pasado reciente, intereses diversos y con frecuencia antagónicos, principios y creencias formulados, y en todos los momentos los periódicos, los programas de radio, los libros, los discursos y los predicamentos corrientes que son tema de conversación, ofrecen esta compleja "masa aperceptiva", como dirían los psicólogos antiguos. Además, hay algo que decir acerca de la observación de Mussolini: "En realidad, la tendencia de nuestros pueblos modernos a creer... es una creencia totalmente pasada";[6] parecería ser un anhelo de formulaciones satisfactorias. Por otra parte, no debemos olvidar que las personas que escriben los periódicos, organizan los programas de radio, nos hablan desde el aire o cara a cara, también son individuos de la sociedad en que operan; también ellos están metidos en la red de la opinión.

En 1938 había en las Islas Británicas[7] 20 periódicos matutinos, 4 vespertinos y 11 dominicales que se publicaban en Londres, y 24 matutinos, 70 vespertinos y cinco dominicales en las provincias. Hay unos cuatro grupos importantes de propietarios,[8] y son relativamente pocos los periódicos de propiedad particular. Su importancia estriba no tanto en las opiniones editoriales que expresan, por razones que hemos expuesto más arriba, como en ser "el principal órgano que suministra temas para la conversación diaria".[9] La opinión no puede versar sobre nada, y los periódicos y los boletines de noticias de la radio suministran la materia de la

[6] Albig, *Public Opinion*, Nueva York, 1939, p. 15.
[7] Informe de P. E. P. sobre la prensa inglesa, 1938, p. 47.
[8] Camrose, *British Newspapers and Their Controllers*, Cassell, 1947, p. 15.
[9] Informe de P. E. P., p. 33.

opinión en lo que concierne a los sucesos y a la política cotidianos. Esto significa que la disposición general de los periódicos, la preferencia dada a ciertos asuntos, y el lenguaje usado en los títulos, es de la mayor importancia. Como agencia general para la difusión de noticias, los periódicos entraron en la liza el 28 de mayo de 1896, cuando el *Daily Mail* empezó a venderse a medio penique el ejemplar.

La radio inglesa inició su carrera en 1920, cuando la Westinghouse Electric Company, de East Pittsburgh, radió los resultados de la elección de Harding. La B.B.C., como compañía de propiedad particular, data de 1922. Esto significa que el "público" que tiene acceso inmediato a los sucesos del día aumentó enormemente en los últimos cincuenta años, y que las posibilidades de explotar las esperanzas, los temores, las molestias y las ambiciones de un número inmenso de personas han crecido de tal manera que se han transformado las técnicas políticas. Muchas más personas tienen voto y están políticamente más despiertas y se dispone del aparato para llegar a ellas. La "opinión pública" antes de, digamos, 1850, debe haber sido algo muy diferente de lo que es hoy, y debemos guardarnos de interpretar las expresiones de la opinión que han sobrevivido, o las formulaciones morales o legales que pueden llegarnos del pasado remoto, como características de toda la sociedad de la cual proceden.

Además de la influencia de las diferentes agencias de información y exhortación, que actúan sobre un orden específico de intereses, esperanzas y temores en un ambiente de principios y supuestos, que vienen con cambios imperceptibles, pero no menos reales, de un pasado remoto, hay otro factor de importancia. Pequeños grupos de hombres y muje-

res de una sociedad deciden que debieran hacerse determinados cambios; puede ser la abolición del trabajo de los niños, del alcohol o de la esclavitud, puede ser el establecimiento de la enseñanza obligatoria, o un trato mejor para los enfermos mentales.

Dentro de ese círculo, la "opinión pública", sobre cualquier asunto que la apasione, es punzante y actúa coercitivamente sobre el indeciso timorato. Intenta persuadir al "público" general con diversos recursos, y, más particularmente, por el cuerpo legislativo. Si tiene éxito, puede lograr una legislación permisiva u obligatoria, aun cuando grandes masas del público quizá sean indiferentes o hasta hostiles. Las generaciones siguientes, criadas en el nuevo régimen, no conocen nada diferente, y, paulatinamente, lo que en otro tiempo fue una innovación se toma por cosa tan natural, que nadie soñaría, ni aun en días de crisis, en hacer trabajar a niños en las fábricas, en reimplantar la esclavitud o en sustituir con la libre exhibición de lunáticos el entretenimiento mecánico más caro del cine. Que esto no siempre es eficaz resulta bastante obvio cuando recordamos el destino de la prohibición del alcohol en los Estados Unidos.

Probablemente hay algún método seguro para evitar que se infrinjan las leyes, pero la ley misma debe estar de acuerdo con parte, por lo menos, de los deseos que mueven a la mayoría de los hombres. El amor a los niños y la simpatía para los que sufren son bastante reales, aun cuando quizá los refrenen otros móviles; podemos suponer que las leyes antialcohólicas no apelaban en el público norteamericano a nada que sirviera para contrarrestar la irritación inevitable de ver frustrados deseos habituales. No puede generalizarse, desde luego, sobre ninguna materia de legislación; la tradición

carismática de muchas comunidades islámicas contra el consumo de alcohol está ya tan firmemente arraigada, que es innecesaria una legislación específica. La cuestión es que para que la legislación sea aceptada y engendre modos habituales de vida debe apelar a tendencias existentes, ya sean productos culturales de larga vigencia o características básicas de la naturaleza humana.

En años recientes se han hecho intentos para medir la "opinión pública": son ejemplos la "Gallup Poll" en los Estados Unidos y el Instituto de la Opinión Pública en Inglaterra, a los cuales podemos añadir la "Listener Research" emprendida por la B. B. C. La dificultad de semejante empresa resultará evidente con nuestro análisis de la naturaleza de la "opinión pública". Habrá que adoptar algún método para conseguir un "corte transversal" adecuado. De acuerdo con esto, que distinguen varias categorías por el sexo o la clase, se calculan sus proporciones en la población total, y en cada muestra se examina un número apropiado de personas. Otra dificultad estriba en la estructura de las preguntas adecuadas, de suerte que las respuestas sean inequívocas y justifiquen alguna inferencia para la conducta futura. A pesar de todos esos obstáculos para la exactitud, algunas de esas "polls" o votaciones han resultado singularmente proféticas. Pero debe advertirse que tenemos aquí un ejemplo de complicación en la medición, de la cual está libre la medición en las ciencias físicas, y que el hecho es que la publicación de los resultados posiblemente puede influir en su confirmación en el futuro. La medición misma de la "opinión pública" puede ser un método para influir en ella.

Puede objetarse que el concepto "opinión pública" se ha usado en un sentido mucho más amplio del que es usual en el lenguaje ordinario. Induda-

blemente, solemos tener presentes las ondas superficiales concernientes a los sucesos contemporáneos, pero ese amplio margen que hemos venido empleando, que brota de supuestos tan hondamente arraigados, que se admiten sin necesidad de mencionarlos, es importante para el sociólogo. No podemos comprender los grandes cambios de la "opinión pública", ya sean en el país o en una fábrica, a menos que los consideremos determinados en gran medida por principios tácitos. Es esto, por ejemplo, lo que desconcierta al extranjero en un país extraño, o al administrador colonial cuando hace concienzudamente cuanto puede en favor de la población indígena. La acción social humana nunca o rara vez es un ajuste puramente *ad hoc* a una situación con el propósito de conseguir la satisfacción de un mezquino deseo material. Los canales o "caminos del pueblo", como los llamó W. G. Sumner, mediante los cuales podemos conseguir la satisfacción de nuestras necesidades, son moldeados por la cultura a la cual pertenecemos, y esos canales son consagrados por la aceptación pública, perpetuados por la costumbre, protegidos por la ley y justificados mediante apelaciones a la moral y la religión. Tales son los principales órganos de control social, las costumbres que nos guían a lo largo de los "caminos del pueblo".

El control social es de varias clases: la costumbre (con los conceptos concomitantes de convencionalismo, moda y etiqueta); la ley; la moral; y la religión. En el uso ordinario forman algo así como una jerarquía de justificación para la acción: es la costumbre, es la ley, es lo recto, es la voluntad de Dios. Si interpretamos la palabra "costumbre" en el sentido de un modo de hacer las cosas, como vestir de negro en señal de duelo, estrecharse las manos en vez de frotarse las narices, comer determi-

nadas cosas en determinados momentos, celebrar fiestas en ciertas temporadas o estaciones, rezar en familia, etc., la ponemos en un plano de importancia inferior a la ley y a la moral. La costumbre, en este sentido, se mezcla con el ritual, y la diferencia está en la acentuación, en el último caso, de una serie estereotipada de respuestas que quizá prestan dignidad a la actuación, y quizá tuvieron en otro tiempo (y posiblemente se crea que aún la tienen) alguna significación mágica que depende de una actuación exacta.

MacIver[10] define bien la moda como "la serie de variaciones de un tema cultural socialmente aprobadas". Las modas en la ropa, la literatura, la pintura y la orientación general de la vida implican ciertos hábitos sobre los cuales florecen los cambios de buen tono, aunque es cierto que la moda misma tiene un efecto modificador sobre la costumbre general. Es, por una parte, una transacción entre el deseo de novedad y el deseo de conformidad, y, por otra parte, un recordatorio constante del proceso dinámico de la vida social.

El convencionalismo y la etiqueta son comodidades sociales, que suavizan dificultades en las relaciones sociales y sirven al aspecto oficial de la vida social, que constantemente está en peligro de ser perturbada por sentimientos y reacciones personales.

Estas normas indudablemente representan un papel en la determinación de las probabilidades de la conducta, moviéndonos a hacer esto y no aquello; pero más bien conciernen a las respuestas del momento en ocasiones particulares y en situaciones específicas que a los principios normativos más generales que guían nuestras relaciones sociales.

Pero cuando penetramos más profundamente en

10 MacIver, *Society*, p. 364.

el problema del control social, nos encontramos con que seguimos nuestro camino a través de pantanos de ambigüedades, con las grandes selvas de la controversia ética a un lado y el vasto y sinuoso edificio del derecho al otro; y con excesiva facilidad nos extraviamos en los desconocidos pasadizos del uno, o nos embrollamos en la maleza de las otras. La misma palabra "costumbre" ofrece dificultades; su significado va desde las trivialidades de las relaciones sociales hasta las fronteras del derecho en frases como "las leyes y costumbres del reino" y la "costumbre del feudo". El lenguaje de la jurisprudencia es peor: "derecho", "derechos", "una ley", "la ley", "el imperio de la ley", son palabras y expresiones que es sabido que confunden aun a los expertos.

Pero, aparte de los problemas lingüísticos, hay diferencias de actitud hacia todo el problema del "control social", epígrafe bajo el cual incluimos por el momento la costumbre, la ley y la moral.

Durkheim, en sus *Règles de la Méthode sociologique,* nos pide que tratemos los hechos sociológicos "como cosas", y habla de ellos como cosas externas y coercitivas. Esto nos hace víctimas de algo exterior a nosotros; pero posteriormente, en su *Éducation Morale* y en las *Formes élémentaires de la vie réligieuse,* cambia de tono y presenta la obligación moral como algo más que el orden de la disciplina interna aceptada, y habla de una "unidad de fidelidad a un cuerpo común de valores".[11] Esta noción de los valores en cierto modo internos de una sociedad, y no impuestos desde afuera, es evidentemente la única correcta, aunque sólo sea porque no hay fuerza "exterior" que pueda imponer una moral. No nos interesa aquí el problema de la referencia

[11] *Cf.* la reseña que de Durkheim hace Talcott Parsons en su *Structure of Social Action.*

objetiva de los predicados morales. Ya haya imanes exteriores que nos atraigan, ya sean los valores morales la proyección de nuestros propios sentimientos, es en las sociedades donde se siente la fuerza de atracción, y en las sociedades, en sus diferentes predicamentos, donde se engendran los principios morales.

Si vamos más lejos, podemos ver que la costumbre, el derecho y la moral no son sólo controles estabilizadores que nos atan a canales fijos de acción, sino que además están cambiando incesantemente. Destaca este punto el sociólogo norteamericano Cooley en su *Social Process* (1918). Insistió Cooley en que la rebelión contra las instituciones es tan característica del control social como lo que él llamó el "*ethos* de las costumbres". Para Cooley la sociedad es creadora.

La misma idea está implícita en la obra de Hobhouse, para quien la mente humana y las instituciones humanas están dotadas de una tendencia hacia una racionalidad mayor.

Gurvitch [12] sustenta una opinión muy parecida en lo que respecta a atribuir a las sociedades un aspecto creador. Distingue tres *formas* de control social: "*a)* normas culturales simbólicas (incluso preceptos); *b)* valores, ideas, y los ideales mismos; *c)* la experiencia, búsqueda y creación de valores, ideas e ideales nuevos". Los *tipos* de control social comprenden la religión, la moral y el derecho (cuya naturaleza, conforme a Gurvitch, estudiaremos en seguida). Los *órganos* del control social son las sociedades, con sus diferentes sistemas de control, según sean no civilizadas, patriarcales, feudales, burguesas, capitalistas o socialistas, juntamente con los grupos que contienen: familia, Iglesia, Estado, sin-

[12] "Social Control", en *Twentieth Century Sociology*, ed. por Gurvitch, Nueva York, 1945, p. 290.

dicatos, escuelas, clubes, etc. Hay que distinguir estos aspectos del control de un cuarto aspecto: los *medios* o *técnicas* de control social, tales como la propaganda, la educación (aunque Gurvitch la incluye entre los "tipos" de control social), castigos de diversas clases, el ostracismo, la deshonra pública, el cepo o picota, la indiferencia o frialdad y la risa.

La dificultad de formular una teoría que intente abarcar el control social como una totalidad de valores, espontáneamente generados y siempre cambiantes, estriba en que apenas si puede uno evitar introducir algún impulso místico interno que mantiene unida a la sociedad y produce sus cambios normados. Hay sociólogos —Durkheim es uno— que no retroceden ante tal hipótesis. La solución del problema puede venir de un estudio más intenso de los pequeños grupos "cara a cara" por psicólogos sociales. Puede ocurrir que cuando se forma un grupo para alguna actividad cooperativa, el simple hecho de la actividad cooperativa, realizada por individuos cada uno de los cuales persigue el mismo fin, puede engendrar hábitos y disposiciones cuyo estudio proyectará luz sobre la creación de valores e ideales sociales. Pero hasta que se haga tal estudio, debemos evitar a toda costa la idea de que los llamados "controles sociales" operan *contra* el carácter de las personas sometidas a ellos, y si esto significa hablar *como si* una sociedad tuviese una fuerza unificadora que nace del "lado social" de la naturaleza humana, es mejor esto que desconocer la cooperación y la fuerza creadora en las relaciones sociales.

El derecho, como hemos visto, es considerado por Gurvitch sólo como uno de los controles sociales, y adoptan esta opinión algunos juristas de orientación sociológica, principalmente Roscoe Pound; pero difieren en el uso que hacen de la palabra. El proble-

ma es aquí, por fortuna, relativamente sencillo. ¿Reservaremos la palabra "derecho" para los sistemas especializados con sus códigos, su dispositivo para arreglar diferencias, y sus castigos para quienes hayan violado las reglas, o consideraremos estos sistemas como meras especializaciones de un tipo análogo de control que puede encontrarse en formas desorganizadas o en formas organizadas, pero sin lo que de ordinario consideramos como sanción "legal"?

El argumento en favor de la primera opinión dice que la ciencia de la jurisprudencia, con su vasta literatura, hace conveniente usar la palabra "derecho" en un sentido especializado, mientras que los argumentos a favor de la segunda sostienen *1)* que los pueblos primitivos tienen algo que nos gustaría llamar "derecho"; *2)* que el derecho codificado y consuetudinario brota de principios reguladores menos organizados, según los cuales sentenciaban los antiguos jueces o los ancianos; y *3)* que los códigos de un club, de una universidad o de un sindicato, y los principios reguladores de una familia, o de un grupo de individuos que trabajan en una fábrica, son, a su manera, tan determinantes de acción como "la ley del país".

Roscoe Pound y la mayor parte de los juristas sustentan la primera opinión. Toman una posición contraria a Gurvitch, cuya opinión estudiaremos después; Hauriou, con sus grupos o "instituciones" finalistas, cada uno de los cuales tiende hacia una personificación incorporadora y tiene sus propios principios reguladores; Timasheff, con su jerarquía de estructuras de poder, y el Estado como un mero *primus inter pares;* y Ehrlich, con su pluralidad de sociedades, tan impregnada cada una de ellas por un "orden pacífico interno", que los individuos se dan tan poca cuenta de él como el buen jugador de

ajedrez de las reglas del juego mientras está jugando.

Otra actitud puede consistir en usar la palabra "costumbre" para el derecho no organizado o vagamente organizado, como probablemente quiere decirse con frases como "el derecho es la costumbre codificada" o "se basa en la costumbre". Pero esto no es satisfactorio. Malinowski,[13] en su detallado estudio de los isleños de Trobriand, acaba con el mito del salvaje obstinado por rutina, que se creó contra la idea igualmente mítica del salvaje como un noble individuo no constreñido por ninguna regla.

El hombre primitivo está encajado en una red de obligaciones recíprocas, contra las cuales puede refunfuñar y de las que puede tratar de evadirse como cualquier otro hombre, pero esas obligaciones mutuas se mantienen vigentes gracias a "alicientes psicológicos y sociales muy complejos". Las relaciones con sus prójimos, al manejar una canoa, regatear en un trueque, o durante el ceremonial religioso en solemnidades domésticas tan importantes como la muerte y el matrimonio, están minuciosamente reglamentadas, de modo que uno puede esperar deberes recíprocos de quienes tienen derecho a su servicio. "El derecho civil —escribe Malinowski—, el derecho positivo que gobierna todos los aspectos de la vida tribal, consiste en un cuerpo de obligaciones coercitivas, consideradas como un derecho por una de las partes, y reconocidas como un deber por la otra, mantenidas en vigencia por un mecanismo específico de reciprocidad y de publicidad inherente a la estructura de su sociedad" (*op. cit.*, p. 58). Este sistema parece algo más que "costumbre" en el sentido ordinario, y

[13] Malinowski, *Crime and Custom in Savage Society*, Kegan Paul, 1926.

Malinowski hace la distinción. Hay métodos estereotipados de artesanía, y reglas de buenas maneras, pero son diferentes de la trama de obligaciones mutuas, y éstas últimas merecen el nombre de "derecho".

Esta exposición de reglamentaciones primitivas, cuyo paralelo podría encontrarse en otras partes, y que parecerían características de las sociedades más simples, muestra la famosa contraposición de Durkheim[14] entre derecho "represivo", que él creía caracterizaba las sociedades "segmentarias" más simples, en las que todo el mundo tiene que actuar igual, y el "derecho restitutorio", que caracteriza la solidaridad de las sociedades que practican la división del trabajo y que él llamó "orgánicas", para simplificar las cosas. La oposición entre derecho penal y derecho civil no es satisfactoria en ningún caso, porque puede argüirse que los dos sirven al interés social, cada uno a su manera,[15] y parece que en las sociedades primitivas existe "derecho civil" tanto como derecho penal, o quizá más.

Comoquiera que sea, no parece que la palabra "costumbre" sea un nombre satisfactorio para el derecho pre-codificado, pero es extremadamente difícil encontrar una palabra satisfactoria intermedia entre "costumbre" y "derecho".

La sociología del derecho en sentido estricto, como advirtió Pound,[16] debe tener en cuenta tres cosas: "*a)* Lo que muy bien se llama el orden social, esto es, el régimen de ajustar las relaciones y de ordenar la conducta por la aplicación sistemática de la fuerza de una sociedad políticamente organizada; *b)* Las bases o directrices autorizadas para

14 Durkheim, *Division du Travail.*

15 Roscoe Pound, "Sociology of Law", en *Twentieth Century Sociology*, p. 307.

16 *Twentieth Century Sociology*, ed. Gurvitch, p. 300.

resolver las diferencias en dicha sociedad; *c)* Lo que Cardozo nos ha enseñado a llamar el procedimiento judicial, al cual debemos añadir el procedimiento administrativo." Puede decirse que se deriva de la filosofía del derecho. Los filósofos pretenden justificar los derechos legales por referencia a un derecho natural al cual aquéllos se aproximan, o a un concepto de la naturaleza humana, o a la naturaleza de la libertad, o a la naturaleza del Estado.

Esas investigaciones sobre lo que *debe* ser el derecho provocan, naturalmente, una reacción realista. Tenemos la famosa definición de Austin según la cual "las leyes propiamente dichas son una especie de mandato. Pero, siendo un *mandato,* toda ley propiamente dicha mana de una fuente *determinada* o emana de determinado autor", a lo cual añade que "toda sanción propiamente dicha es un mal fortuito anexo a un mandato". En nuestros propios días, O. W. Holmes, presidente del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, escribió que "entendemos por ley las profecías acerca de lo que en realidad harán los tribunales, y nada más",[17] mientras que una escuela realista extrema declara que las palabras y los gestos reales de los abogados constituyen el estudio propio del sociólogo legal.

Esta concentración realista de la atención sobre lo que *es* el derecho dio origen a dos series convergentes de ideas: una relativa al orden legal, la otra relativa al procedimiento judicial. El punto de vista histórico de Savigny y de Maine hizo ver que el derecho no es ni el *fiat* de un cuerpo soberano ni el pálido reflejo de un orden inmutable establecido en el Cielo, sino que tiene una historia que se remonta a tiempos anteriores a la existencia de la

[17] Holmes, "The Path of Law", en *Collected Legal Papers,* 1921, p. 173.

autoridad del Estado tal como nosotros la conocemos, y se dijo, además, que el derecho internacional no es menos "derecho" porque no lo haya dictado un soberano, mientras Gierke hacía una distinción entre el tipo de derecho que se produce en las sociedades basadas en la cooperación (*Genossenschaften*) y el tipo de derecho adecuado a las sociedades que se basan en el dominio (*Herrschaft*).

La hostilidad a la idea de que el Estado dicta la ley, y que eso es todo lo que hay que decir, conduce a la negación de que el Estado sea necesario para la aparición del orden. La fuente del derecho debe buscarse en la naturaleza de la sociedad misma, y Duguit llega a decir que si un mandato va contra el orden que nace de una tendencia natural a la interdependencia social, de ningún modo es derecho, y hasta sugiere un tribunal formado por representantes de todas las clases sociales para juzgar de la legalidad de la ley.

Esta exclusión del Estado —posición a la que llegaron Comte y Spencer desde direcciones algo diferentes— difícilmente puede ser satisfactoria; no responde a la realidad y descuida el hecho de que el Estado forma parte de la sociedad y no es un cuerpo exterior intruso. No obstante, buscar la fuente del orden en la naturaleza de la sociedad conduce a las opiniones de los autores mencionados arriba, y negar que el "Estado" es la fuente necesaria del orden va contra el derecho de *toda* sociedad —ya sea incluyente, ya incluida—, a ver su orden interno dignificado con el nombre de "derecho".

En toda sociedad, por pequeña que sea, cada individuo tiene su propia voluntad (Kant), sus intereses (Ihering), o sus valores (Weber), los cuales tienen que acomodarse a los fines del todo, o al interés mutuo de las partes contratantes.

Ésta es la función del derecho.

> El derecho —escribe Gurvitch—[18] representa un intento de realizar en un ambiente social dado la idea de justicia (es decir, una conciliación preliminar y esencialmente variable de valores espirituales antagónicos incorporados en una estructura social), mediante reglamentaciones imperativo-atributivas multilaterales basadas en un vínculo determinado entre derechos y deberes.

Las sociedades incluyentes constan no sólo de personas, sino de grupos con diferentes órdenes propios, y sus derechos o "valores" deben adaptarse al todo, así como en cada subgrupo los brotes espontáneos de orden originan sus propios reajustes locales. Por lo tanto, según Gurvitch debe haber diferentes tipos de derecho para diferentes tipos de "socialidad": derecho "social" para grupos, que diferirá según los grupos sean masas sueltas, comunidades o comuniones apretadamente compactas, y derecho "inter-individual", que diferirá según la relación sea aproximación, separación, o una combinación de ambas.

Por otra parte, las sociedades incluyentes tendrán diferentes conceptos de lo que es justo, de acuerdo con su estructura. Será una cosa si están impregnadas de la creencia mágica en la cualidad carismática de un rey, y otra si la sociedad es una jerarquía suelta de autonomías, como en la sociedad feudal. Una ciudad racionalizada o un sistema imperial con sus problemas comerciales y administrativos ofrecen otras posibilidades, lo mismo que un Estado moderno, con su doctrina de la libertad de contratación y la necesidad, señalada por Weber, de un sistema jurídico racional como marco de

[18] Gurvitch, *Sociology of Law*, Kegan Paul, 1947, p. 47.

probabilidades previsibles en las que el capitalismo puede desarrollarse.

Por lo que concierne a la "naturaleza del procedimiento judicial", tenemos el análisis de Cardozo,[19] magistrado del Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Muestra Cardozo que la mera aplicación de preceptos por deducción lógica no es la única tarea del juez, en parte porque son pocos los casos estrictamente análogos a otros anteriores, y en parte porque el sentido mismo de las directrices que se le proporcionan cambian con las cambiantes necesidades sociales y su también cambiante sensibilidad. El poder judicial no es un juego intelectual estático, desempeña una función social y, por lo tanto, tiene que ser influido por la generación creadora de normas que forma parte de la actividad social.

Deducir el derecho de un orden espontáneo es indudablemente correcto, y borrar la distinción entre el orden jurídico organizado y otros órdenes menos organizados, o subsidiarios, señalando las jurisdicciones de cada uno, tiene sus ventajas desde un punto de vista sociológico. Pero hay el peligro, que señalamos en Duguit y que encontramos también en Gurvitch, de que se conceda tanta importancia a las tendencias inmanentes a la interdependencia social, que olvidemos la obra legislativa deliberada de las instituciones del Estado, la cual brota ostensiblemente de decisiones adoptadas por los gobiernos a favor de lo que consideran ventajoso para el conjunto de la sociedad.

Buena parte de la actividad legislativa consiste, indudablemente, en convertir en *de jure* lo que nació espontáneamente *de facto;* pero otra buena parte no consiste en esto. Es absurdo negar la pa-

[19] Cardozo, *The Nature of the Judicial Process*, Yale, 1941.

labra "derecho" a las disposiciones promulgadas y hechas cumplir por el Estado, y es falso decir que siempre hay que deplorar dichas disposiciones. Lo cierto es que, aunque se considere el "derecho" en el sentido estricto ordinario, su contenido no es homogéneo respecto de sus orígenes. La "escuela sociológica" corre el riesgo de ser tan filosófica y antirrealista como las escuelas que trata de desplazar. El hecho es que el derecho organizado brota por lo menos de dos fuentes: *1)* reajustes "espontáneos", y *2)* administración deliberada. En todo escrito legislativo se destaca unas veces un tipo de origen y otras veces el otro.

Sea cualquiera la actitud que se adopte sobre la propiedad de aplicar la palabra "derecho" a los sistemas reguladores de todos los grupos, sigue en pie el problema de la creación de sistemas de derecho organizados. En términos generales, podemos estar de acuerdo con Llewellyn, otro abogado norteamericano, cuyos escritos son de estilo vivo y popular, en que el derecho organizado, en el sentido popular, nace del propósito de "acabar con los enredos", pero los tipos de enredos que tienen que ser eliminados, y la sensibilidad de la sociedad para la indeseabilidad de un "enredo", han sido diferentes de una época a otra.

Hobhouse[20] siguió el desarrollo de la justicia organizada desde un régimen de auto-ayuda personal o de grupo, destacando los papeles representados por los "delitos sagrados", que eran públicamente importantes a causa de las repercusiones que podían afectar a los grupos en su conjunto, la justicia ocasional cuando se despiertan las simpatías de una tribu, la institución de una solución arbitrada de las disputas, la venganza reglamentada, que puede to-

[20] Hobhouse, *Morals in Evolution*, Parte I, cap. III.

mar la forma de una pelea vulgar, de una lucha moral o de un combate armado, y la importancia de la "paz del rey" para los fines de la administración, juntamente con la preferencia que el débil sentía por la justicia real cuando su propia fuerza era demasiado pequeña para conseguir la victoria. Un relato interesante de las dificultades que bloquean el intento de establecer un sistema jurídico en una sociedad de normandos individualistas se encuentra en la saga islandesa de "Burnt Njal".

En los primeros tiempos los ancianos o un juez carismático daba su veredicto oracular (*Kadi-justiz*, justicia de Cadí, como la llama Weber), y en ocasiones el populacho representaba su papel por aclamación.[21] En China el emperador daba instrucciones éticas generales, pero dejaba la decisión real a sus representantes en cada lugar, en tanto que un emperador del siglo XVIII, Kang Hsi, ordenaba que "los que recurren a los tribunales sean tratados sin piedad, y de tal manera que queden disgustados con la ley y tiemblen de comparecer ante los jueces", a fin de reducir los litigios al mínimo.[22] En los casos en que se pedía un juicio oracular, uno de los problemas más importantes era el carácter de la pregunta a que había que contestar, problema que jugó papel importante en la historia primitiva del derecho inglés y cuyo estudio es una de las fuentes de la jurisprudencia.

Hubo también un cambio en la actitud hacia la "contusión" misma. En los primeros tiempos eran el acto y el daño lo que importaba, y el equilibrio sólo podía restablecerse con un daño equivalente causado ya a la persona culpable, ya a un miembro de su familia o clan. Cuando lo que importa

21 Weber, *op. cit.*, vol. III, pp. 48-50.
22 Willoughby, *Constitutional Government in China*, Fundación Carnegie para la Paz Internacional, 1922, p. 50.

es la reparación, la consecuencia natural es la indemnización en especie por el daño, aun por asesinato; pero cuando el índice acusador señala a la persona (o cosa) "responsable", entonces se destacan en primer término el castigo y sus diferentes justificaciones.

La codificación de los principios reguladores vigentes, o la publicación de decretos públicos para corregir prácticas corrientes, nacen de diversas causas: la necesidad de que las autoridades protejan al débil contra la presión del desenvolvimiento económico (por ejemplo, los códigos de Urkagina, Hammurabi y Solón, ejemplos que hacen ver lo incompleta que es una teoría que deriva *todo* el derecho de un orden espontáneo); la petición de los no privilegiados para que se promulguen las leyes que hasta entonces interpretaron los privilegiados (por ejemplo, las Doce Tablas); el deseo de una clase privilegiada de afianzar su posición (por ejemplo, las leyes de Manú y de Licurgo); la necesidad para el estadista de prácticas tradicionales (código del Levítico y código posterior al Exilio); la necesidad de hacer frente a los extranjeros (por ejemplo, los códigos anglo-sajones y la creación del *Jus gentium*); a lo cual pueden añadirse las necesidades administrativas generales de una sociedad compleja después de un trastorno social (por ejemplo, el Código de Napoleón o el Derecho soviético).

Una vez concedido que el derecho, como comúnmente se le entiende, es un sistema funcional integrado en el sistema general de controles sociales, es evidente que la relación entre derecho y ética es extremadamente estrecha. Las sanciones de la moral merecen tan poca confianza que, en materias consideradas esenciales en una comunidad, tienen que ser respaldadas por castigos y penas cuyo monopolio tiene el Estado. Al mismo tiempo, al derecho

le incumben reglamentaciones que no pueden ser fácilmente derivadas de principios morales, y la moral nos ordena que no nos limitemos a nuestros derechos legales, y nos impone en relación con nuestros prójimos deberes más amplios que los que nos impone la ley. Las dos clases de control tienen, sin duda, funciones diferentes, pero los principios morales son siempre la justificación de los principios legales y de la legislación particular, aunque de vez en cuando la justificación quizá no nos satisfaga, y el gran principio que el derecho trata de encarnar, y según el cual lo interpretan los jueces, es el principio moral de justicia.

Así, pues, completamente aparte de las consideraciones sociológicas de que hemos tratado arriba, el derecho no puede ser considerado meramente como una técnica arbitraria para mantener el orden; es siempre un intento de realizar la justicia, de acuerdo con las luces de la sociedad o de sus gobernantes. La dificultad está, naturalmente, en que varían las estimaciones de la justicia, y el *aparato* legal puede ser explotado de tal modo por los que lo controlan, que se le use como arma de violencia renunciando a toda pretensión de legalidad.

La sociología de la moral es materia demasiado vasta para que la tratemos aquí. Todos sabemos que la moral tiene un contenido diferente según pasamos de una sociedad a otra, pero, como observó Ross,[23] esas diferencias pueden exagerarse fácilmente. Deberes como la fidelidad, la reparación, la compensación o indemnización, la distribución equitativa y la beneficencia, se encuentran en todas partes, y muchas de las diferencias de los códigos morales pueden explicarse por los predicamentos especiales en que se encontraron las sociedades.[24]

[23] Ross, *The Right and the Good*, Oxford, 1930.
[24] Ginsberg, *Reason and Unreason in Society*.

El principal de los problemas importantes, que la moral relativista ignora o no explica satisfactoriamente, es que la acción humana debe juzgarse por las categorías "bueno" y "malo". Si la moral fuera sólo prudencia, es extraño que tantas cosas imprudentes se consideren, no obstante, "buenas".

Moral, derecho y costumbre no son las únicas clases de control social. Dominándolas a todas está la formulación religiosa dentro de la cual toman forma. Es realmente imposible encontrar una definición de la religión que satisfaga a todo el mundo; si intenta abarcar todas las variedades contenidas en un libro sobre "religión comparada", es demasiado vaga; si selecciona características que el autor de la definición considera esenciales a la "verdadera" religión, corre el peligro de ser demasiado estrecha. Quizá el enunciado más satisfactorio de la función de la religión es el que ofrece Hobhouse:[25] un esfuerzo por parte del hombre para entenderse con el mundo, en tanto que un rasgo esencial, que diferencia el intento filosófico de entenderse con el universo del religioso, es la distinción de Durkheim entre lo sagrado y lo profano.

En general se está de acuerdo en que la religión es más que mera creencia, implica también sentimiento y acción, y Thouless[26] tuvo en cuenta todos estos aspectos al definir la religión como "una relación práctica sentida con el ser o los seres a los que se cree sobre-humanos".

Hay otro concepto —mágico— estrechamente relacionado con la religión, pero que algunos autores no aciertan a distinguir de ella. Entre los pueblos primitivos, entre los individuos menos instruidos de nuestra propia sociedad, y manifestándose de vez

[25] Hobhouse, *Morals in Evolution*, Chapman and Hill, 6ª ed., p. 398

[26] Thouless, *Psychology of Religion*, Cambridge, 1923.

en cuando en la conducta irreflexiva de los hombres civilizados, encontramos acciones que no son validadas por los conocimientos científicos. El Rev. James Macdonald nos cuenta, dice Frazer,[27] que "en su juventud, cuando iba a pescar con sus compañeros al lago Aline y los peces tardaban mucho en picar, acostumbraban fingir la pesca, como si fuera un pez, de uno de sus compañeros, al que arrojaban previamente al agua. Después comenzaban a picar las truchas o los silloch, según que la barca estuviera en aguas dulces o saladas". "En Prusia se dice que si no se puede capturar a un ladrón, lo mejor que puede hacerse es conseguir alguna prenda de ropa que haya dejado caer en su huida; si se sacude enérgicamente la prenda, el ladrón caerá enfermo."[28] Éstos son ejemplos de la que Frazer llama magia "homeopática o imitativa" y "contaminante" respectivamente, y según él, cuando "un tardío reconocimiento de la falsedad inherente a la magia y de su esterilidad puso a la parte más inteligente de la humanidad a meditar una mejor teoría de la naturaleza", es cuando aparece la religión como "una propiciación o conciliación de poderes superiores al hombre que se cree que dirigen y dominan el curso de la naturaleza y de la vida humana". Ahora bien, además de esas prácticas, que implican una relación causal, hay otra serie de creencias que suelen llamarse "mágicas". Se cree que hay ciertas personas, lugares o cosas investidas de cierto poder extraño, de una gracia "carismática", que los hace peligrosos, misteriosos y eficaces. A ese poder se le da en Melanesia el nombre de *mana*, y, según Marett,[29] el respeto a esa agencia "sagrada" es la base de donde brotó la religión.

27 Frazer, *La rama dorada*, F.C.E., México, 1961, p. 42.
28 *Id.*, p. 70.
29 Marett, *The Threshold of Religion*, Oxford, 1909.

El ritual mágico ciertamente parece estar más asociado con el aspecto "sagrado" de la existencia que con el "profano", aunque las actividades ordinarias de la vida son reforzadas con frecuencia por prácticas mágicas. Según Malinowski,[30] las prácticas mágicas se distinguen de las religiosas en que siempre tienden a un fin determinado, a un efecto determinado que están llamadas a producir, en tanto que el ceremonial religioso siempre es un fin en sí mismo: poner a los adoradores en contacto con fuerzas espirituales, la exaltación colectiva de ciertas creencias, tales como la inmortalidad del alma, y la inculcación solemne de la moral tradicional. Por otra parte, Malinowski insiste en que la magia es un poder esencialmente humano, que se ejerce mediante un conjuro y que reside en un ser humano carismático específico.

Las implicaciones de las prácticas mágicas han dado lugar a numerosas especulaciones sobre la mentalidad del hombre primitivo. Kelsen[31] sostiene que el hombre primitivo cree que todo lo que sucede en la naturaleza está determinado por intenciones personales. El hombre primitivo, según él, no puede ver la naturaleza sino personificada y, por decirlo así, socializada, es decir, actuando de acuerdo con el sistema de obligaciones y de represalias que son características de la sociedad que él conoce.

Hobhouse[32] y Lévy-Bruhl[33] también sostienen, aunque de manera muy diferente, que las prácticas mágicas primitivas se deben a la inmadurez de la mente del salvaje, que no ha creado las categorías

[30] Malinowski, "Magic, Science, and Religion", en *Science, Religion and Reality*, ed. J. Needham, Sheldon Press, 1925.
[31] Kelsen, *Nature and Society*, Kegan Paul, 1946.
[32] Hobhouse, *Morals in Evolution*, p. 384.
[33] Lévy-Bruhl, *L'Ame Primitive*, París, 1927.

diferenciadas de causa y efecto, sustancia y atributo (Hobhouse), o está aún en un estado de participación mística con otros elementos del universo (Lévy-Bruhl), en tanto que los psicoanalistas afirman que la creencia mágica en el poder de las ideas es característica de la infancia, y que aún se esconde en la parte inconsciente de la mente civilizada. Pero esta interpretación de la magia como inmadurez mental ha sido muy discutida.

Malinowski[34] describe cómo los salvajes entre los cuales vivió tenían creencias perfectamente racionales sobre las causas físicas que representan un papel al fertilizar un huerto, pero usaban ensalmos y gestos mágicos para garantizar el éxito de sus actividades; para ellos la "magia" era un sistema adicional explicativo y útil que llenaba las lagunas de ignorancia o falta de destreza.

La religión, interesada como lo está en las fuerzas que moldean el destino del hombre, variará de formulación según las concepciones de la naturaleza humana y del mundo en que vive el hombre, y según las materias que sean para él de suprema importancia en cualquiera de las fases de su desarrollo. Sea cualquiera la verdad acerca de la fuerza impersonal del *mana* (Melanesia), el *orenda* o el *wakanda* (indios norteamericanos) —y sabemos muy poco de esas creencias—, es indudable que en las primeras fases de la creencia religiosa se piensa que el mundo está poblado de espíritus y espectros de carácter benéfico o maléfico. Cuando lo que importa es la fertilidad, la religión santificará ese aspecto de providencia; cuando interesan las fuerzas de la naturaleza, la religión santificará el acercamiento a ellas; en tanto que la muerte, la iniciación en las tradiciones del grupo y otros episodios im-

[34] Malinowski, art. cit., p. 30.

portantes de la vida, se rodearán de un ceremonial religioso destinado a estimular las actitudes constructivas de los creyentes y a contrarrestar los temores y las tentaciones de entregarse al libertinaje, que acabarían por destruir la armonía de la tribu.

El politeísmo, más complicado, que aun puede conservar un fondo de magia primitiva, relega los poderes que gobiernan el universo a otra esfera, y los dota de caracteres más personales, que, como en Grecia, están sometidos al imperio de una ley moral y actúan de protectores del bien y vengadores del mal.

Gradualmente se va concibiendo un mundo espiritual opuesto al mundo de todos los días. En la India, y en China con el taoísmo, el mundo cotidiano tiene tan poca importancia que es una mera ilusión; en Persia se concibe la vida como una lucha entre las fuerzas de la luz y las de las tinieblas y el mal, mientras que por breve tiempo en Egipto concibió Amen-hotep IV, desafiando al sacerdocio, un dios único del que emana toda bondad, como la luz del sol. Más tarde, los profetas judíos proclamaron un Dios único justo que deseaba de sus adoradores bondad de corazón y no sacrificios.

Esta breve e insuficiente exposición de las variedades de la formulación religiosa pretende únicamente recordar al lector esa misma diversidad. Es un hecho que hace imposible esperar que ninguna teoría sola de la función social de la religión explique todos los casos. Durkheim, en sus *Formes élémentaires de la vie réligieuse*, formula una opinión basada en un estudio de las creencias y las prácticas totémicas de los aborígenes de Australia. Se pregunta: ¿Cuál es la naturaleza de lo "sagrado"? Es algo que actúa coercitivamente desde fuera, y sin embargo encuentra eco en nuestros corazones. Seguramente eso —dice Durkheim— es precisamen-

te lo que es la sociedad. Lo sagrado, para él, es el tirón que da lo social, los dioses son proyecciones de la unidad social, mientras que el ritual, con sus ordenados giros, parece reforzar el orden y la solidaridad sociales. Sin duda hay algo de verdad en esto —los dioses han sido identificados con ciudades y con grupos de hombres—, pero no explica la experiencia religiosa privada ni las religiones universales que no están respaldadas por una unidad sentida de la humanidad.

Las aportaciones de Weber a la sociología de la religión se refieren a sus aspectos sociales. En el capítulo que dedica a la religión en *Economía y sociedad* relaciona los tipos de creencias religiosas con los tipos de creyentes. No pretende que haya una relación personal generalizable de manera universal: más bien, a ciertas clases de hombres les parecen atractivas determinadas formulaciones en diferentes predicamentos. Los sacerdotes y los gobernantes de imperios tienden a preferir un dios único predominante, que mantiene el orden del universo. Los campesinos tienden a conservar creencias mágicas tradicionales, pero manifiestan un fervor religioso peculiar cuando son oprimidos, como lo fueron los campesinos judíos por los habitantes de la ciudad. Una nobleza de guerreros que se creen suficientemente meritorios, probablemente no creará una atmósfera de piedad, y más bien preferirá la creencia en el Destino, en dioses de las batallas,[35] en una "lucha por la fe" religiosamente expresada (*cf.* el mitraísmo), y en una recompensa después de la vida, más bien que en la salvación. Los funcionarios confucianistas conservan la creencia en un "Modo de Vida" ordenado, racional, no salvacionista, dejando los órdenes inferiores dedicados a sus

[35] *Cf.* Chadwick, Comparación entre las religiones escandinava y griega en *The Heroic Age,* Cambridge, 1912.

prácticas mágicas. El pequeño burgués proporciona, según Weber, el semillero de diversidad de productos, inclinados al sectarismo de carácter salvacionista (el cristianismo, dice,[36] es una *Handwerkerreligiosität* [religiosidad de artesanos] típica). Las clases inferiores hallan solaz en el ceremonial semiorgiástico (metodismo primitivo y Ejército de Salvación), en tanto que el intelectual, que busca una visión unificadora del sentido de la vida, quizá busque la salvación en formas racionalizadas de disciplina mental.

La segunda de las aportaciones de Weber concierne a la relación entre el profeta carismático, "instrumento de Dios", con un mensaje que comunicar: "la ley dice... pero yo os digo", y el sacerdocio, que tiende a consolidar sus escrituras contra él.[37] Particularmente interesante es la teoría de la reducción de la sucesión carismática a una tradición, tan fanática y literal como la tradición sacerdotal que trata de destruir. Esta *Veralltäglichung* del carisma, la transformación de una autoridad carismática en una organización cotidiana, tiene lugar no sólo en el mundo de la religión, sino que, cuando el carisma se vincula a un jefe militar o político, tiene lugar en el mundo de los asuntos profanos. El problema de la sucesión del jefe, el papel que desempeñan sus secuaces y la reverencia con que se reciben sus enseñanzas, son cosas que podemos ver hoy en el drama de la situación del mundo.

Ya mencionamos la tercera aportación de Weber. En *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie* estudia la acción recíproca entre las ideas religiosas y los valores de un lado y la vida social y económica de otro en China, India, los judíos y Europa en la época de la Reforma. Su propósito principal es des-

[36] Weber, *op. cit.*, vol. II, p. 155.
[37] *Id.*, vol. II, pp. 139 *s.*

cubrir, por la aplicación del método comparativo, lo que estaba presente en Europa cuando se desarrolló el capitalismo moderno, y ausente en otras partes donde pudo desarrollarse (por lo que a recursos se refiere) y no lo hizo. Arriba hemos indicado la conclusión general, pero en estos estudios hay mucho más que esto. Con prodigiosa sabiduría analiza los cambios importantes en la historia religiosa y social del honduismo, el budismo, el confucianismo, el judaísmo y el cristianismo, y su obra es un modelo de interpretación sociológica.

Finalmente, deben mencionarse tres problemas que plantea el estudio de los controles sociales, aunque no haya aquí espacio para estudiarlos con el debido detenimiento.

Si consideramos los controles sociales como formando un todo unificado, influyéndose mutuamente, se plantea la cuestión de la relación causal entre las clases de controles. Por ejemplo, ¿los cambios en las formulaciones religiosas preceden a los cambios en los valores morales, que es lo que parece a primera vista, o es al contrario? Indudablemente puede presentarse un buen argumento a favor de la tesis de que los cambios de sensibilidad moral y la expansión de una secta dentro de una iglesia precedieron, en la historia del cristianismo, a los cambios en la doctrina.

El segundo punto se refiere a la homogeneidad y consecuencia de los controles sociales. Esto varía de una sociedad a otra. En las sociedades más primitivas, y en la Europa medieval, parece haber o que hubo mucha más uniformidad de la que hay actualmente en nuestra propia sociedad. Si predomina una sola doctrina uniforme, todos los individuos se inclinan a aceptarla y adaptarse a ella, aunque —como dice Malinowski— no debemos exagerar su subordinación voluntaria. Pero si hay diversidad

de ideologías y de valores en competencia, cada uno de ellos puede ser explotado como excusa para que cada uno persiga sus propios intereses: la formidable pregunta, "¿por qué debo...?" se presenta por sí misma y no recibe una contestación uniforme, de suerte que, como dice Margaret Mead,[38] "la educación para elegir" toma el lugar de la simple preparación social.

Finalmente, observaremos que todo el problema de los controles sociales, interpretados como hemos hecho nosotros, suscita la siguiente pregunta: ¿Las ideas y la reflexión racional determinan siempre nuestras acciones y políticas sociales, o son esas ideas meras formulaciones epifenoménicas, que nacen enteramente del choque interno de intereses materiales y carecen de toda eficacia causal? Ésta es la opinión de los "materialistas". El problema es extremadamente difícil, y no podemos estudiarlo aquí, pero pueden hacerse dos observaciones: *1)* Obviamente actuamos sin duda como si sirviéramos a determinados ideales, aunque en la elección de ideales indudablemente estemos influidos por nuestros intereses materiales en mayor medida de lo que estamos dispuestos a reconocer. La obligación de demostrar que la persecución deliberada de valores no tiene ningún papel independiente en la determinación de la acción social recae sobre quienes niegan eficacia causal a la acción mental, no sobre los que la afirman. *2)* Lo curioso es que quienes niegan la eficacia causal de reconocer que ciertos estados de cosas son mejores que otros, son con frecuencia las mismas personas a quienes uno pondría como ejemplo de individuos que se sacrifican por producir un cambio social precisamente porque están dotados de una sensibilidad que les hace desear el

[38] *Coming of Age in Samoa*, Penguin, pp. 137 *ss.*

bienestar de los sectores oprimidos de la humanidad. Si el cambio de creencias no nos hace obrar de un modo diferente, ¿por qué esas personas tratarían de persuadirnos de la rectitud de sus creencias?

VIII. LA SOCIEDAD COMO SISTEMA DE INSTITUCIONES

HEMOS examinado las sociedades desde varios puntos de vista; cambiamos —para usar la metáfora que empleamos más arriba— nuestros lentes para descubrir a su turno los focos de poder, el sistema económico, las diferentes estratificaciones, y el sistema de ideas y valores guías. Las sociedades grandes presentan todos estos aspectos, las pequeñas sociedades incluidas en aquéllas, pero no organizadas, los presentan todos excepto el económico.

Toda sociedad puede ser analizada dentro de un sistema de centros de poder y de una estratificación de niveles de prestigio, y toda sociedad es en cierto sentido finalista y encarna ciertos valores, palabra que debe interpretarse como comprensiva de *todas* las ambiciones y todos los propósitos, desde la colaboración egoísta de los ladrones con su precario sistema de honores hasta los altos ideales de la Sociedad para Evitar la Crueldad con los Niños. Además, ha resultado evidente que el sistema de poder, la estructura económica, la estratificación y la ideología se influyen mutuamente, y que la economía tiene un papel predominante, pero no exclusivo.

El provecho económico acompaña al poder, y el poder procura mantenerse no sólo por el dominio, sino por el provecho económico. El poder y el éxito económico elevan a los que los gozan a lo más alto de la escala social, en tanto que los que se encuentran en lo más bajo sólo tienen poder si se organizan y ocupan posiciones clave en el sistema económico. Los sistemas de valores ponen de manifiesto

transacciones siempre cambiantes y siempre difíciles entre los intereses de los individuos o sectores, y las exigencias de la sociedad en general, y aun de una visión más amplia del bienestar humano.

Suponiendo que ahora tratamos de mirar las sociedades como conjuntos, y no desde puntos de vista especiales, podemos, si estamos a suficiente distancia, ver sus miembros componentes un tanto parecidos a hormigas que realizan sus actividades sociales dentro de una zona delimitada por nuestra observación. Habrá más intercambios *dentro* de la zona que entre los individuos de ella y los de los círculos exteriores próximos. Los veríamos seguir normas de conducta uniformes, y si fuésemos sociólogos de tendencias behavioristas, eso sería todo lo que nos interesaría. Pero suponiendo que introducimos una dimensión temporal y echamos miradas frecuentes a las generaciones sucesivas de nuestras hormigas, y suponiendo que las diferencias individuales entre una hormiga y otra se desvaneciesen, la norma de acción, repetida con estrecha analogía en toda la zona, podría resaltar, al igual que el camino que traza una antorcha, que se hace girar, cuaja en un círculo. La visión que pudiéramos tener de las normas así cuajadas nos llevaría muy cerca de ver la sociedad como un sistema de instituciones.

Ginsberg[1] define una institución como "usos reconocidos y consagrados que gobiernan las relaciones entre individuos y grupos". Podemos presenciar el nacimiento de una institución, o de algo muy parecido a ella, en la vida social diaria. Cuando, por ejemplo, tres personas viven juntas, se plantean varios problemas: ¿Quién se sentará en este sitio a la mesa o en la sala? ¿A qué horas se harán las co-

[1] Ginsberg, *Sociology*, Home Univ. Library, p. 42.

midas? ¿Quién y cuándo usará el baño? Y así sucesivamente. Pueden discutir sobre el asunto o encontrar una solución al presentarse la ocasión, pero después de algún tiempo solemos encontrarnos con que ésta es "la silla de *A*", ésta "la silla de *B*", y aquélla "la de *C*", que la comida es a la una en punto, y que *A* se baña antes de desayunarse, y con gran frecuencia son reglas de este tipo las que dominan las vidas de aquellos a quienes debían servir. *A* se sienta en el sitio de *B*, y oímos: "¡Qué raro es que te sientes ahí!" La distribución de los sitios, las horas de las comidas y del baño se han "institucionalizado".

Este ejemplo casero no quiere sugerir, naturalmente, que las grandes instituciones de una comunidad: matrimonio, familia, bancos, etc., hayan sido deliberadamente inventadas; pero sí quiere sugerir que "esas formas o condiciones consagradas de procedimientos", como las llama MacIver, nacen como soluciones aceptadas de problemas sociales humanos.

Como de costumbre, cuando tratamos de solidificar la realidad social viva en concepciones abstractas, encontramos difícil trazar líneas delimitantes. Aquí nos parece casi imposible hacer una distinción entre "institución" y "costumbre"; de hecho, hay fenómenos a los que sería aplicable cualquiera de las dos palabras. "Una 'institución' —dice MacIver—[2] implica un reconocimiento más definido. Llamaríamos institución a la fiesta del casamiento, pero costumbre al noviazgo, y sin duda llamaríamos institución al matrimonio." Es éste un caso en el que debemos evitar la tiranía de las palabras. En realidad importa poco que llamemos "institución" o "costumbre" a la fiesta del casamiento, pero cuan-

[2] MacIver, *Society*, p. 15.

to más esquemática y firmemente establecida sea una relación, más apropiada parece la palabra "institución".

Hemos mencionado incidentalmente clases enteras de instituciones al tratar de los "complejos de instituciones" de la economía y el gobierno. Si, como sucede en tiempos de escasez, hay trueques *ad hoc* entre amigos, no hay institución; si la gente lleva lo que le sobra a un lugar determinado para cambiarlo, aparece un mercado y comienza a existir una institución. Si un individuo presta a otro 10 chelines, esto no es una institución, aun cuando le exija que le devuelva 11; pero si un grupo de personas que tienen dinero para prestar encuentran un método organizado para hacer que lo sepan los que lo necesitan, entonces —si el arreglo *ad hoc* es copiado y perpetuado— tenemos una institución. El número de instituciones administrativas, de instituciones económicas, de instituciones para facilitar la elección de representantes o la negociación de comisiones, etc., forma legión; pero hemos elegido tres tipos de instituciones para tratarlas de manera especial: *1)* instituciones relativas al casamiento y al cuidado de los niños, *2)* instituciones relativas al acceso a los artículos de consumo, y *3)* instituciones relativas a la adaptación de los jóvenes para desempeñar un papel en la sociedad de los adultos.

1) De su enorme colección de datos concluye Westermarck[3] que la hipótesis de un estado primitivo de promiscuidad es insostenible. Siempre se encuentra, a lo que parece, alguna restricción formal a las relaciones sexuales, aunque con frecuencia se permita la promiscuidad premarital. El carácter de la restricción varía. Puede ser temporal o per-

[3] Westermarck, *Origins of Human Marriage*, Macmillan, 1912.

manente, puede consistir en que un grupo de hermanos tenga acceso exclusivo a un grupo de hermanas, o que un individuo tenga acceso exclusivo a un grupo de mujeres, o también que una mujer lo tenga a un grupo de hombres, aunque esto último (poliandria) es raro. Las consideraciones económicas son, como es de rigor, importantes: se le puede permitir a un hombre que tenga más de una mujer, pero puede no tener medios para sustentarlas, y, en el caso de un matrimonio tibetano entre una mujer y más de un hombre, los hombres suelen ser hermanos, y el canal único para tener prole sirve para evitar la división de la propiedad.

La economía juega también un papel en la negociación. Si hay que pagar un precio por la novia, este hecho puede dominar la economía de toda la sociedad, y un joven desposado puede pasarse la vida pagando las deudas contraídas para casarse. Si, por otra parte, se espera que la novia aporte una dote, quién haya de proporcionarlo y cómo, y la elección del marido que menos exija, son, como recordarán los lectores de las *Cartas* de Paston, asuntos del mayor interés. En realidad, hace relativamente poco que el amor romántico se considera la única base apropiada para la complicada técnica de poner una casa. También la disolución del matrimonio se hace de diversas maneras, desde el simple acto de abandonar el hogar hasta la prohibición de cualquier tipo de disolución.



MacIver distingue tres funciones generales de la familia: la perpetuación de la especie, la satisfacción regular del instinto sexual, y la creación de un hogar; pero el papel representado por el hogar ha tenido una larga historia de cambios. En la sociedad primitiva actual, y, así podemos suponerlo, en nuestro propio pasado remoto, la familia está rodeada de una red de parientes con los que se tienen

obligaciones y de los cuales pueden esperarse servicios, pero sin quedar sumergida; conserva su identidad, si bien no se aísla de los demás parientes, como tiende a hacer hoy la familia.

El tamaño de la familia varía. En algunas sociedades, en China y entre los cabilas, por ejemplo, y como es el caso de la *zadruga* de Yugoslavia, la pequeña familia de madre, padre e hijos, se amplía hasta comprender a los abuelos y los tíos y las tías, para formar una "familia grande" o "familia agrupada", ya vivan todos bajo un solo techo o en una serie de casas o cabañas construidas alrededor de un patio. La *zadruga* formaba "una organización cooperativa de producción, y algunas veces comprendía hasta 100 individuos".[4] Cuando era una institución floreciente, las siempre delicadas relaciones entre la nueva nuera y la señora de la casa estaban firmemente controladas por el jefe patriarcal, y el hijo apoyaba a su madre en exigir que se la obedeciese; pero al disolverse el sistema hubo un cambio, la nuera se permite darse importancia y su marido tiende a ponerse de su lado.

El tamaño de la familia se redujo gradualmente; los jóvenes esperan establecerse por su cuenta, las casas son demasiado pequeñas para alojar más de una familia, y lejos de llevar los jóvenes a sus mujeres al hogar familiar, las muchachas se niegan frecuentemente a contraer matrimonio si no van a tener un hogar propio.

También cambió la situación de las mujeres. Entre los pueblos primitivos, como observó Langton-Davies,[5] la actitud hacia las mujeres se complica con consideraciones mágicas: o bien se cree que tienen una valiosa magia dispensadora de fertilidad, o quizá se consideran sus funciones fisiológicas tan peli-

[4] Ehrlich-Stein, *Sociological Review*, XXXII, p. 226.
[5] Langton-Davies, *Short History of Women*, Watts, 1938.

grosas, que hay que tomar precauciones especiales para evitar los malos efectos de la contaminación.

En Babilonia las mujeres podían tener propiedades; en Roma, cuando se libraron de las ataduras del antiguo matrimonio romano y gozaron de la unión más libre del *usus*,[6] alcanzaron una situación de relativa libertad.

En la Edad Media, el hidalgo caballeroso colocó a la femineidad sobre un pedestal más o menos accesible, pero ese romanticismo no debe hacernos olvidar la eficacia práctica con que Margarita Paston se esforzó en defender su castillo de Gresham contra la fuerza armada de un pretendiente a su propiedad. Desde el siglo XVIII, en Inglaterra la historia ha sido la de una progresiva emancipación de la mujer: el derecho de propiedad, el de voto, y el acceso a las profesiones han conducido a la demanda de que se le pague igual que a los hombres que hacen la misma clase de trabajo. Pero debemos acoger con cautela toda exposición de la situación cambiante de la mujer.

La cuestión de si las mujeres son más felices ahora que antes no puede decidirse, desde luego; pero es cosa del todo manifiesta que la influencia de las mujeres no depende totalmente de su situación legal, y cuando leemos algo acerca de la situación de las mujeres en otros tiempos debemos recordar que esas informaciones suelen referirse a las mujeres de las clases altas. Cuando se pasa por los distritos rurales donde las mujeres, habitualmente y por generaciones, trabajan la tierra, uno no puede menos de preguntarse si su situación es, en la práctica, muy diferente de lo que era hace centenares de años.

No quiere esto decir que la independencia de la

[6] Si permanecían lejos de sus maridos tres noches en el año no pasaban por completo "a sus manos".

mujer no haya cambiado en nada la sociedad; sí la ha cambiado, aunque no sea más que en el sentido de que el matrimonio no es ahora la única carrera abierta a las mujeres. Por otra parte, los autores del informe[7] sobre desempleo comisionados por el Pilgrim Trust, en 1938, encontraron en los distritos donde las mujeres trabajan en las fábricas una atmósfera social diferente del ambiente de otras partes.

La familia, en las circunstancias culturales occidentales, se reduce funcionalmente, materia de mayor importancia que la reducción cuantitativa de su tamaño.

No hace mucho tiempo que la familia casi se bastaba a sí misma, proporcionándose comida y ropa y sus propios servicios sociales. Venían al mundo los bebés, y eran cuidados y, aun en las familias más pobres, educados; se pasaban las vacaciones en la aldea, con alguna visita a la ciudad próxima, y era obligación de los individuos jóvenes y de mediana edad cuidar a los ancianos.

Pero poco a poco el Estado se fue encargando de dar asistencia prenatal, y de proporcionar jardines de niños, escuelas primarias y otras formas de instrucción; se dispone de servicios médicos con mayor amplitud; la fábrica y la oficina proporcionan los lugares de trabajo; la bicicleta, el autobús y el automóvil han borrado los límites de la aldea y hecho accesibles los nuevos tipos de diversiones mecánicas; los clubes y las sociedades de jóvenes atraen a los individuos de la familia, de suerte que se percibe una nota antifamiliar.

Oímos que la influencia de la familia anula los esfuerzos del educador, y en Rusia, en los primeros tiempos de la Revolución, muchos niños fueron se-

[7] *Men Without Work*, Pilgrim Trust, Cambridge, 1938.

parados de sus padres y criados en instituciones del Estado. Si los individuos encuentran su educación, su trabajo y sus diversiones fuera del círculo familiar; si las mujeres pueden realizar tareas que las hacen independientes; y si, en el campo, la idea de la familia que se bastaba a sí misma, que necesitaba que los hijos y las hijas permaneciesen en la casa para ayudar en la granja, está prácticamente muerta, sin duda está amenazada la existencia misma de la familia.

Pero esa opinión no se admite de ninguna manera. Argumentando sobre premisas psicológicas, Westermarck [8] declaró que las necesidades que la familia satisface son innatas en la naturaleza humana y sólo puede satisfacerlas la familia; el matrimonio mismo, dice Westermarck, "está enraizado en la familia y no la familia en el matrimonio". Rusia favorece ahora la vida de familia. Los servicios de guarderías infantiles y de escuelas maternales no deben considerarse como un síntoma de disolución de la familia, sino más bien como un medio para aligerar las cargas de la crianza de los niños.

Un grupo de médicos,[9] basando su acción en una teoría de la función biológica esencial de la familia, fundó en Peckham un club "experimental" para familias, en el que se atendía a la salud de sus individuos y bajo el mismo techo se les proporcionaban diversos entretenimientos, de modo que los niños se infiltraran gradualmente en la vida adulta en una sociedad igual a la que frecuentaban sus padres y sus hermanos y hermanas mayores.

Los psicólogos[10] han señalado la inadaptación del

[8] Westermarck, *The Future of Marriage*, Macmillan, 1936.

[9] Pearse y Crocker, *The Peckham Experiment*, Allen and Unwin, 1943.

[10] Por ejemplo, Freud y Bellamy, *Infants Without Families*, Allen and Unwin, 1943.

carácter de los individuos criados en instituciones. Autoridades locales inquietas organizan conferencias sobre la vida del hogar, la crianza de los niños, etc., y en la literatura sobre criminología se contrapone el hogar feliz a los efectos desastrosos del hogar "deshecho".

No es extraño que muchas personas se inquieten cuando ven los índices de divorcios. Según la estadística para 1940 del Registrador General, el índice de divorcios y anulaciones por 100 000 habitantes fue en Inglaterra y Gales para el quinquenio 1876-1880 de un promedio de 1.2 por año; en 1916-1920 fue de 4.5; y entre 1921 y 1933 varió entre 6.8 y 10.2. En 1937 fue de 11.9; en 1938, 15.2; en 1939, 19.2; y en 1940, 16.0. En 1936, cuando el índice inglés de divorcios fue de 10 por 100 000, en Noruega fue de 35, en Suecia de 46, en Bélgica de 37, en Holanda de 35, en Francia de 52, en Alemania de 35, en Dinamarca de 86 y en los Estados Unidos de 129.[11]

La interpretación de esas cifras es extremadamente difícil. Resulta claro que los índices del divorcio proporcionan sólo una medida muy indirecta de la inestabilidad de la familia, porque no incluyen los casos de "familias deshechas" que no llegaron a los tribunales de divorcios. Puede ser que con la reducción del costo de los trámites del divorcio se regularicen desuniones que no lo habrían sido formalmente, de modo que puede decirse que el aumento del índice de divorcios no significa el aumento del número de familias inestables, y puede argüirse además que el índice relativamente bajo de Inglaterra indica la estabilidad en familias que no aprovechan las modernas facilidades para divorciarse, y que también es justo que las familias, relativamente escasas, que no pueden vivir en unión,

[11] Myrdal, *Nation and Family*, Kegan Paul, 1945.

sean legalmente disueltas para que las partes puedan contraer uniones más estables.

El número de solicitudes de divorcio en Inglaterra y Gales varía con la duración del matrimonio y el número de hijos: en 1942 se registraron 32 peticiones durante el primer año de matrimonio, 636 después de 2-5 años, 1 740 después de 5-10 años, 2 308 después de 10-20 años, y 956 después de 20 años. En el mismo año, 2 421 solicitantes no tenían hijos, 1 820 tenían uno, 887 tenían 2, 553 tenían 3-6, y sólo 10 tenían más de 6 hijos, pero esto es en todo caso una excepción.

La misma tendencia, en relación con el número de hijos, se observó también en los Estados Unidos.[12] Las cifras relativas plantean un problema complicado de interpretación estadística, problema que aún no ha sido resuelto. Ninguna hipótesis causal por sí sola explicará la diferencia. Indudablemente tiene algún papel la religión, ya que a los católicos les está prohibido el divorcio; pero Inglaterra, país no católico, tiene un índice bajo. Tampoco la urbanización explica la diferencia, porque en los Estados Unidos el índice de divorcios es más elevado en el Oeste, donde, según MacIver, "la movilidad de la vida tan característica de los Estados Unidos, y en particular del Oeste, ha debilitado el sentido de continuidad". Las facilidades legales no cuentan para nada, aunque evidentemente producen alguna diferencia, porque en Noruega y Suecia puede obtenerse el divorcio por mutuo consenso de las dos partes y, sin embargo, sus índices son más bajos que los de ciertos países donde no es ése el caso. Se ve uno obligado a concluir que en cada comunidad la actitud hacia el divorcio es una función de diferentes variables: la tradición, la estima-

12 Ogburn y Nymkoff, *Handbook of Sociology*, Kegan Paul, 1947, p. 477.

ción del "amor romántico", las circunstancias legales, la religión, etc., y que ningún factor tiene por sí sólo predominio universal.

2) La naturaleza de la institución que trata del uso y destino de objetos materiales, de la tierra y de entidades inmateriales, la institución de la propiedad, es uno de los asuntos más complicados de la sociología. Una de las principales dificultades es que pensamos en la "propiedad" de acuerdo con nuestra propia cultura, y, aun así, de una manera excesivamente simple. El lugar común de que la "propiedad" es una simple relación entre el "propietario" y la cosa "poseída" se interpone en el camino de toda comprensión de la institución de la propiedad en diferentes culturas.

La propiedad, cuando se somete a examen, se disuelve en una constelación de derechos exclusivos de un sujeto —ya sea una persona o un cuerpo de personas—, de que este sujeto está investido. Dicho un poco toscamente, puede afirmarse que la propiedad se relaciona con la pregunta: ¿quién tiene derecho a hacer algo con algo?, o dicho de otro modo: ¿quién tiene derecho a valerse de una cosa y disponer de ella? La constelación de derechos variará: *1)* con la naturaleza del sujeto poseedor; *2)* con la naturaleza de la cosa poseída; y *3)* en general, de una comunidad a otra. Los derechos que principalmente conciernen a la propiedad son: derechos de uso, enajenación por donación o venta, destrucción y legado, y cada uno de ellos puede estar limitado de diversas maneras. En nuestra sociedad, la constelación más completa de derechos es la que posee el individuo respecto de sus efectos personales, como su reloj, su pluma, sus ropas, etc.; pero cuando llegamos a la propiedad de tierra, los derechos, por razones bastante obvias, están expuestos a ser drásticamente cercenados.



Las clases de cosas que se dice son poseídas pueden clasificarse convenientemente en objetos mobiliarios e inmobiliarios, incluido el ganado, tierra y agua, y entidades inmateriales (cosas en acción) tales como acciones, arriendos, derechos de propiedad intelectual, patronatos, etc. Esos derechos pueden pertenecer a individuos, corporaciones, servicios y grupos de individuos, incluso en este último caso grupos que, en conclave colectivo o mediante representantes, pueden controlar los derechos de uso o de enajenación, que pueden ser ejercitados por individuos o por familias.

El sistema más completo de derechos, como ya se ha dicho, se centra en torno de los efectos personales, utensilios y armas, aunque un uso consuetudinario puede disponer, como entre los esquimales de Groenlandia, que todo el mundo tiene derecho a usar cualquier cosa que necesite. Los animales muertos en cacería o los grandes animales marinos capturados en la costa con frecuencia tienen que ser repartidos de acuerdo con un complicado sistema de derechos de parentesco.

Cuando llegamos a la tierra es cuando las diversidades de derechos llegan a ser desconcertantes. Una mirada al análisis de los derechos de propiedad entre gente sencilla en el compendio de Hobhouse, Wheeler y Ginsberg[13] basta para indicar el margen enorme de diferencias que pueden encontrarse, y aquí no podemos intentar hacer un resumen de la materia. Pero una cosa resulta clara en todas las investigaciones recientes sobre sistemas primitivos de tenencia de la tierra, y es que la idea imperante de que los pueblos primitivos gozan un comunismo primitivo es un disparate.

13 Hobhouse, Wheeler y Ginsberg, *The Material Cultures and Social Institutions of the Simpler Peoples,* L.S.E., s. f., p. 243

Las expresiones "propiedad común" y "propiedad colectiva" se usan a veces como equivalentes, y no se da una idea clara de lo que quiere decirse exactamente. Pueden distinguirse las siguientes nociones: *1)* la noción de una tribu que considera una superficie de tierra propiedad suya para cazar, o para cultivarla, y para defenderla contra intrusos. Esto parece ser universal en todos los pueblos sedentarios y en muchos pueblos nómadas; *2)* la ausencia de derechos individuales o de sector dentro de la zona tribal; tal puede ser a veces el caso en un pueblo cazador de bajo nivel respecto de *toda* la tierra considerada como suya, pero con mayor frecuencia, al desarrollarse la técnica económica, esta propiedad estrictamente "comunal" se limita a ciertas zonas de pastos o de bosque; *3)* derechos individuales y de sectores (clanes o familias) controlados colectivamente dentro de la zona tribal. La creación de derechos de sectores aumenta progresivamente a medida que la agricultura se hace más complicada.[14]

Dejando a un lado los casos relativamente raros de propiedad comunal pura, donde cualquier individuo de una tribu puede cazar dondequiera, o sembrar en cualquier parte, dentro de la zona tribal, la tierra entre los pueblos primitivos "se posee *a)* por parentesco y/o *b)* a base de grupos locales. Los individuos tienen derechos definidos, pero son limitados por la pertenencia a una familia, la consanguinidad y la tutela (o por la exigüidad de la aldea). Análogamente, los derechos individuales de las familias existen concurrentemente con los derechos más amplios del clan o de grupos locales. El derecho de propiedad, por lo tanto, tiene carácter de comunidad. Es también usufructuario y no abso-

[14] Hobhouse, Wheeler y Ginsberg, *op. cit.*, p. 248.

luto".[15] A esta cita podemos añadir otra de la misma obra:[16] "Una de las principales diferencias entre los sistemas aborígenes de posesión de la tierra y los de las sociedades occidentales es que los primeros están dominados en gran parte por relaciones personales, y los segundos están sometidos a la concepción jurídica impersonal de 'contrato'."

La tierra es necesaria para la vida y al mismo tiempo inextensible, de suerte que, a medida que la población ejerce presión sobre ella, da lugar a multiplicidad de demandas. El principio general según el cual "quien rotura un trozo de tierra es dueño de él", que encuentra expresión en las Leyes de Manú, es universal, y la tierra sólo es valuada por los alimentos que produce para el hombre y los animales, de suerte que en la primitiva agricultura de subsistencia difícilmente puede nacer la idea de que la tierra es una mercancía que se compra y se vende. Es la fuente de alimentos para el individuo, el clan y la tribu, de suerte que todos y cada uno pueden tener derecho a ella. El derecho a usarla puede traspasarse en algunos casos; por ejemplo entre los wa-bena de Tangañica, "cuando un individuo ha heredado un buen campo a cierta distancia de su casa, puede negociar el traspaso a otro individuo, por lo general un pariente, y recibe en cambio cosas, dinero o servicios de alguna clase".[17] Puede ser cedido para pagar el precio de la novia, puede estar sujeto a readjudicación periódica, y pueden tenerse derechos sobre extensiones unificadas o sobre parcelas en diferentes lugares.

El sistema de herencia puede complicar más la estructura de la red de derechos. Entre los hebe

15 Meek, *Land Law and Custom in the Colonies*, Oxford, 1946, p. 26.
16 *Id.*, p. 16.
17 *Id.*, p. 19.

"un hombre debe subdividir su tierra de manera que sus mujeres y sus hijos tengan lotes de su propiedad",[18] o también puede ser que se fragmenten los derechos sobre un trozo de tierra, y en el Sudán "las cosas han llegado a tal estado, que se dice que hasta una palmera puede ser objeto de una complicada propiedad fraccionaria".[19] La fragmentación fue la maldición para muchas comunidades aldeanas de la India, como dijo M. L. Darling en su *Punjab Peasant in Property and Debt.* Esos sistemas primitivos de posesión de la tierra están cambiando, naturalmente, por el contacto con los europeos; se cultivan productos para fines comerciales y la tierra va siendo cada vez más una mercancía vendible.

Este breve examen de los derechos de propiedad sobre la tierra entre los pueblos más sencillos ha servido, así lo esperamos, para mostrarlos como una red de derechos poseídos por varias personas en virtud de su posición en la comunidad, su pertenencia a la familia o al clan. En la sociedad occidental la red de derechos depende de la compra o del contrato, pero en ambos casos el resultado es el mismo: investir a ciertas personas del poder protegido de tomar ciertas decisiones efectivas. También en Europa ha cambiado *lo que* pueden ser dichas decisiones. Cuando la función de la tierra era proporcionar hombres armados, había restricciones a la enajenación, a la fragmentación y a la libertad de decisión en cuanto a su destino futuro por legado. Cuando su función fue suministrar un excedente con el cual pudieran obtenerse ingresos, se convirtió en una mercancía que la gente estaba

18 Citado de *Anthropology in Action,* de Brown y Hutt, por Liversage, *Land Tenure in the Colonies,* Cambridge, 1945, p. 17.
19 Liversage, *op. cit.,* p. 18.

dispuesta a comprar y vender, y que deseaban legar a su gusto, pero los legados de tierra no fueron posibles en Inglaterra hasta que se promulgó el Estatuto de Testamentos en 1540.

Con el desarrollo del comercio agrícola la propiedad de la tierra como fuente de ingreso se hizo cada vez más importante, y a su atractivo se añadió el prestigio que da la propiedad territorial. Con la importación de alimentos del extranjero y los fuertes impuestos sobre la tierra y sobre las herencias, la tierra como fuente de ingreso privado cedió su lugar a demandas sobre las ganancias de la industria. Y con la aparición gradual de ideas nuevas sobre los derechos de un enorme proletariado sin tierras, la función de la tierra vino a ser considerada no tanto como una fuente de ingreso para el agricultor o el *rentista* individual cuanto como una fuente de alimentos y un lugar de recreo para la comunidad en general. Con esta insistencia en la subordinación de los derechos privados al interés público, los derechos privados fueron recortados una vez más.

Los derechos relativos a enseres, ganado y tierra son, por la naturaleza misma de la cosa poseída, diferentes de los derechos relativos a entidades inmateriales. Lo que aquí nos concierne son derechos a ganancias, derecho al voto en la elección de directores, derechos restrictivos de la publicidad, derecho a modos de vida, derechos entre los pueblos primitivos a cantar ciertas canciones o danzar ciertas danzas, etc. Evidentemente, las cosas que pueden hacerse con esos derechos varían de un caso para otro, y los derechos mismos son transferibles de diversas maneras de una persona a otra.

La situación cambia cuando atendemos al poseedor de los derechos. Puede ser una persona que los tenga porque se le ha dado su posesión, o que

los tenga porque desempeña un cargo, como por ejemplo una rectoría o un obispado. Puede ser una persona corporativa, como una sociedad anónima, o la "corporación" de una ciudad. En tales casos la decisión sobre el modo de usar la cosa poseída incumbe, con ciertas reservas consignadas en el instrumento corporativo, a un grupo de personas elegidas según determinadas reglas. Es posible la enajenación, pero no aparece el legado. Lo que comúnmente se llama "propiedad pública" no tiene nada que ver con lo que hemos llamado "propiedad comunal pura", y quiere decir que los derechos de decisión en cuanto al uso de la propiedad están confiados a corporaciones elegidas o nombradas.

La "nacionalización", por lo tanto, significa simplemente un traspaso de derechos para tomar decisiones efectivas acerca del uso de los objetos; no significa la abolición de una *cosa* llamada "propiedad privada", sino la restricción de ciertos derechos en un lugar y la creación de derechos en otro. Los directores de una "compañía privada" toman decisiones efectivas sobre los bienes de la compañía, y son elegidos de cierto modo y tienen en cuenta determinados intereses; si la compañía es nacionalizada, otras personas, elegidas o nombradas de un modo diferente y, posiblemente, con diferentes propositos, tomarán las decisiones. Qué grupo de personas tomará las decisiones más sabias, depende en parte de las normas que uno aplique, en parte de la inteligencia y la sabiduría relativas de los sectores interesados, y en parte de la eficacia de la administración que tienen a su cargo.

Los derechos de propiedad no pueden entenderse aislados del resto de la situación social en que tienen vigor. Los cambios en la economía agrícola, como por ejemplo en la estructura del arado (que determinó en gran parte la forma conveniente de

una propiedad, ya en franjas largas o en parcelas cuadradas) o en la conversión de tierra labrantía en tierra de pastos, los cambios en la jerarquía social, por ejemplo la aparición de un proletariado urbano sin bienes o de una clase de la nobleza; el cambio de costumbres (por ejemplo, la destrucción del prestigio que daba la propiedad, por los jefes kwakiutl); los cambios de clima, como la información de Lowie[20] según la cual las bandas kirguises de la Rusia asiática eran comunistas en el verano, en que se podía vivir en gran extensión de tierra, pero individualistas en el invierno, cuando escaseaban los lugares abrigados; los cambios en la técnica industrial, por ejemplo la invención de la producción en serie: todos esos cambios y otros más significan cambios en la función de los recursos y, por consiguiente, cambios en el carácter e importancia de los derechos sobre ellos.

Cuando son individuos los que están investidos de la constelación más completa de derechos sobre cosas, esto tiene la ventaja de proporcionarles seguridad y confianza, medios de auto-expresión y de auto-desarrollo, y una base para permitirse libertad de acción y de opinión, y nadie puede negar la importancia cultural de esas cosas. Si los derechos a los recursos se reparten de acuerdo con la situación: tanto para el anciano, tanto para el menor, tanto para los niños, tanto para las madres, tanto para el enfermo, y así sucesivamente, los recursos se reparten con más igualdad. Los peligros de este procedimiento están en que se elimina el incentivo para el trabajo, y, en algunas distribuciones, tal vez se niegue el derecho a los recursos a los individuos que desagraden a quienes lo dispensan. El problema es hoy, pues, traspasar los

[20] Lowie: artículo "Land Tenure" en la *Encyclopaedia of the Social Sciences.*

derechos aprovechando lo mejor de los dos sistemas. Aunque es falso decir que estamos volviendo al comunismo primitivo, puede sostenerse que tendemos a resucitar la idea de la propiedad "usufructuaria más bien que absoluta", lo que Meek considera un rasgo de sistemas primitivos de posesión; pero los derechos usufructuarios no se reparten de acuerdo con un sistema de parentesco, sino de acuerdo con la posición y la función sociales.

3) El problema de la propiedad es complicado porque ningún cuerpo de conceptos derivados del uso jurídico occidental se ajusta a los sistemas de derechos de propiedad de otras culturas; el problema de la educación, por otra parte, no es tan complicado desde el punto de vista conceptual, pero la inmensa diversidad de instituciones que intentan resolver el problema educativo hace imposible tratar el asunto de manera adecuada. Todo lo que puede hacerse es indicar algunos de los aspectos sociológicos generales de la educación.

En una sociedad simple, en que las técnicas son pocas y los procedimientos considerados necesarios para tratar los asuntos sagrados son relativamente sencillos, no se necesitan instituciones educativas; los niños absorben el *ethos* de su cultura y las técnicas en uso, de un modo muy parecido a como aprenden hoy los elementos de la agricultura en el campo. Pero cuando la sociedad se hace más complicada y en ella cada edad tiene su lugar y su función, y cuando se practican ritos más complejos, apropiados sólo para los adultos, puede ser necesaria alguna enseñanza explícita, aunque sea breve. La institución de la iniciación sirve al propósito de marcar el paso de la infancia a la edad adulta y de trasmitir determinadas nociones de información ritual. Los temas que se entrelazan son diversos, y entre ellos quizá se cuenta cierto resentimiento

por parte de los adultos en recibir en su círculo a un neófito. Este resentimiento del individuo del grupo contra el extraño a él es bastante común en todas las sociedades y en todas las épocas, como demostró Susana Isaacs en sus estudios sobre los niños,[21] y muy bien puede explicar la crueldad de las ceremonias de iniciación tanto entre los pueblos salvajes como en ciertas esferas de la vida en la fábrica y en la escuela modernas. La prueba de resistencia puede, pues, servir por lo menos a dos finalidades: la satisfacción de un resentimiento y la inculcación de ideales de conducta.

Cuando aparecen las ideas religiosas, las doctrinas y las prácticas sagradas se convierten en dominio especial de un sacerdocio excesivamente deseoso de conservar el monopolio del contacto con las cosas sagradas. También en este campo debe organizarse una enseñanza especial y deben aprenderse los símbolos sagrados. Cuando el cumplimiento de una alianza sagrada es muy importante, o cuando hay que seguir un libro sagrado, se establecen escuelas especiales para la enseñanza de esas materias: de ahí la creación de escuelas por los judíos y por los mahometanos, y mucho más tarde, la creación de escuelas en los países protestantes para enseñar a los niños a leer la Biblia.

El desarrollo de la administración exige una burocracia preparada; la elaboración de técnicas de medida y de cálculo exige una enseñanza especial, y la proliferación de las actividades comerciales, con sus técnicas bancarias y el asiento de contratos, crea la demanda de personas que sepan escribir. El principio general es que si las técnicas y la cultura de una sociedad pueden comunicarse en el curso ordinario de la educación, a medida que se permi-

[21] Isaacs, *Social Development of Children*, Routledge, 1933.

te a los niños entrar cada vez más en la vida adulta, no hay necesidad de instituciones especiales de enseñanza. Pero cuando se exigen conocimientos que no pueden adquirirse de ese modo, se necesitan instituciones educativas para quienes deseen adquirirlos. Cuáles sean esas técnicas dependerá del tipo cultural y tecnológico de la sociedad en cuestión.

Pero la enseñanza técnica y profesional no lo abarca todo. En primer lugar, debemos observar que una vez establecida una institución educativa, con su plan de estudios, tiende a persistir sin modificaciones: los maestros y el cuerpo de individuos a quienes se destina la enseñanza tienen intereses creados en su perpetuación, y así la educación de la burocracia china, por ejemplo, no sufrió ningun cambio durante muchos siglos. En segundo lugar, como la creación artística y la reflexión filosófica hacen uso de nuevas técnicas, las instituciones educativas sirven a otro propósito mucho más importante. En tercer lugar, intervienen factores de prestigio. Las instituciones educativas no sirven sólo para suministrar escribas y sacerdotes, para permitir a los individuos gozar y crear obras de arte y encaminarlos hacia el logro de su salvación, sino que también están destinadas a dar prestigio a los individuos educados.

Que esto no siempre es así lo demuestra Felipe de Comines en sus *Memorias* al comparar la educación de Luis XI con la de la nobleza francesa, cuyos individuos

> no se educan en nada sino en una especie de vanidad ociosa, tanto en las ropas como en el discurso. No saben nada de letras, no se permite a hombres sabios que se acerquen a ellos para mejorar su entendimiento; tienen mayordomos y ayos que administran sus negocios, pero ellos no hacen nada: más aún, hay algunos franceses pre-

suntuosos y ridículos que, aunque no tienen más que una renta muy liviana, tendrán a orgullo deciros que 'acudáis a sus criados y que ellos os contestarán'.

Lord Chesterfield, por otra parte, le dice a su hijo que cuide su pronunciación, porque "conozco a un hombre de calidad que no se recobró nunca del ridículo de haber dicho *wholesome* sin la *w*", y le recomienda que lea a Platón, Aristóteles, Demóstenes y Tucídides.[22] El desprecio del trabajo manual, característico de una clase ociosa, y característico también de las profesiones que viven de palabras, tendió a dar prestigio al "estudio de libros" y un lugar subalterno a la adquisición de técnicas de manipulación, con el resultado de que, al ser cada vez más necesaria la preparación científica y técnica, se produjo cierta reacción, y el "estudio de libros" quizá tiene hoy que luchar para conservar su posición, salvo en la medida en que se considere socialmente "útil".

La necesidad de personas especialmente preparadas varía, como hemos visto, de una cultura a otra. Cuando las recompensas en ingresos y prestigio a las personas educadas son suficientes para inducir a la gente a pagar la educación, y cuando el número de personas educadas que se necesita no es grande, la creación de instituciones educativas puede dejarse a la iniciativa y la beneficencia privadas. Pero cuando se hace necesario que todo el mundo esté educado, debe intervenir el Estado. Quizá los ricos digan acá y acullá que la enseñanza es completamente innecesaria para los pobres; los pobres quizá protesten por el alejamiento temporal del hogar de ganadores potenciales de un salario; pero

[22] Citado por Trevelyan, *English Social History*, Longmans, p. 405.

esos obstáculos pueden vencerse pronto, porque los empleados instruidos son más útiles que los iletrados, y la instrucción no tarda en ser considerada como una panacea contra la pobreza. La gran dificultad es la selección adecuada de alumnos para los diferentes tipos de instituciones educativas que deben crearse, y ya hemos observado la queja de que muchísimos niños inteligentes no reciben la educación que debieran, y que algunos hijos de padres ricos son sometidos a un proceso educativo que no sabrán aprovechar por su falta de inteligencia.

Ya hemos mencionado, pero nunca se insistirá demasiado en ello, que todo el edificio de las instituciones sociales se mantiene unido en un conjunto interactivo complejo. La economía afecta a la política y ambas influyen en la jerarquía social. Las instituciones relativas al matrimonio y el cuidado de los niños, a la adquisición de recursos y a la preparación en técnicas especializadas, están igualmente entrelazadas con los complejos institucionales de la economía y la política, y todas estas instituciones se conservan por un sistema de creencias y actitudes.

El estudio de las instituciones sociales está estrechamente relacionado con aquello a que nos referimos cuando hablamos del "carácter nacional": "Las instituciones de un pueblo —dice Ginsberg—[23] deben reflejar el carácter de los individuos que lo forman, pero éste a su vez es moldeado por las instituciones." A primera vista quizá parezca que las instituciones de un pueblo se deben a su "carácter", pero ya hemos visto que no se ha demostrado la correlación entre la composición étnica y las cualidades temperamentales. Indudablemente, una sociedad está formada por individuos de diferente

[23] Ginsberg, *Reason and Unreason in Society*, p. 157.

temperamento y de diferente talento intelectual, y la proporción en una población dada diferirá de la que caracteriza a otras poblaciones; pero, al mismo tiempo, las circunstancias históricas, los descubrimientos nuevos y los cambios en la organización económica ofrecen más oportunidades a unas cualidades temperamentales e intelectuales que a otras, de modo que aquéllas tienden a ser destacadas y cultivadas. Es posible que cualquier pueblo, con una proporción aleatoria de posibilidades temperamentales e intelectuales, hubiera creado instituciones características inglesas si se hubiera encontrado en la misma situación histórica y geográfica y que, en cambio, hubiera creado el tipo de institución característico de la Alemania moderna si hubiera tenido que hacer frente a las condiciones históricas y geográficas de Alemania.

El supuesto individualismo de los ingleses encontró un modo de expresión en circunstancias "que impedían la creación de una administración centralizada y estimularon la del gobierno local, y la de un sistema jurídico que protegiese las libertades del individuo",[24] en tanto que el individualismo alemán, advertido también por los observadores, tiene tras de sí una historia de feudalismo sin trabas y de unificación relativamente reciente, con el resultado de que "no estando acompañado ni equilibrado por la capacidad para la organización espontánea [requiere] evidentemente una organización basada más bien en alguna forma de subordinación".[25]

Para sostener la tesis de que las instituciones moldean el carácter natural, y que son la respuesta de una sociedad con una proporción *aleatoria* de características psicológicas, y no con características que difieren de todas las demás y que han dejado

[24] Ginsberg, 153.
[25] *Id.*, 142.

su huella, se necesitarían evidentemente muchas investigaciones, pero a la luz de nuestra ignorancia de las cualidades mentales genéticas debiera ensayarse dicha hipótesis antes de postular temperamentos étnicos diferentes.

Los psicólogos contemporáneos indudablemente tienden cada vez más a considerar el carácter individual moldeado por la experiencia sobre potencialidades relativamente indiferenciadas; se han hecho intentos para derivar ciertas cualidades temperamentales, acentuadas en una comunidad, de las costumbres predominantes de destete y de enseñanza casera,[26] y es posible que nuevas investigaciones revelen que los que creemos "caracteres nacionales" fijos son, en realidad, efecto de la presión de los acontecimientos sobre una "naturaleza humana" indiferenciada.

[26] Por ejemplo, *Balinese Character*, por Bateson y Mead, Nueva York, 1942, y *Themes in Japanese Culture*, por Gorer, Nueva York, vol. V, 1943.

IX. EL CAMBIO SOCIAL

HEMOS tenido que referirnos con frecuencia al hecho notorio de que las culturas cambian a lo largo de los años. ¿Hay reglas que determinen la dirección que han de seguir esos cambios? A esta pregunta han dado los sociólogos muchas respuestas diferentes. Hay, ciertamente, dos maneras principales de tratarla: con una visión de largo alcance y con una visión de corto alcance. Los que adoptan la primera tratan de descubrir ciertas etapas del desenvolvimiento humano consideradas como manifestaciones más o menos inevitables de algún proceso subyacente, que sigue su camino más o menos independientemente de la intención humana, aunque indudablemente influido por ella. El grado en que se nos representa como víctimas de un proceso que opera, por decirlo así, *a través* de nosotros, y el grado en que podemos ayudar o impedirlo por nuestro propio esfuerzo, probablemente no se aclarará nunca, porque los autores de esas teorías tienden a considerar el pasado como determinado por algún proceso trascendente, a la vez que desean aconsejar sobre el presente.

Esas teorías del cambio social datan de muy lejos en la historia de la especulación humana. Las edades de oro, de plata y de hierro, citadas por Heródoto, y la gran serie política: monarquía, oligarquía, democracia, tiranía, son ejemplos de ello. En tiempos más recientes, Comte propuso una ley de tres etapas o fases: en los primeros tiempos el hombre interpretó el mundo que lo rodea *teológicamente*, como obra de dioses y de espíritus. Después se creyó que los fenómenos en torno nuestro se

debían a fuerzas impersonales de tipo *metafísico*; en tanto que en nuestros días se supone que estamos en situación de abandonar una teología infantil y las fuerzas metafísicas, a fin de registrar meramente regularidades observadas tal como son, sin tratar de darles ninguna explicación: hemos llegado a la etapa del *positivismo*. La teoría de Comte es hoy sólo una pieza de museo; se advierte que la religión no ha muerto, que el positivismo es una metafísica, y que el mismo Comte no mantuvo la fría actitud positivista que recomendaba a los demás. No obstante, suscita cuestiones importantes sobre la naturaleza del método científico, nos precave contra la abstracción metafísica, y nos dio una palabra, "positivismo", a la cual se recurre con frecuencia.

Además de esos grandes cambios en el aparato conceptual del hombre, hubo, según Comte, una progresión de especialidades. Vienen primero las Matemáticas, después la Astronomía, luego la Física, después la Química, luego la Biología y, finalmente, la Sociología. Todas estas ciencias recorrieron las etapas religiosa, metafísica y positivista, y Comte creía que él inauguraba la etapa final en el estudio de la sociedad. De un modo bastante paradójico, su misma etapa final estaba contaminada del principio metafísico de la "Humanidad" elevado a objeto de un ceremonial religioso.

La teoría de Comte es una teoría del desenvolvimiento mental, como lo es también la teoría más elaborada e importante de Hobhouse.[1] Es imposible dar algo más que una breve reseña de la aportación de Hobhouse a este aspecto de la sociología. Hobhouse sigue la coordinación de la conducta, desde la simple respuesta refleja que es el tipo de

[1] Hobhouse, *Social Development*, Allen and Unwin, 1924.

reacción del organismo más sencillo, a través de las etapas en que la experiencia del pasado influye en la conducta del futuro, hasta la etapa en que aparece el hombre con su facultad de abstraer que, al principio débil e ineficaz, se convierte después en el razonamiento científico y filosófico. Al principio la criatura está a merced de su ambiente; después, a la luz de la experiencia pasada, guía su respuesta por una senda más ordenada, hasta que finalmente puede alcanzar la plena integración racional.

Este aumento del orden es, para Hobhouse, prueba de que funciona la razón práctica. La razón no es la mera capacidad de sacar conclusiones de premisas, es también un proceso coordinador que ordena los fines de la acción e indica los medios para alcanzarlos. Además, así como los fines de la acción individual se coordinan en una armoniosa sinfonía de satisfacción, así los fines de la vida del individuo en sociedad se coordinan mutuamente. Ésa es la tendencia. No se pretende que no haya retrocesos, pero una vez que comprendemos la naturaleza de la razón podemos tener un dominio cada vez mayor sobre nuestro destino.

Esas etapas del desarrollo de la mente humana, y la red de mentes que llamamos sociedad, se manifiestan en las etapas del desarrollo ético y religioso. Al aparecer las ideas generales, el desarrollo religioso está en la fase mágico-animista, y dictan la moral, la costumbre y el miedo al peligro inmediato si se hace el mal. Más tarde aparecen dioses antropomorfos, con un sentido de reglas imparciales. Cuando la facultad de razonar del hombre se hace reflexiva, tenemos las "religiones espirituales" y el "idealismo ético", pero la razón se vuelve críticamente sobre sus propios productos, y a esas etapas sigue, en el sistema de Hobhouse, el "espiri-

tualismo crítico" en la esfera de la religión, y una moral de "humanitarismo realista".[2]

Mirando a las sociedades, no tanto desde el punto de vista de la mentalidad que se hace manifiesta en su cultura, sino más bien como grupos de individuos que actúan unos sobre otros, Hobhouse[3] vio el problema del desenvolvimiento como un ajuste de las exigencias de la sociedad a las necesidades del desenvolvimiento individual. Propone cuatro criterios de desenvolvimiento. Las sociedades aumentan de escala, esto no puede negarlo nadie; aumentan en eficacia o "en la adecuada distribución y coordinación de funciones en servicio de un fin"; pueden aumentar en el "campo para el pensamiento, el carácter y la iniciativa" de que pueden gozar sus individuos; finalmente, hay "una mutualidad mayor de servicios" en la que "participa cada uno de los que sirven". El progreso en eficacia puede impedir la libertad, y el progreso en escala puede implicar la disminución de la eficacia, cuando una sociedad grande es comparada con otra mucho más pequeña, que tiene pocos problemas que resolver; pero el progreso en los cuatro frentes es una señal de desarrollo.

MacIver[4] critica esos criterios basándose en que Hobhouse no cumple su promesa de evitar todo juicio de valor. Los dos primeros criterios pueden ser objetivos, en opinión de MacIver, pero "los otros dos criterios, libertad y mutualidad, pertenecen a un orden completamente distinto. Lo que ahora expone Hobhouse es su concepto del progreso". La cuestión decisiva es: ¿pueden ser objetivamente definidas la "libertad" y la "mutualidad" en

[2] Hobson y Ginsberg, *L. T. Hobhouse,* Allen and Unwin, 1931, p. 173.

[3] Hobhouse, *Social Development,* cap. IV.

[4] MacIver, *Society,* p. 511.

el sentido de Hobhouse? Parece que no hay razón para que no puedan serlo, y si pueden ser objetivamente definidas pueden servir como criterios de desarrollo.

MacIver, como Hobhouse, usa el concepto de evolución. Los dos aclaran que la evolución tal como se aplica a las sociedades se realiza de un modo diferente al que está implícito cuando pensamos en organismos vivos. El nacimiento físico y la mutación son los canales de la evolución en el desarrollo de las especies; las relaciones cambiantes y la trasmisión de cultura son los canales de la evolución social. Mas para MacIver la evolución no es mero cambio, es un proceso inmanente que da por resultado una complejidad y una diferenciación mayores. "El núcleo de la evolución orgánica —escribe—[5] es, por lo tanto, la diferenciación, proceso por el cual caracteres latentes o rudimentarios toman una forma distinta y variable dentro de la unidad del organismo."

Durkheim, en una forma que hemos visto que es exagerada, distingue entre sociedad "segmentaria" primitiva y sociedad "orgánica" con su división del trabajo, que él cree es consecuencia de la presión de la población sobre las subsistencias.

Tönnies creía que podemos mostrar un desarrollo desde la *Gemeinschaft*, unidad espontánea y natural, a la *Gesellschaft*, tipo de unidad en el que hay asociaciones de hombres para diversos fines.

Esas dos sugestiones están incorporadas a la noción de evolución social de MacIver, quien describe la "sociedad primitiva como funcionalmente indiferenciada"; sus principales divisiones —familias, clanes, grupos exógamos, grupos totémicos— son segmentarios o compartimentales". La diferenciación

[5] MacIver, p. 410.

—palabra que "entendida propiamente connota integración"— significaría fenómenos como *a)* mayor división del trabajo, *b)* "aumento del número y variedad de asociaciones e instituciones funcionales", y *c)* "mayor diversidad y refinamiento de los instrumentos de comunicación social".

Todas esas cosas ocurren, indudablemente, y podemos tomarlas no sin razón como criterios del grado de evolución, y en realidad no parece que haya un abismo insalvable entre los casos de diferenciación social de MacIver y los criterios de desarrollo de Hobhouse. Sin duda puede argüirse que "un aumento en la variedad de asociaciones funcionales" significa un "campo más amplio para el pensamiento, el carácter y la iniciativa" para quienes pertenecen a ellas, en tanto que la "participación mutua" es una función de su integración en un todo armonioso.

Comoquiera que sea, MacIver insiste en la impropiedad de introducir la noción de progreso, en tanto que Hobhouse, aunque interesado en mantener libre de juicios de valor la idea de desarrollo, no se conforma de ningún modo con dejar fuera de discusión la relación entre desarrollo y progreso. Lo que intenta demostrar es: *1)* que el desenvolvimiento tomó en realidad cierta dirección con muchos vaivenes, y *2)* que esa dirección de hecho lleva a un estado de cosas que, en su opinión, encarna una cantidad mayor de valor ético.

No podemos entrar aquí de lleno en la cuestión de las normas objetivas de valores, y el concepto de progreso es perturbado por corrientes emocionales que se cruzan con él. En el pasado próximo, el progreso se daba por cosa sabida; ahora, en algunos círculos, la misma idea provoca indignación, y se señalan con gesto que parece triunfal las numerosas deficiencias de la conducta social humana. Pero

supongamos que adoptamos una norma objetiva de valor. Si creemos que aumentar el campo para el desarrollo personal es mejor que la oportunidad sólo para unos pocos, si pensamos, con Westermarck (que no tenía derecho a pensar tal cosa), que el desprendimiento y la sabiduría contribuyen a juicios morales más *inteligentes*, y, además, si creemos que en cualquier sociedad tiene mayor número de individuos más campo para desarrollarse ahora que antes, y que un número mayor de personas es ahora más inteligente que antes en sus juicios sobre los demás, entonces podemos decir con justicia que esa sociedad ha progresado. Éste es un juicio que está justificado en un sociólogo, porque, si está diciendo la verdad, es un hecho acerca de aquella sociedad. Naturalmente, para quienes *no* creen en una norma objetiva de moral, ese juicio es meramente una revelación de nuestros propios sentimientos y no un juicio acerca de la sociedad.

Hemos venido dando por sabido que el "progreso" debe medirse siempre por alguna norma de valor moral, pero de ningún modo es ése el caso. Podemos tomar cualquier norma de finalidad humana —la salud, la riqueza o la velocidad— y medir por ella el "progreso" de una sociedad. Consideraciones de esta clase llevaron a algunos sociólogos —MacIver y Alfred Weber entre ellos— a hacer una distinción entre "civilización" y "cultura". Las dos palabras son ambiguas, como podía esperarse. Para el antropólogo, "cultura" puede ser una palabra general que abarca todos los aspectos de la vida social: piraguas y canibalismo; para el arqueólogo la palabra puede aplicarse a diferentes variedades de instrumentos de piedra. Toynbee, por otra parte, emplea la palabra "civilización" para referirse a todos los aspectos de un modo de vida que impregna una extensión territorial, independientemen-

te de las unidades políticas que haya dentro de ella. Cuando se hace una distinción entre "civilización" y "cultura", la primera se refiere al aparato o instrumental de la vida, y la segunda al arte, la religión, la aspiración ética y los conocimientos, y es notorio que el "progreso" en un campo de la actividad humana es muy diferente del progreso en el otro.

Nadie negará el progreso en el dominio del hombre sobre la naturaleza. Lo que se discute es el progreso cultural. El arte puede tomar su técnica de la civilización, puede ser influido por la fase de desenvolvimiento de la sociedad en que es producido, y por ciertas circunstancias sociales; la existencia de una clase ociosa culta y sensible[6] o la agitación del cambio económico y político, pueden ser especialmente propicias, pero las creaciones majestuosas del espíritu humano son intemporales, y desde el punto de vista del valor estético, no tienen nada que ver ni con el instrumental mecánico ni con las influencias sociales.

Donde es candente el conflicto es en torno del progreso moral, como hemos visto. Pero puede argumentarse en favor del progreso moral, y Ginsberg reunió las hebras del argumento en su Conferencia Frazer[7] acerca de este tema. El reconocimiento de virtudes tan fundamentales como la fidelidad, la gratitud, la beneficencia y el abstenerse de dañar a los demás está muy generalizado, y las diferencias en el contenido más detallado de los códigos morales pueden explicarse por ignorancia, por circunstancias especiales y por una confianza fanática en la autoridad. No es que hayan cambiado las virtudes morales básicas, sino más bien el margen de aplicación y el modo de concebirlas.

[6] *Cf.* Bell, *Civilization*, Chatto and Windus, 1928.
[7] Reimpreso en *Reason and Unreason in Society*, p. 29.

Ginsberg resume las tendencias del progreso bajo tres encabezamientos: *1)* la tendencia al universalismo, a tener en cuenta a los demás, a los que están fuera de los angostos confines de la tribu. Cada vez mayor número de personas se preocupa por el resto de la humanidad. Nos sentimos conmovidos por el hecho de que haya prisioneros de guerra, nos repugna el uso perfectamente racional de los prisioneros para hacer experimentos fisiológicos, y cuando un puñado de judíos se niega a abandonar un barco, nadie se atreve a sugerir que se les arroje tranquilamente al agua en medio del Océanico Atlántico. *2)* Ha habido, en la concepción ética, una tendencia gradual a considerar la moral como la busca de la virtud por sí misma, más bien que por razones de prudencia, y hubo un cambio en el refinamiento de nuestros conceptos de la responsabilidad. La responsabilidad colectiva no ha muerto, desde luego. En la guerra, se considera responsables a las aldeas y las ciudades de los actos de algunos de sus habitantes, y en asuntos internacionales culpamos a las naciones por los actos de sus gobernantes, pero después de reflexionar encontramos difícil defender esas acusaciones y esos castigos vicarios. *3)* Esto está estrechamente relacionado con la tercera tendencia de Ginsberg: la "racionalización creciente del juicio moral". Ya no nos contentamos simplemente con inculpar; hacemos intentos para desenmarañar lo convencional de lo moral y para criticar nuestras censuras espontáneas, a la luz de consideraciones más fundamentales.

Es cierto que experiencias recientes han fomentado la desesperanza, pero las normas morales generales de nuestro tiempo son extremadamente difíciles de evaluar por tres razones: en primer lugar, nunca han podido tan pocos, con las armas de que

disponen, hacer tanto daño a tantos; en segundo lugar, el número de individuos de quienes oímos hablar y cuyos actos tienen importancia ha aumentado enormemente. No supimos nunca lo que ocurría en los barrios miserables de nuestras ciudades en 1840, lo que ocurría entre los pobres del antiguo Egipto o a los esclavos en sus ergástulas de Roma; pero ahora, si se averigua que una mujer ha maltratado a un niño se enfoca sobre ella el reflector de la publicidad. En tercer lugar, los problemas morales de un mundo que se reduce de tamaño son más complicados que los que tenía ante sí la humanidad cuando la gente se hallaba menos relacionada entre sí. La carga de la responsabilidad es muy pesada, difícil la elección entre fines diversos, y la presencia de la inseguridad somete a fuerte tensión la resistencia moral.

La distinción entre "civilización" y "cultura" dio origen a la idea de un "retraso cultural". Se dice con frecuencia que no hemos avanzado bastante culturalmente para hacer uso de los nuevos métodos de dominar la naturaleza que nos brinda la civilización. Si esto quiere decir que deseamos que las gentes conduzcan más cuidadosamente sus automóviles por las carreteras, y que las naciones no deben recurrir a la guerra, ahora que los instrumentos bélicos son tan destructores, nadie se atreverá a discrepar, pero la frase "retraso cultural" es algo engañosa, porque parece implicar que las ideas religiosas y éticas tienen que adaptarse a los progresos técnicos. Por útil que pueda ser para algunos propósitos la distinción entre lo "material" y lo "no material", hay que insistir en que las dos cosas —tecnología y valores— están íntimamente fundidas en la vida social; no son dos sistemas separados, uno de los cuales debe dominar al otro.

Es cierto que en el funcionamiento de la sociedad

hay cambios en el campo técnico que tienen repercusiones en lugares inesperados: el desarrollo industrial implica accidentes de trabajo y la necesidad de indemnizaciones; nadie pensó antes de ello en los accidentes y nadie previó la necesidad de indemnizar a las víctimas, pero está mal expresado decir que nuestra cultura va a la zaga de nuestros inventos.

El hecho es que el cambio en una dirección produce cambios en otras partes, y que hay que hacer algo acerca de esto; o que ocurren cambios que hacen anticuados los modos de pensar y que tenemos que adaptarnos trabajosamente a la nueva situación. Tenemos mejor corazón para nuestros presidiarios, y tenemos que construir cárceles modelo; hacemos descubrimientos sobre energía atómica, o sobre cultivos de bacterias, y los estadistas tienen ante sí una situación internacional nueva. A veces hay un cambio en lo que se suele llamar "campo cultural", y otras veces en la esfera de la ciencia aplicada; en cada caso son necesarios reajustes en otras partes.

Las teorías que hemos venido examinado suponen todas un proceso básico con dirección determinada. Por otra parte, la teoría marxista es ostensiblemente distinta, no sólo por las fuentes del cambio a las que da especial importancia, sino por el método según el cual se produce el cambio. Según esta teoría, el cambio social es debido primordialmente a la tendencia natural de los seres humanos a buscar la satisfacción máxima de sus necesidades materiales. Esto lleva en primer lugar a la busca de técnicas nuevas y más eficaces por medio de las cuales se acumulen y transformen para el consumo humano las materias primas suministradas por la naturaleza.

Pero las materias primas son relativamente esca-

sas, y también es escaso el equipo para elaborarlas, de modo que si un sector de la comunidad consigue el control estratégico sobre los medios de producción y la fuente de materias primas, puede reducir a los demás a la categoría de fuerza de trabajo subordinada. Su posición es, no obstante, precaria. A los esclavos y a los siervos se les puede mantener en su sitio, sin duda; pero los comerciantes y los industriales, que buscan su comodidad, no son tan fáciles de dominar. Se producen conflictos de clases, y se hacen más agudos a medida que técnicas nuevas ponen un poder mayor en las manos de la naciente clase media. El choque es inevitable, porque la burguesía trata de librarse de las restricciones que le eran impuestas en el régimen de la nobleza terrateniente. Puede hacer uso del proletariado como tropas de choque, pero su conocimiento de los asuntos y la ocupación de las posiciones clave de la producción le permiten dominar la situación. Pero no para siempre. El régimen burgués mismo segrega el veneno que lo destruirá.

En busca de ganancias, los propietarios de los medios de producción mantienen bajos los salarios y, por lo tanto, tienen que buscar mercados en otras partes, lo cual los pone en conflicto con otras naciones, en una gran carrera imperialista. Los trabajadores se ven obligados a asociarse para defenderse, y los niveles de instrucción necesarios para el desenvolvimiento industrial, juntamente con las empresas industriales cada vez mayores que los reúnen, les dan el conocimiento y la oportunidad de la acción colectiva organizada. Por otra parte, el tamaño siempre creciente de las unidades industriales reduce el número de patronos, y los desposeídos engruesan las filas de la clase enemiga. Tendrá lugar otra vez el choque. El capitalismo es contradictorio en sí mismo, porque la persecución

de ganancias es incompatible a la larga con la distribución de los ingresos; los obreros, una vez organizados, ocupan una posición clave, y la enorme organización burocrática de la industria madura las cosas para que la vanguardia proletaria —el partido comunista— tome el poder.

Así, en busca de su propio provecho, los oprimidos expropiarán inevitablemente a los opresores, y nacerá una sociedad sin clases: "sin clases", porque cuando todos posean colectivamente los medios de producción, y cuando cada uno tenga lo que necesita, no habrá conflictos de clases. Las fuentes del cambio son, pues, el desarrollo tecnológico y el conflicto entre las clases para explotarlo. Se ha pulsado la nota de la inevitabilidad, y parecería que, según esta teoría, ningún esfuerzo para encontrar otra solución puede tener éxito.

Todas esas teorías, aunque difieren en cuanto al mecanismo que implican, son de orden lineal. Admiten retrocesos, como hemos visto, pero según ellas los cambios sociales se producen en una dirección general. En esto se diferencian de las teorías que describen el cambio social como un movimiento circular, o como una sucesión de vaivenes rítmicos.

Según Pareto, cuya teoría ya hemos mencionado, el cambio social está asociado a la alternación del tipo de minoría, *élite*, que está en el poder. Hay dos alternativas: los que poseen una sobredosis del residuo de combinación, los *especuladores*, y aquellos en quienes están más desarrollados los residuos de la persistencia de agregados, los *rentistas*. Suponiendo que los *rentistas* conservadores den el tono a la *élite*, el tipo de gobierno que producirán confiará en la fuerza física de la religión. Pero necesitan la ayuda de los especuladores; mas, como son exclusivistas, no se incorporan a los individuos de la clase especuladora, que entonces se impacientan, y

los *rentistas* se cansan de emplear la fuerza. Entonces toman el poder los especuladores, mediante su superior astucia y su talento para mover a la multitud. Pero su régimen es inestable; necesitan los esfuerzos consolidadores de los conservadores, y así, por un movimiento de compensación, se produce la estabilización.

Este tipo de teoría es cíclico y ondulante,[8] y los cambios sociales tienen lugar dentro de los confines de los Estados. De mayor escala son las teorías que tratan de explicar el nacimiento y la muerte de todas las civilizaciones. Spengler y otros han interpretado el nacimiento y la muerte de las civilizaciones conforme al proceso natural de nacimiento, crecimiento, madurez y decadencia; pero a esas hipótesis se les puede objetar que transfieren a la sociología conceptos apropiados donde son absolutamente inaplicables para la biología.

Más complicada, y más formidable, es la teoría de Toynbee.[9] En su enorme *Study of History* distingue veintiún civilizaciones, seis de las cuales —la egipcia, la andina, la china, la minoica, la sumeria y la maya— salieron de la vida primitiva para contestar al reto de su medio natural, reto que no era demasiado fácil ni demasiado intimidante. Otras civilizaciones "abortivas" fueron vencidas por la excesiva severidad de las circunstancias, físicas o sociales, con que tuvieron que luchar. Pero las seis citadas se mantuvieron firmes. Las dos primeras no tuvieron relación con ninguna civilización siguiente, pero la china está emparentada con la del Lejano Oriente, de la cual brotó una rama japonesa. La minoica está emparentada con la helénica y la siria. Afiliadas a la helénica están la occidental y la cris-

[8] Para más ejemplos *cf.* Sorokin, *Contemporary Sociological Theories*, p. 786.
[9] Toynbee, *A Study of History*.

tiana ortodoxa. Esta última emitió un vástago hacia Rusia, en tanto que la siria está emparentada con la iránica y la árabe, que se fundieron para producir la islámica. La sumeria está emparentada con la babilónica, posiblemente con la hetita, y posiblemente también con la índica, de la cual procede por afiliación la hindú. Finalmente, la maya está emparentada con la yucateca y la mexica.

Tal es la genealogía. Las causas de cambio y decadencia son de orden espiritual. Las minorías fundadoras pierden su encanto y el don creador de transferir sus energías a la creatividad espiritual interna en el mundo de las ideas, donde se libera de la lucha material bruta por la subsistencia. Obligan en lugar de persuadir, ya no pueden modificar sus instituciones para resolver problemas nuevos, "duermen sobre sus laureles", están poseídas de extrema arrogancia e intoxicadas de victoria. La minoría dominante, y ahora estéril, resiste a un proletariado interno, y afuera espía un "proletariado externo" que ha gustado los frutos de la civilización y espera su ocasión. Se establece un "Estado mundial", pero no es el triunfo que aparenta, es el principio del fin. El "proletariado interno" crea una religión "superior" propia, el "proletariado externo" se abre paso a través de la fachada del Estado mundial y la fábrica se viene al suelo.

La civilización egipcia y la andina desaparecieron. Las otras cuatro fueron seguidas por un "periodo de disturbios" del cual salieron nuevos jefes, que predicaron la religión del "proletariado interno" de la civilización desaparecida, y fundaron una suya, destinada a seguir el mismo camino. El ejemplo más notorio es, naturalmente, la civilización helénica, pero con prodigiosa sabiduría Toynbee pone a prueba su hipótesis con todas las otras. La sociedad occidental presenta dificultades. Existe en

ella el "proletariado interno", pero no la religión "superior"; el proletariado externo bárbaro casi no existe, a menos que pensemos en batintines sobre al Támesis; pero Toynbee señala una clase nueva de barbarie entre nosotros. Mas esa barbarie no es "externa", y podemos suponer que el destino de la civilización occidental será diferente del de las anteriores: en realidad, quizá sea la última.

Todas éstas son teorías "a largo plazo", en el sentido de que pretenden descubrir tendencias persistentes, ya semibiológicas, como en el caso de las de tipo evolutivo, ya derivadas de la reflexión sobre la naturaleza humana, y la inferencia general es que la pormenorizada variedad de la historia está formada por las ondas sobre la superficie de corrientes profundas, que siguen su camino más o menos indiferente a acontecimientos causales. No siempre es fácil descubrir hasta qué punto los autores de dichas teorías creen que con un esfuerzo podemos modificar el ritmo de la tendencia o detenerla, pero mientras no haya una extrapolación en el futuro podemos suponer que actúa alguna agencia causal semiindependiente. Esta inferencia del estudio del pasado fue atacada por Karl Popper,[10] quien sostiene que una tendencia es una función de las circunstancias en que se manifiesta, de suerte que si las circunstancias cambian, la tendencia deja de existir; es decir, que no hay una "fuerza" trascendente que haga que las circunstancias sigan el orden que siguen.

Estas consideraciones nos invitan a prestar más atención a los cambios "a corto plazo", y no a tratar de descubrir un ritmo inevitable "a largo plazo". El cambio social, visto a "corto plazo", está determinado por una acumulación de cambios en dife-

[10] Popper, "The Poverty of Historicism", *Economica*, 1944-1945.

rentes sectores de la vida social. Inventos, contactos culturales, cambios en la política monetaria, etc., tienen repercusiones que podemos descubrir, y los cambios que causen estarán determinados por las circunstancias específicas del momento. La importancia de esos cambios en pequeña escala no puede negarse. El descubrimiento del hierro produjo un cambio enorme en la agricultura y en la fuerza militar en el mundo antiguo, el invento de la bicicleta transformó la vida de aldea, la explotación de las trasmisiones inalámbricas introdujo un factor nuevo en la política, mientras que el descubrimiento de un método barato de fundir el hierro, empleando carbón, modificó la distribución de la población en Inglaterra.

Podríamos seguir así. Es evidente, por los pocos ejemplos causales mencionados, que este tipo de estudio está expuesto a tomar la forma de un mero catálogo de repercusiones. Por ejemplo, Ogburn y Nimkoff citan en su *Handbook of Sociology*[11] una lista de nada menos que 150 "efectos sociales de la radio en los Estados Unidos", Gilfillan[12] y Ogburn[13] han hecho estudios sobre el modo en que los inventos nuevos se derivan de otros anteriores y cómo penetran con sus efectos en rincones inesperados de la vida social, preparando así el camino para nuevos descubrimientos. Es difícil hacer generalizaciones. Quizá sea cierto que "para que un invento se acepte rápidamente, debe satisfacer una necesidad y, más aún, no perturbar ni descoyuntar mucho una sociedad",[14] de suerte que hay límites a la influencia de los descubrimientos nuevos; por una parte están determinados, o más bien limita-

[11] Página 564.
[12] *The Sociology of Inventions*, Chicago, 1935.
[13] *Social Change*, Nueva York, 1922.
[14] Ogburn y Nimkoff, *op. cit.*, p. 553.

dos, por las circunstancias del momento, y su admisibilidad es una función de teorías existentes.

Quizá podamos decir por qué ciertos inventos *no* se hicieron en determinado momento, o, si se hicieron, por qué no fueron aceptados; pero no sabemos qué inventos se harán ni cuál será su efecto. La única esfera de la vida social en que está desarrollada tal posibilidad de prever es la esfera económica; en las demás, la profundidad de nuestra ignorancia sólo es igualada por la altura de nuestras esperanzas. Ahora que nos hemos librado de las creencias mágicas y de las costumbres consagradas que hacían desagradables las nuevas invenciones técnicas a los pueblos primitivos, las únicas trabas para tales novedades son, quizá, los intereses creados en las técnicas que se ven amenazadas.

Pero cuando se trata de ideas nuevas menos relacionadas con cosas materiales, todos sabemos que encontrarán resistencia en el cuerpo de ideas y actitudes ya existentes. La función de los sindicatos en relación con una industria "nacionalizada" es diferente de lo que era cuando, por una política restrictiva, procuraban salvaguardar los intereses de sus asociados; pero los hombres de filas indudablemente mirarán con desconfianza durante mucho tiempo todo acuerdo entre los patronos y los delegados sindicales. La idea de unir a las naciones para garantizar la paz y la prosperidad universales tiene que luchar contra actitudes y desconfianzas existentes, y se sigue viendo el supuesto tácito de la guerra como el único modo de arreglar las diferencias. La idea occidental de la democracia no puede imponerse directamente a culturas que tienen ideas radicalmente diferentes de lo que es el gobierno.

Registrar este hecho de la resistencia no es nada, pero una de las grandes tareas del futuro es des-

cubrir, mediante un minucioso estudio comparado del pasado, qué cambios tendrán probablemente los efectos deseados no tanto en el campo tecnológico como en el mundo de las ideas. Particularmente interesante a este respecto es el estudio de los cambios en la organización social causados por el choque entre una cultura complicada y una cultura sencilla. Los lazos que unen la cultura sencilla a sus parentescos, a sus jefes, y la angosta senda de la vida acostumbrada, se rompen al extenderse sus relaciones sobre una superficie más amplia. Se ha dicho figuradamente[15] que la red de relaciones que en otro tiempo era apretada y tupida, y abrazaba una superficie compacta, ahora se ha dilatado y aclarado sobre una superficie mucho más amplia, de modo que los viejos deberes y obligaciones se han hecho tenues y no los reemplazan otros nuevos. El problema es: ¿Cómo podemos hacer cambios sin trastornar la vida social? Es un problema que preocupa hoy a los administradores coloniales.

[15] Wilson, *Analysis of Social Change,* Cambridge, 1945.

X. LOS PROBLEMAS SOCIALES

LAS PREOCUPACIONES de toda disciplina están determinadas no sólo por el deseo general de perseguir la verdad en todos los rincones de su campo, sino también por los problemas que la sociedad presenta al científico para que los resuelva. En una sociedad perfectamente armonizada, o en una unión armoniosa de sociedades, el sociólogo estudiaría únicamente la naturaleza y las reglas de las relaciones sociales y del cambio social; pero las sociedades no son armoniosas, y las sociedades grandes se miran mutuamente con hostilidad y desconfianza. En consecuencia, se presenta un tema, o más bien se presentan varios temas de desajuste, y los sociólogos y los psicólogos sociales se han dedicado a investigarlos.

La existencia de enfermedades físicas dio origen a la profesión de curandero. En muchas comunidades primitivas se mira al enfermo con aversión, porque se cree que la enfermedad se debe a algún delito que ha cometido.[1] Cuando una enfermedad contagiosa alcanza las proporciones de una plaga, la administración debe tomar medidas, aunque no sea más que para enterrar los cadáveres; en una época más humanitaria, cuando se advierte claramente que no puede esperarse que la familia pueda proporcionarse atención médica, se desean instituciones especiales para promover conocimientos médicos y suministrar el tratamiento que dichos conocimientos prescriben.

En la historia del tratamiento del enfermo tenemos un ejemplo de la influencia de la acción bené-

[1] Kelsen, *Nature and Society*, Kegan Paul, 1947.

fica privada sobre la creación de instituciones sociales. La administración tiene que tratar crisis que impiden el trabajo general de la comunidad, pero la enfermedad esporádica y la deficiencia física no producen ese efecto inevitablemente. Esas personas son, al principio, atendidas por la iniciativa privada, movida por la piedad y por motivos religiosos. Poco a poco se va observando su obra, se la admira, se toma como cosa natural y se la espera como un derecho. El Estado tiene entonces que suplementar los recursos de las corporaciones voluntarias y hacerse cargo de su obra. Prácticamente, todos los que se llaman "servicios sociales" tienen su origen en una empresa voluntaria.

El enfermo mental presenta un problema más. Dejando a un lado la cuestión de la predisposición hereditaria, se admite generalmente que la mayor parte de las enfermedades mentales son causadas por la presión de circunstancias ambientales. Pero las "circunstancias ambientales" comprenden las circunstancias sociales generales, en el sentido más amplio, así como las relaciones personales peculiares del paciente. En una sociedad en que las relaciones sexuales están restringidas, la presión ejercida sobre el individuo es más severa que si fuesen más libres. Así, la cultura de toda sociedad impone ciertas tensiones a las personas que la forman, y culturas diferentes imponen tensiones diferentes. En su estudio sobre *Sex and Temperament in Three Primitive Societies,* Margaret Mead llama la atención hacia el hecho de que entre los tranquilos está en desventaja el individuo más agresivo, mientras que entre individuos competidores es el temperamento tranquilo el castigado. Al *ethos* social general se debe, pues, en gran parte la inadaptación de los que no pueden acomodarse a él fácilmente.

Cuando los vínculos familiares eran fuertes y abarcaban más que el núcleo inmediato de padre, madre e hijos, los ancianos no eran un problema social, pero con la reducción del campo de la familia han llegado a serlo. La beneficencia creó la institución del asilo, pero ahora se pide algo más. Los ancianos quieren independencia y estar ocupados en algo, y se ha hecho una investigación[2] sobre sus necesidades y la manera de satisfacerlas.

Podría pensarse que los suicidios no ofrecen más que un problema de supresión. Pero la actitud ante el suicidio es interesante: a veces es una manera honorable de salir de una situación difícil; otras, como en China y el Japón, puede usarse como un arma, cuya amenaza puede bastar para frenar a un funcionario opresor que no se atreve a correr el riesgo de ser molestado por el espíritu enojado de un solicitante que se suicidó a la puerta de su casa; puede ser, también en el Japón, el recurso consagrado para quienes se sienten deshonrados ante la mirada pública.[3]

Pero fueron las causas del suicidio las que atrajeron la atención de Durkheim.[4] Después de examinar las diversas causas de la diferencia en el índice de suicidios que se habían señalado —motivo, clima, etc.— y de encontrarlas deficientes, estudió las *corrientes suicidógenas* en las sociedades mismas. Distingue cuatro tipos de suicidio que proceden de peculiaridades en las relaciones entre el individuo y la sociedad: "altruista", "egoísta", "anómico" y "fatalista". El tipo "altruista" de suicidio se da cuando el individuo está tan metido en su vida social que su propia vida cuenta poco, como en

[2] *Old People*, Fundación Nuffield, Oxford, 1947, y *When You Are Old*, B. M. A., 1947.

[3] Morris, *Traveller from Tokyo*.

[4] Durkheim, *Le Suicide*, París, 1897.

un ejército o en el Japón. El suicidio "fatalista" es una variedad extrema de éste. Por otra parte, el suicidio "egoísta" nace de la situación contraria. Durkheim pretende demostrar que el índice de suicidios entre los católicos es más bajo que entre los protestantes, y lo cree debido a que el protestantismo carga sobre los individuos más responsabilidad de la que algunos pueden soportar. Los brazos de la Madre Iglesia abrazan al católico, el protestante se encuentra solo ante Dios. El suicidio "anómico" es el más interesante.

Basando su argumento en la correlación entre el índice de suicidios y el ciclo de los negocios, en que las cimas y las depresiones muestran un aumento del número de suicidios, sugiere que cualquier perturbación en las normas socialmente admitidas de un individuo trastorna su equilibrio. No nos sorprendería la pérdida de dinero como causa de suicidio, pero es menos fácil de comprender un aumento de la fortuna como causa de suicidio, a menos que supongamos que los individuos están más apretadamente encajados en su casilla social de lo que comúnmente creemos. Si su estabilidad depende de conservar su posición social con sus normas habituales, hasta la supresión de obstáculos para posibilidades más amplias puede resultar desastrosa. Parece que los ganadores de apuestas en partidos de futbol no son de envidiar sin algunas limitaciones.

El desempleo constituye un problema social de carácter complejo. Si hay necesidades que satisfacer y hay individuos ociosos que podrían emplearse en satisfacerlas, tiene que haber un desajuste en algún sitio. Los economistas han explicado las causas del desempleo y sus tendencias cumulativas, distinguiendo entre el desempleo "fraccionario" debido al paso de un trabajo a otro, y la inmovilidad

de quienes no se sienten inclinados a ir a un lugar extraño a buscar trabajo, de un lado, y del otro el desempleo debido a una perturbación económica más profunda. Hay, además, la diferencia que se produce en las actitudes de trabajadores y patronos cuando para el uno hay un gran número de desocupados a los que va a unirse y para el otro el mismo número a quien dar trabajo.

Los problemas de disciplina industrial toman un carácter nuevo cuando hay casi "ocupación plena", y se impone un alto grado de moderación al operario que sabe que no le sería fácil a su jefe encontrar a alguien que lo sustituyera. Una situación de escasez de trabajo después de una situación de abundancia de él proporciona a los sociólogos un ejemplo instructivo de la embarazosa vitalidad de las actitudes anticuadas.

Dichos problemas suelen estudiarlos los economistas. El sociólogo ha puesto su atención en el efecto del desempleo sobre los desempleados mismos. En 1938 el Pilgrim Trust patrocinó una investigación entre los desocupados de seis zonas, cuatro de ellas en crisis —Crook (Co. Durham), Blackburn, Liverpool, Rhondda— y dos relativamente florecientes: Deptford y Leicester, para compararlas entre sí.

El resultado más interesante de la investigación fue el modo en que los efectos del desempleo variaban de una comunidad a otra. En Gales, por ejemplo, donde actividades culturales como la capilla y el coro despertaban el interés de los individuos, de suerte que su vida social no estaba totalmente destrozada, los efectos no fueron ni aproximadamente tan desastrosos como en otras partes.

Las enfermedades orgánicas y mentales, la vejez y el desempleo son problemas sociales en el sentido de que cuando los gobernantes creen, o les

hace creer la opinión pública, que hay que tomar medidas para curar a los enfermos, atender a los viejos y reducir a un mínimo los malos efectos del ocio forzoso, tienen que crear instituciones para resolver la dificultad. El enfermo, el anciano y el desocupado no suscitan resentimiento. El delincuente plantea un problema de otra clase.

"Cada estado de civilización —dice Durkheim—[5] tiene su propia criminalidad." Observa que si se entiende por "crimen" lo que la colectividad desaprueba lo suficiente para castigarlo, habrá cambios en una comunidad y diferencias entre las comunidades en cuanto a los actos que han de incluirse en la rúbrica de "criminales", y que al hacerse los hombres menos violentos se tendrán en cuenta otros delitos contra las personas. Por otra parte —dice—, interesa a la vitalidad social que se produzcan desviaciones de lo normal, aun cuando algunas pueden desviarse de tal manera que resulten intolerables.

El efecto de los cambios en los actos considerados "criminales", los defectos del material estadístico[6] y los cambios en la eficacia policiaca, hacen extremadamente difícil comparar las causas de variación en el índice de delitos, poniendo en correlación sus variaciones con los cambios que han tenido lugar en otras partes. Pero cuando, como ocurre después de una guerra muy devastadora o después del trastorno de una revolución, hay escasez de subsistencias e insuficiente vigilancia gubernativa, no es sorprendente que suba el índice de delincuencia. En 1939[7] el número de delitos conocidos

[5] Durkheim, *Règles de la Méthode Sociologique,* 1947, p. 75.

[6] Mannheim, H., *Social Aspects of Crime in England Between the Wars,* Allen and Unwin, 1940.

[7] Estadísticas de delincuencia en 1939-45. H. M. S. O. Cmd. 7227. Para las cifras de contraste correspondientes a 1914-18, véase H. Mannheim: *War and Crime,* Watts, 1941.

por la policía (excluidos los delitos contra las disposiciones de la Defensa) fue de 303 771, y se encontró culpables de delitos procesables a 47 223 adultos y adolescentes. En los años de guerra la cifra ascendió a 478 394 delitos conocidos por la policía en 1945, y se halló culpables a 72 758 individuos.

El método habitual de investigación es el estudio de historias de casos y de muestras, comparados con grupos de control. No puede esperarse que ninguna causa sola explique todas las formas de delito. El delincuente, después de todo, es un ser humano que no adquirió el dominio de sí mismo que hemos adquirido la mayor parte de nosotros, y ello puede deberse a diferentes circunstancias. La falta de inteligencia puede llevar a dejarse inducir, pero también puede perjudicar la comprensión de las exigencias sociales; en los delincuentes juveniles suele encontrarse una emotividad desequilibrada;[8] las condiciones de un hogar desgraciado[9] impiden el desarrollo de un carácter socializado, porque el niño tiende a tomar ante la sociedad en general la actitud que aprendió desde sus primeros contactos sociales; la pobreza exacerba el deseo, y no conduce a la inculcación de hábitos de abstención el ser criado en un mundo en el que todos los métodos de apropiación —el robo, el timo, la estafa, el atraco— están tan lejos de ser imposibles, que sólo se les rechaza, si es que se les rechaza, por el peligro de ser encarcelado, un mundo en el que se aplaude el engaño a los ingenuos, tan prolíficos que se supone que nace uno cada minuto. Todos estos factores juegan un papel, ya grande, ya pequeño, al pasar de un caso a otro.

[8] *Cf.* Burt, *The Young Delinquent*, Universidad de Londres, 1927.

[9] Por ejemplo, Healy y Bronner, *New Light on Delinquency*, Yale, 1936.

El tratamiento de los delincuentes tiene una larga historia en la que han representado su papel diversidad de motivos. En los primeros tiempos, y entre los pueblos primitivos, el delito era más importante que su perpetrador. La responsabilidad no estaba claramente definida, y lo que se necesitaba, siempre que el equilibrio perturbado fuera restablecido, era un castigo vicario, que no es castigo, o un castigo colectivo en el que sufre el inocente lo mismo que el culpable.

Pero cuando la persona que comete el acto es señalada como culpable, entonces se plantea la cuestión de su tratamiento, y las diferentes actitudes hacia ella encuentran expresión en otras tantas "teorías del castigo". La actitud actual ofrece una "fusión" de teorías que han aparecido de tiempo en tiempo. Tiene su papel, particularmente en casos de violencia sexual, la *represalia*, aunque no se la cree respetable.

La *imposición de una pena*, considerada anticuada, está lejos de haber muerto. Muchas personas creen todavía que hay que hacer al individuo reconocer su culpa, que si la reconoció reconocerá también la propiedad de la pena consiguiente de su acto, y que es monstruoso tratar a seres humanos como meros animales preparándolos socialmente por amenazas y recompensas. Si a un individuo se le inculcasen mediante el hipnotismo hábitos de honradez, ¿creeríamos que su tratamiento, después de un robo, era "apropiado"?

La *disuasión* es el móvil más obvio en el tratamiento penal. Aun cuando no sintamos cólera, y si el delincuente no muestra las apropiadas emociones de culpabilidad y arrepentimiento por lo que hizo, ¿puede no sentir temor de hacerlo otra vez, y el espectáculo de su castigo no disuadirá a otros de seguir su ejemplo? Es totalmente absurdo

negar la acción disuasiva del castigo. Todo lo que podemos decir contra su eficacia es que el grado de disuasión no corresponde a la severidad del castigo.

El hecho de que no nos decidamos a aplicar la teoría de la disuasión de todo corazón demuestra la complejidad de los motivos que nos inspiran. Como ha dicho Westermarck,[10] dichas teorías nos inducirían a castigar el pequeño delito relativamente común mucho más severamente que los "graves" más raros, pero nuestro resentimiento no es bastante fuerte, *o no consideraríamos el castigo "adecuado"* al delito; por el contrario, si estuviéramos convencidos de que la amenaza de la horca no ha disuadido nunca a un asesino, es muy dudoso que le dejáramos irse sano y salvo, porque creeríamos que "merece" ser castigado.

La *reforma* del delincuente es hoy ostensiblemente el motivo principal de su tratamiento, y el Instituto para el Estudio Científico de la Delincuencia está consagrado a explorar métodos para hacerlo.

Es indudable que el problema del delincuente adulto es distinto del que plantea el delincuente juvenil y entre los adultos el que delinque por primera vez es un sujeto que ofrece más esperanzas de reforma que el reincidente. En consecuencia, se les trata separadamente, y se concentra la atención en reeducar a los delincuentes juveniles y en rehabilitar a los que han delinquido por primera vez y que pueden ser salvados, por métodos psicológicos o por algún intento para suscitar una actitud más deseable socialmente.

El presente siglo ha sido especialmente fructífero en la invención de instituciones nuevas y en reformar las antiguas para este propósito. Escuelas

10 Westermarck, *Origin and Development of the Moral Ideas*, vol. I, p. 81.

oficialmente aprobadas reemplazaron en 1932 a los antiguos reformatorios y escuelas industriales. En 1908 se creó un sistema especial de enseñanza para los diferentes tipos de delincuentes de edad entre 16 y 23 años. El sistema de libertad vigilada alcanzó estado oficial en 1907.

Del éxito de esas instituciones es imposible hablar con alguna exactitud. No podemos decir si se les debe la "curación" de delincuentes que no han vuelto a comparecer ante los tribunales, o si, como dicen los Glueck,[11] simplemente "su sistema eliminaba la delincuencia" por un proceso de maduración social. Hay también quienes[12] piensan que en el tratamiento de los delincuentes juveniles subestimamos su sofisticación y su tenacidad. Como con cualquier tipo de medicina, no sabemos lo que habría ocurrido si no hubiésemos dado la dosis indicada. Desde el punto de vista sociológico los experimentos más interesantes en el tratamiento de los delincuentes son los realizados por Aichhorn[13] en Austria y Wills[14] en Inglaterra.

La ausencia de armonía en la comunidad tiene como paralelo la falta de armonía entre diferentes comunidades, y se han hecho intentos para estimar las causas de la guerra. Hay dos clases principales de teorías: la económica y la psicológica. Las primeras buscan las causas de la guerra en el choque de intereses económicos, las últimas en la naturaleza humana. En el pasado las causas económicas eran relativamente simples: "las ovejas del valle estaban más gordas", la expansión del imperio pro-

[11] Glueck, S. y E., *After-Conduct of Discharged Offenders*, Macmillan, 1945.

[12] Jones, *Juvenile Delinquency*, Penguin.

[13] Aichhorn, *Wayward Youth*, Putnam.

[14] Wills, *Hawkspur Experiment*, Allen and Unwin, 1941. *Barns Experiment*, Allen and Unwin, 1945.

ducía botín y tributos, grandes movimientos de pueblos se abrieron camino desde el Asia Central hasta Europa, Egipto, la India y China. Creemos que la guerra en aquellos días era una ocupación noble y consagrada.

Pero en nuestro propio tiempo hay una paradoja. Las guerras coloniales pueden terminar en la ocupación del territorio conquistado, pero, con excepción de valiosas tajadas acá y allá, la guerra moderna no parece tender a eso; las causas, en cuanto son económicas, deben ser más recónditas. Hobson[15] y los marxistas creen que la guerra es resultado inevitable del imperialismo, y que el imperialismo —la necesidad de nuevos mercados y de nuevos lugares donde hacer inversiones— es resultado inevitable del capitalismo. Los factores económicos imperialistas indudablemente jugaron un papel en la guerra de los boers y en la ruso-japonesa; pero la tesis general de que la expansión está siempre al servicio de la inversión ha sido discutida.

Otra opinión[16] es que la restricción autárquica del comercio y la erección de barreras que dificultan la corriente de mercancías de un país a otro, es la causa de la guerra.

También pueden aducirse pruebas, pero suponer que un solo factor económico es la causa de la guerra, evidentemente, es demasiado simple. Por de pronto, la gente tiene que estar dispuesta a luchar, y la causa de esto la han explorado los psicoanalistas,[17] y aportan a la solución del problema el aparato explicativo de los móviles y los mecanismos subconscientes. El hombre —dicen— es agresivo cuando se siente frustrado, la enseñanza casera nor-

[15] Hobson, *Imperialism*, Allen and Unwin, 1938.
[16] Robbins, *The Economic Causes of War*, El Cabo, 1939.
[17] Por ejemplo, Glover, *War, Sadism and Peace*, ed. revisada, Allen and Unwin, 1946.

mal de un niño lo frustra, pero la agresión así generada no puede descargarse sobre la causa, que es a la vez un objeto amado; en consecuencia, tiene que ser reprimida.

Pero el círculo familiar no es el único factor de frustración; más tarde los diferentes organismos de control social actúan sobre nosotros, y también está prohibida la agresión como respuesta. El resultado es que acumulamos sentimientos agresivos no satisfechos y listos para inflamarse cuando se ofrezca la oportunidad. El mecanismo de proyección y desplazamiento juega su papel. Nuestros propios sentimientos de culpabilidad se proyectan sobre la imagen hipostasiada de otra nación, o sobre un grupo minoritario de la nuestra. Son la parte culpable, culpable de abrigar deseos agresivos contra nosotros. Las políticas extranjeras se interpretan según nuestra propia perturbación interior y, en consecuencia, estamos siempre dispuestos a descargar nuestro odio nacional sobre otra nación, a la cual investimos con una proyección de nuestra propia malignidad, de suerte que la guerra resultante nos parece justa.

Esas opiniones son importantes. Nadie soñará con decir que las relaciones internas son llevadas con un espíritu puramente racional, y el súbito estallido de una guerra que la inmensa mayoría de la gente no quiere conscientemente es una paradoja que pide explicación. Pero no puede uno menos de pensar que son importantes los factores más simples y más conscientes: el deseo de poder, la identificación del individuo con el prestigio de su grupo, y la sensación de inseguridad en la vida económica moderna. Ginsberg[18] añadiría "el resentimiento que dejan las guerras anteriores", "la existencia de ar-

[18] *Reason and Unreason in Society*, p. 194.

mamentos", y el hecho de que los estadistas no pueden asumir la responsabilidad de abandonar el derecho de su país a defenderse.

Pero hay otro factor más notorio y aún más insidioso, sobre el cual Ginsberg llamó también la atención: pensamos con espíritu guerrero. No hay nada —dice Ginsberg— que podamos llamar voluntad de paz. "La verdad es que la mayoría de las gentes no se sienten ni individualmente responsables ni competentes para tratar las complicadas cuestiones que se presentan, y dándose cuenta de que no pueden dirigir la política, dejan que los acontecimientos sigan su curso", dice Ginsberg, y cita la observación de Dickinson según la cual "hay un deslizamiento general hacia el abismo, en el cual, sin embargo, todo el mundo diría que no quiere caer".

El estudio de los acontecimientos que precipitaron las guerras en el siglo XIX nos impresiona por el extraordinario carácter "azaroso" de la ruptura. Se cambian despachos, conferencian los ministros, se entregan *ultimata* y después se da la orden fatal. El deber de los ministros es salvaguardar los que ellos consideran intereses de su país, y en el fondo de sus cabezas está siempre escondida la idea: "Esto puede significar la guerra." Tienen que hacer frente a la doble tarea de evitarla y de estar en posición favorable si estalla. Los conflictos de intereses económicos pueden precipitar una ruptura, todos podemos tener motivos inconscientes que pueden ser avivados por una propaganda inteligente, y los individuos de una nación quizá piensan en los individuos de otra con miedo, recelo y deseos de venganza, y si las cosas no fuesen así el curso de la historia indudablemente sería distinto; pero no podemos olvidar los acontecimientos que preceden inmediatamente a una guerra, ni las ambiciones y

caracteres particulares de los que tienen un papel en ella.

Ninguna guerra es inevitable, a menos que estén en las posiciones estratégicas personas que deliberadamente planeen producirla, y aun entonces no sería inevitable a menos que las masas de la comunidad estén dispuestas a obedecer las órdenes. Y aun cuando un estadista desee la guerra, y pueda contar con la obediencia, es arriesgado decir que la guerra es "inevitable". Si la publicación del telegrama alterado de Ems no hubiese provocado a Napoleón III, ¿podemos estar seguros de que Bismarck hubiera acudido a otros medios de más éxito?

La cuestión está planteada entre los que piensan en factores causales ocultos y misteriosos que arrastran a los seres humanos individuales en su estela, y los que piensan en las relaciones sociales como una red de interacciones sociales entre los individuos. Si se adopta esta segunda opinión, y si se está de acuerdo en que las decisiones de algunos individuos son de suma importancia, entonces, aunque estén confinados dentro de ciertos límites por la "lógica de la situación", influidos por el clima de opinión predominante, y limitados por sus propias capacidades personales, no hay razón para suponer que sus decisiones están completamente determinadas. Otro aspecto de la guerra interesante para los sociólogos es la actitud de la mayoría de la comunidad después que ha estallado. Esto ha sido investigado con notable diligencia por los "observadores de las masas".[19] La cooperación teórica sincera es, desde luego, un mito. Se perciben multitud de corrientes entrecruzadas de quejas, exasperaciones y egoísmos, pero por debajo de ellas parece estar la idea del país en peligro y la dispo-

[19] Por ejemplo, *War Begins at Home*, Chatto and Windus, 1940.

sición de un número grande de personas de acudir a salvarlo. Sería ocioso comparar el grado de unanimidad y autosacrificio en una comunidad en gran escala con lo que puede esperarse en una pequeña comunidad "cara a cara" expuesta a una situación amenazadora, pero seguramente se manifestaría algún grado de unanimidad.

Los estudios hechos, aunque son muy valiosos, se interesaron principalmente por la reacción del público a las consignas y las decisiones ministeriales, con crítica constructiva de las medidas diarias y el modo como fueron realizadas, y por los modos en que el público busca escapar de la presión de los acontecimientos. El "observador de las masas" "ve que la gente aguanta casi cualquier molestia, *siempre que se le explique francamente la razón de ella*, y siempre que se imponga como parte de un plan consecuente que es llevado hasta el fin, no aplicado fríamente ni abandonado a medio camino".

Éste es indudablemente un buen dictamen, pero acontecimientos subsiguientes parecen revelar que es esencial otro factor, y es la creencia en la gravedad de la situación. Lo que no sabemos es: ¿Qué clases de experiencia debe tener el pueblo para que se le inculque esa creencia? Los acontecimientos de 1947 parecen revelar que no basta ninguna explicación para que la gente "aguante casi cualquier molestia", a no ser que se dé cuenta de que la situación ante la cual se encuentra la comunidad es grave. La guerra, con su viva imaginería y su espectacular obra destructora, es un peligro cercano y presente; una crisis económica parece remota e irreal, casi una invención maligna de un gobierno que casi siempre tiene la mira puesta en fastidiar al ciudadano. Lo que no hemos descubierto es cómo producir en tiempos de paz la unanimidad y el espíritu de sacrificio de tiempos de guerra.

BIBLIOGRAFÍA

LA SIGUIENTE lista de libros del Fondo de Cultura Económica tiene por objeto sugerir nuevas lecturas referentes a los temas tratados en la presente obra.

CAPÍTULO I

Barnes, H. E. y Becker, H.: *Historia del pensamiento social*. 1945. 2 vols., 1 346 pp.
Fairchild, H. P.: *Diccionario de sociología*. 1963. xvi + 320 pp.
Gurvitch, G.: *La vocación actual de la sociología*. 1953. 322 pp.
Kardiner, A.: *El individuo y su sociedad*. 1945. 542 pp.
Klein, J.: *Estudio de los grupos*. 1961. 208 pp.
Linton, R.: *Estudio del hombre*. 1963. 488 pp.
Menzel, A.: *Introducción a la sociología*. 1940. 288 pp.
Poviña, A.: *Historia de la sociología en Latinoamérica*. 1941. 238 pp.
Tönnies, F.: *Principios de sociología*. 1946. 408 pp.
Weber, M.: *Economía y sociedad*. 1964. 2 vols., 1 200 pp.

CAPÍTULO II

Greenwood, F.: *Sociología experimental. Estudio de métodos*. 1951. 240 pp.
Kaufmann, F.: *Metodología de las ciencias sociales*. 1946. xii + 430 pp.
Lundberg, G. A.: *Técnica de la investigación social*. 1949. 500 pp.
MacIver, R. M.: *Causación social*. 1949. 340 pp.

CAPÍTULO III

Benedict, R.: *Raza: ciencia y política*. 1941. 214 pp.
Carr-Saunders, M.: *Población mundial*. 1939. xiv + 354 páginas.

Davis, K.: *Corrientes demográficas mundiales.* 1950. 398 pp.
Dunn, L. C. y Dobzhansky, T.: *Herencia, raza y sociedad.* 1956. 164 pp.
Huntington, E.: *Las fuentes de la civilización.* 1949. 696 pp.
McCormick, T. C.: *Técnica de la estadística social.* 1954. 388 pp.
Murdock, G. P.: *Nuestros contemporáneos primitivos.* 1956. 496 pp.
Prenant, M.: *Raza y racismo.* 1939. 176 pp.

Capítulo IV

Brady, R. A.: *La riqueza tras el poder.* 1945. 368 pp.
Childe, V. Gordon: *Los orígenes de la civilización.* 1959. 294 pp.
Dopsch, A.: *Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea (de César a Carlomagno).* 1951. 676 pp.
Kroeber, A. L.: *Antropología general.* 1945. 528 pp.
Lowie, R. H.: *Antropología cultural.* 1947. 564 pp.
Mannheim, K.: *Diagnóstico de nuestro tiempo.* 1961. 242 pp.
Mills, C. W.: *La élite del poder.* 1963. 392 pp.
Nadel, S. F.: *Fundamentos de antropología social.* 1955. 464 pp.
Schreider, E.: *Los tipos humanos.* 1944. 336 pp.
Schwarzenberger, G.: *La política del poder.* 1960. 812 pp.
Turner, R.: *Las grandes culturas de la humanidad.* 1953. 1 306 pp.
Veblen, T.: *Teoría de la clase ociosa.* 1963. 406 pp.

Capítulo V

Ashton, T. S.: *La revolución industrial.* 1959. 182 pp.
Brown, J. A. C.: *La psicología social en la industria.* 1963. 380 pp.
Cassel, G.: *Pensamientos fundamentales en la economía.* 1944. 168 pp.
Chang, Pei-Kang: *Agricultura e industrialización.* 1951. 320 pp.

Dobb, M.: *Economía política y capitalismo*. 1945. 360 pp.
Dopsch, A.: *Economía natural y economía monetaria*. 1943. 324 pp.
Friedländer, L.: *La sociedad romana*. 1947. viii + 1 220 páginas.
Herskovits, M. J.: *Antropología económica. Estudio de economía comparada*. 1954. 524 pp.
Laski, H. J.: *Los sindicatos en la nueva sociedad*. 1957. 236 pp.
Martin, A. von: *Sociología del Renacimiento*. 1962. 134 páginas.
Moore, W. E.: *Las relaciones industriales y el orden social*. 1954. 592 pp.
Pirenne, H.: *Historia económica y social de la Edad Media*. 1961. 194 pp.
Sée, H.: *Orígenes del capitalismo moderno*. 1961. 152 pp.
Sombart, W.: *Apogeo del capitalismo*. 1942. 2 vols., 1 060 páginas.
Stark, W.: *Historia de la economía en su relación con el desarrollo social*. 1961. 116 pp.
Sturmthal, A.: *La tragedia del movimiento obrero*. 1945. 432 pp.

Capítulo VI

Groethuysen, B.: *La formación de la conciencia burguesa*. 1943. xvi + 648 pp.
Halbwachs, M.: *Las clases sociales*. 1954. 186 pp.
Schrecker, P.: *La estructura de la civilización*. 1957. 400 pp.

Capítulo VII

Auger, P. y otros: *Los derechos del hombre*. 1949. 258 pp.
Bartlett, F. C.: *La propaganda política*. 1941. 148 pp.
Caillois, R.: *El hombre y lo sagrado*. 1942. 190 pp.
Castiglioni, A.: *Encantamiento y magia*. 1947. 428 pp.
Frazer, J. G.: *La rama dorada. Magia y religión*. 1961. 864 pp.
Mannheim, K.: *Ideología y utopía*. 1941. xxxii + 310 pp.
—: *Libertad, poder y planificación democrática*. 1961. 392 pp.

Recaséns-Siches, L.: *Vida humana, sociedad y derecho.* 1945. 624 pp.
Wach, J.: *Sociología de la religión.* 1946. 566 pp.

CAPÍTULO VIII

Azevedo, F. de: *Sociología de la educación.* 1961. 466 pp.
Day, C.: *Historia del comercio.* 1941. 734 pp.
Dittmer, K.: *Etnología general.* 1960. 352 pp.

CAPÍTULO IX

Coser, L. A.: *Las funciones del conflicto social.* 1961. 216 pp.
Freyer, H.: *Teoría de la época actual.* 1958. 280 pp.
Marx, C.: *El capital. Crítica de la economía política.* 1959. 3 vols., 2 296 pp.
Sternberg, F.: *¿Capitalismo o socialismo?* 1954. 620 pp.
Znaniecki, F.: *El papel social del intelectual.* 1944. 210 páginas.

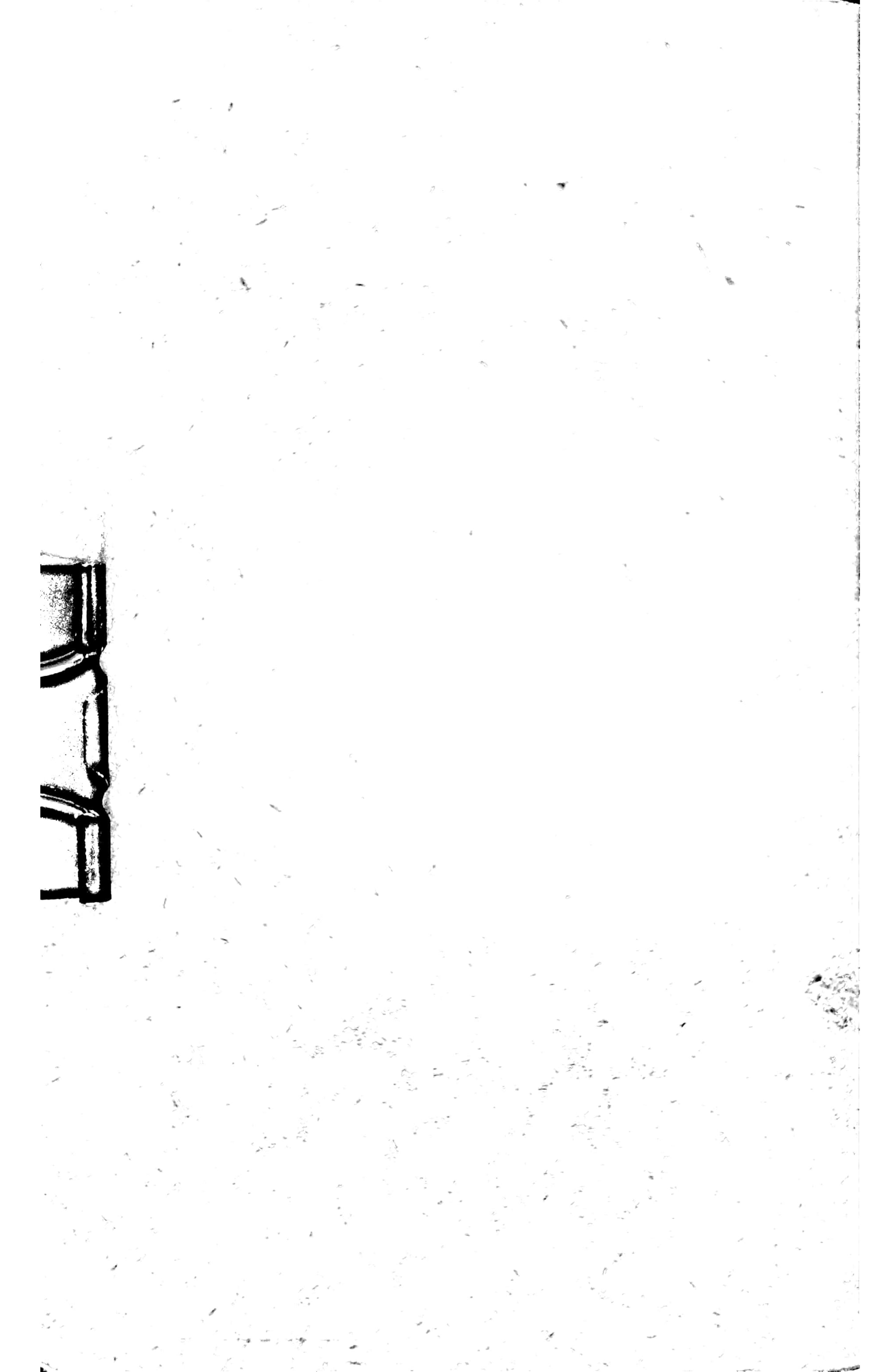
CAPÍTULO X

Abrahamsen, D.: *Delito y psique.* 1946. 340 pp.
Beveridge, W. H.: *Las bases de la seguridad social.* 1946. 274 pp.
Bonger, W. A.: *Introducción a la criminología.* 1943. 304 pp.
Fox, W. T. R.: *Las superpotencias: Estados Unidos, Inglaterra, la Unión Soviética. Su responsabilidad ante la paz.* 1944. 240 pp.
Friedmann, G. y Naville, P. T.: *Sociología del trabajo.* 1964. 2 vols., 912 pp.
Fromm, E.: *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea.* 1963. 304 pp.
Kelsen, H.: *Derecho y paz en las relaciones internacionales.* 1943. 212 pp.
Klineberg, O.: *Psicología social.* 1963. 582 pp.
Perroux, F.: *La coexistencia pacífica.* 1960. 488 pp.
Sigerist, H. E.: *Civilización y enfermedad.* 1946. 288 pp.

ÍNDICE

Este libro se acabó de imprimir el día 3 de enero de 1966 en los talleres de Gráfica Panamericana, S. de R. L., Parroquia, 911, México 12, D. F. Se tiraron 10 000 ejemplares y en su composición se utilizaron tipos Aster de 9:10, 8:9 y 7:8 puntos. La edición estuvo al cuidado de *José C. Vázquez.*

Nº 060901



COLECCION POPULAR · COLECCION POPULAR · COLECCION POPULAR · COLECCION POPULAR ·



La COLECCIÓN POPULAR *significa un esfuerzo editorial —y social— para difundir entre núcleos más amplios de lectores, de acuerdo con normas de calidad cultural y en libros de precio accesible y presentación sencilla pero digna, las modernas creaciones literarias de nuestro idioma, los aspectos más importantes del pensamiento contemporáneo y las obras de interés fundamental para nuestra América.*

W. J. H. SPROTT • INTRODUCCION A LA SOCIOLOGIA

Una de las tareas más arduas para los especialistas consiste en redactar una introducción a la sociología. La amplitud de los temas que debe cubrir es tal, que cualquier selección parecería arbitraria, y los problemas son tan complejos que un tratamiento de extensión reducida correría el riesgo de ser calificado de superficial. W. J. H. Sprott —de la Universidad de Nottingham— logra sortear en este libro todas esas dificultades. En particular, porque no se abandona a los argumentos monótonos acerca de la posibilidad de abordar la sociología como una ciencia, sino que con firmeza hace un recuento de la materia mediante la descripción de aquello que los profesionales más renombrados han aportado en la actualidad, y ofrece así un texto escrito a la luz de las últimas corrientes.

[*Portada de Sergio Fernández Bravo*]

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO–BUENOS AIRES

COLECCION POPULAR · COLECCION POPULAR · COLECCION POPULAR · COLECCION POPULAR ·